

Fragmentos sobre el antisemitismo

Jean Améry

ennegativo **ediciones**

Fragmentos sobre el antisemitismo

Jean Améry

ennegativo **ediciones**



POLITÉCNICO COLOMBIANO
Jaime Isaza Cadavid

Fragmentos sobre el antisemitismo

Jean Améry

**Traducción:
Leandro Sánchez Marín**

ennegativo **ediciones**



POLITÉCNICO COLOMBIANO
Jaime Isaza Cadavid

Fragmentos sobre el antisemitismo

Améry, Jean

Traducción: Leandro Sánchez Marín

ISBN: 978-628-01-6061-0

Ennegativo Ediciones

Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid

Facultad de Ciencias y Educación

Medellín, 2024

199pp. 13.97x21,59

Índice

Jean Améry: víctima y testigo de la barbarie por Leandro Sánchez Marín.....	9
Entre Vietnam e Israel: el dilema del compromiso político.....	21
Los eternamente indeseables Prejuicios contra los emigrantes.....	33
El antisemitismo virtuoso.....	49
La izquierda y el “sionismo”.....	61
En la sala de espera de la muerte.....	71
Judíos, izquierdistas, judíos de izquierda: los contornos cambiantes de un problema político.....	95
El nuevo antisemitismo.....	103
Shylock, el <i>kitsch</i> y el peligro.....	113
Antisemitismo virtuoso Discurso por la Semana de la Hermandad.....	117
Los límites de la solidaridad: críticas a Israel por parte de un judío de la diáspora.....	143
Mi judaísmo.....	149
Hablado al viento Reflexiones sobre Alemania desde 1945.....	163

La época de la rehabilitación
El Tercer Reich y la objetividad histórica.....189

Jean Améry: víctima y testigo de la barbarie

Leandro Sánchez Marín
Universidad de Antioquia

Y cuando hablo, yo, en singular, entonces mi palabreo es el testimonio de un incomprensible error del destino

—Jean Améry, *Lefeu o la demolición*.

Jean Améry es una de las figuras más relevantes respecto de los testimonios sobre los campos de concentración que fueron instalados en Europa a partir del dominio nacional-socialista. Nacido en Viena en 1912, con el nombre de Hans Chaim Maier, este hombre de origen judío pero alejado de las tradiciones del judaísmo y asimilado a la cultura austriaca, estuvo cerca de evadir esta condición de origen a través del esposo de su madre, quien estaba dispuesto a aceptarlo como hijo suyo para que no fuera objeto de los lineamientos de las Leyes de Núremberg expedidas en 1935. En el contexto europeo en que este episodio tuvo lugar, el antisemitismo no era un mero rumor ni un asunto que tenía lugar solo en las mentes de los discriminadores, en varias ocasiones Améry se vio inmerso en algunos altercados en la universidad y otros sitios por motivos de discriminación racial e insultos antisemitas, al mismo

tiempo que “se acaloraba hablando sobre la nueva hipótesis de Freud, el instinto de muerte, sin ver al hombre de la guadaña que en uniforme marrón estaba apostado ante las fronteras del país” (Améry, 2010, p. 25). Pero fueron precisamente las Leyes de Núremberg las que terminaron de hacer explícita la condición de judío para él. Al decir de Hannah Arendt (2001), estas Leyes legalizaron la discriminación que efectivamente ya se ejercía por parte de la mayoría alemana contra la minoría judía.

Para Thomas Mann, uno de los autores primordiales de Améry, el antisemitismo se encuentra entre las reacciones más morbosas y aborrecibles de nuestro tiempo. Según él, la extensión, la popularidad y la elección del antisemitismo se debe al alivio que se obtiene respecto de las propias angustias. Condenar a alguien como el culpable de los propios males y hacer de él el responsable todas las infamias, es una conducta humana que busca que el discriminador se perciba como más noble, mejor y más fuerte que los otros: es un mecanismo de autoreivindicación que necesita el vilipendio hacia el otro. En palabras del propio Mann (1975):

El antisemitismo es un atributo y una palabra de orden de toda la humanidad gregaria, de la mística de las masas de hoy, sombría, confusa y donde participa mucha bestialidad. No es un pensamiento ni una palabra, no lleva un sonido humano, es un gruñido de fiera (p. 210).

En medio de este gruñido tiene lugar el reclamo de Améry y es en este sentido que se empieza a establecer la identidad judía que luego se convertirá en un tema de aguda reflexión para él. De esta manera, la obligación de ser judío convive, al mismo tiempo, con la imposibilidad de serlo, pues alejado de la tradición judía y habiendo absorbido todos los comportamientos culturales de un no-ju-

dío, de todas formas se ve obligado a ser tratado como judío. Esta identidad judía se establece de forma violenta precisamente a través de leyes que proyectan sobre su persona lo que él no es. Esta lógica “moldea los comportamientos sociales, las percepciones y las actitudes hacia las comunidades judías” y “transforma a los europeos con herencia judía en vecinos sociales hostiles” (Vivaldi, 2018, p. 104).

Améry recuerda que fue precisamente leyendo en los periódicos los artículos sobre las Leyes de Núremberg que asumió la conciencia preliminar de la catástrofe, la misma que luego se afirmaría, con total brutalidad, en las torturas que sufriera en los distintos campos de concentración donde estuvo recluido como prisionero político y como judío. Siendo Auschwitz el paroxismo de toda aquella barbarie.

Tanto la Gran Guerra —donde el padre de Améry murió combatiendo como soldado— como la Segunda Guerra Mundial, señalan al siglo XX como un escenario de violencia extrema y de aguda conflictividad. Muchos lo han llamado el siglo de la barbarie. Sin embargo, al clasificar al siglo XX de esta manera, piensa Améry, se deja de lado la especificidad de cada una de las situaciones de un periodo que, sin duda, ha contribuido de manera nefasta en el desarrollo de la violencia en occidente. Para Améry, esta designación puede borrar todas las diferencias entre fenómenos de violencia y ubicar tanto a víctimas como victimarios en un escenario que los compromete respecto de la aceptación de lo que ha sucedido y la resignación ante semejante tragedia en beneficio de la reconciliación. A propósito de ello, dice el propio Améry (2013):

Nosotros, las víctimas, quedaremos como los realmente incorregibles, los implacables, como los reaccionarios hosti-

les a la historia en el sentido literal de la palabra, y, en última instancia, aparecerá como avería del sistema el hecho de que algunos de nosotros hayamos sobrevivido (pp. 164-165).

Desde su condición de “testigo ocular”, Améry insiste en la importancia de testimoniar lo sucedido, no para victimizarse ni para exigir reparación. Él carga con su condición de víctima y narra el horror para hacer explícitos los peligros que este todavía comporta, aunque al insistir en su relato, absurdamente, también “se convierte muy fácilmente en un sospechoso” (Améry, 2010, p. 62). Esto nos recuerda las afirmaciones de Walter Benjamin según las cuales quien se ocupa de la historia debe estar comprometido en que su testimonio señale que “tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence” y, repetidamente, parece que “este enemigo no ha cesado de vencer” (Benjamin, 2010, p. 22).

Dice Améry que los acontecimientos ocurridos después de la Segunda Guerra Mundial parecen haber afirmado “que Hitler ha conseguido un triunfo póstumo”, pues esta época sigue su curso a través de “invasiones, agresiones, torturas, destrucciones del ser humano en su esencia” (Améry, 2013, p. 39). Menciona a Checoslovaquia, Uganda, Chile, Argentina y Brasil —podríamos sumar a los Balcanes, Ruanda y Colombia entre muchas otras regiones donde se ha desplegado una violencia de niveles alarmantes—, y a los “escuadrones de la muerte” que operan en función de la reproducción de la barbarie.

La disposición del testimonio en Améry se configura a partir de la propia experiencia y de la capacidad de reflexionar sobre lo sucedido sin caer en su falsificación. No hay una pretensión de conceptualización y tampoco un propósito explicativo. Para Améry, en este sentido, investigar no

es más que describir: “entrelazando el género de la confesión y el de la meditación logré investigar o, si se prefiere, describir la condición de víctima” (Améry, 2013, p. 48). Condición que está vinculada al fenómeno del padecimiento y la tortura.

Haber vivido como judío en Europa en la primera mitad del siglo XX, supone para Améry el signo trágico de la persecución y la tortura. En *Más allá de la culpa y la expiación* dedica un capítulo entero a este último asunto. En un tono serio y comprometido, Améry dice que respecto de la tortura se debe tener cuidado para no exagerar. No obstante, después de reconocer que el padecimiento al cual fue sometido no dejó cicatrices llamativas en su cuerpo, dice que la tortura “es el acontecimiento más atroz que un ser humano puede conservar en su interior” (Améry, 2013, p. 83). La tortura borra la línea que separa al espíritu del cuerpo y hace que los individuos queden reducidos a este último. Quedan dispuestos como mera carne para sus verdugos. La anulación del espíritu es el objetivo de la tortura, por ello, para Améry, esta práctica violenta no era un accidente; todo lo contrario, era el *elemento esencial* del nacionalsocialismo en el desarrollo de su política antisemita. Esta reducción a la carne no comprende una situación que pueda ser interpretada desde los criterios que apuntan a un fenómeno de carácter natural, pues existe una relación de sometimiento de parte del que victimiza en relación con la víctima y este acto de victimización no es fortuito, sino “violento y radical”, pues “reduce a la víctima a un mero cuerpo para privarla del sentido de sí misma. Pero el acto presupone lo que niega: apunta a la víctima misma (Grøn & Brudholm, 2011, p. 200). Esta paradoja de la tortura no busca hallar en la situación una lógica de la violencia en sentido formal, más bien hace explícito que la tortura, si bien puede dirigirse hacia la muerte de la víctima, a la vez necesita de ella con vida para poder afirmarse de manera

absoluta. El cuerpo es el objeto inmediato de la tortura y el espíritu su destinatario indirecto aunque por ello no menos concreto.

La tortura deja un estigma indeleble, aunque desde un punto de vista clínico no sea reconocible ninguna traza objetiva. El carácter imborrable de la tortura justifica vuelos especulativos que no tienen por qué ser de gran altura y, sin embargo, desde el punto de vista de la víctima pueden reivindicar cierta pretensión de validez (Améry, 2013, p. 98).

Desde la perspectiva de Améry, la tortura comporta un doble sentido: en primer lugar, la tortura necesita del cuerpo; “el cuerpo es el receptor de los actos tortuosos” y, en segunda instancia, existe una relación entre tortura y memoria, pues esta última es “el medio que registra la tortura y sintetiza sus consecuencias internas” (Vivaldi, 2018, p. 30). Además de ello, testimoniar sobre la propia experiencia traumática, en el caso de Améry, se basa también en el hecho de haber presenciado el horror cometido contra un otro “sin voz ni nombre” (Zolkos, 2010, p. 73). Ello por dar testimonio de lo ocurrido, dentro de los límites del sufrimiento, implica reconocer un proceso de anulación del yo que se manifiesta, precisamente, en la reducción del espíritu a mera carne, a cosa. Así, como afirma Giorgio Agamben (2014) “*el sujeto del testimonio es aquel que testimonia de una desubjetivación*” (p. 127). La víctima testimonia sobre un proceso en el cual el padecimiento ha dañado algo en su subjetividad. El testimonio que da cuenta del horror parece no ser bien recibido, no hablar sobre lo desagradable, sobre el daño y el sufrimiento, supone ser una regla que impide amplificar experiencias de dolor; por ello “hablar como víctima” significa intentar infundir en el debate público una perspectiva impopular y desagradable. Sin embargo, cuando Améry habla desde su condición de víctima “apela a un concepto de dignidad humana y a una

visión de la coexistencia que va más allá de cualquier preocupación estrecha sobre su propia victimización” (Brudholm, 2008, p. 84). Según Gonzalo Sánchez, director del Centro Nacional de Memoria Histórica de Colombia entre los años 2011 y 2018, Jean Améry “no escribe para que se comprenda o supere lo insuperable, sino para denunciar y condenar” (Sánchez, 2020, p. 30).

Dunia Wasserstrom, otra sobreviviente de Auschwitz, considera que su testimonio sobre lo acontecido no tiene un propósito de desahogo, y que este tampoco está en función de un posicionamiento privilegiado como víctima, no busca un reconocimiento desmedido y tampoco pretende una vana exclusividad en el relato de los hechos. Para ella, al igual que sucede con Améry, el trauma que supone Auschwitz es un recuerdo permanente que golpea brutalmente el espíritu:

Ninguno de nosotros podemos olvidar los tormentos y martirios morales y físicos a que fuimos sometidos en Auschwitz, y ese punzante recuerdo permanente en mi espíritu me ha obligado a escribir somera y lacónicamente unas líneas relatando algunos de los hechos que conocí y sufrí, no como desahogo de mi conciencia, sino para dejar constancia de lo acaecido (Wasserstrom, 1979, p. 14).

Los testimonios de los sobrevivientes de la violencia no son relatos susceptibles de una interpretación unilateral, la especificidad de ellos no permite que se puedan capturar en un único sentido o arrojar un único significado. Por ello, las sugerencias que indican que el tiempo todo lo cura, que al final todo pasa o todo se olvida, o que el ánimo siempre sale fortalecido después de las adversidades, supone siempre una gran ceguera ante el sufrimiento y una forma ideológica que pretende justificarlo.

En contra de Hegel (2022), para quien “las heridas del espíritu sanan sin que queden cicatrices” (p. 532), Améry considera que no sucede así para él. Lejos de tener ausencia de cicatrices espirituales, estas abundan, incluso las heridas permanecen abiertas. No hay un tiempo continuo y natural vinculado con los traumas después de la violencia sufrida; el menoscabo de la subjetividad y la degradación brutal del cuerpo por mano ajena, no permiten que el tiempo sea lineal. El tiempo se hace presente de manera permanente y la memoria se ancla con firmeza en las situaciones límite del padecimiento y la tortura. La explicación del poder de convencimiento de la afirmación hegeliana, radica en que “la conciencia del tiempo natural arraiga de hecho en la cicatrización de heridas como proceso fisiológico y se ha proyectado en la representación social de la realidad” (Améry, 2013, p. 153).

Ante la ideología de la “superación del pasado”, Adorno reclamó el derecho de la memoria para evitar la repetición de la barbarie. Para él, la tendencia a dejar de lado el pasado trata de eludir la responsabilidad por lo ocurrido. Esta ideología de la “superación del pasado” no escatima en sus esfuerzos por justificar el horror. Una inversión de responsabilidad opera en este proceso de falsa superación:

...se declaran responsables de las monstruosidades de Hitler a quienes toleraron que tomara el poder, no a quienes lo aclamaron. Lo idiota de todo ello es signo, realmente, de una falta psíquica de dominio y superación; es signo de una herida, aunque pensar aquí en heridas es algo que debería venir más bien referido a las víctimas (Adorno, 1998, p. 17).

De esta manera, la exigencia, por ejemplo, de realizar procesos absolutos de perdón, no tiene en cuenta la impor-

tancia de comprender que una posición de rencor o de resentimiento es respetable y que las víctimas pueden reivindicar su derecho a no perdonar, pues “todo perdón y olvido forzados mediante presión social son inmorales” (Améry, 2013, p. 153). Es así como Améry insiste en lo problemático que para él es el asunto del perdón:

Solo perdona realmente quien consiente que su individualidad se disuelva en la sociedad, y quien es capaz de concebirse como función del ámbito colectivo, es decir, como sujeto embotado e indiferente. Acepta con resignación los acontecimientos tal y como acontecieron. Acepta, como dice un lugar común, que el tiempo cura las heridas (Améry, 2013, p. 152).

Améry sabe que el resentimiento significa quedarse atrapado en el pasado de una manera destructiva, que las condiciones del mismo no son deseables y que por ello el resentimiento no es una elección en el sentido pleno de la palabra, esto “no solo porque es psicológicamente insano... sino porque es filosóficamente absurdo” (Heyd, 2019, p. 87).

El resentimiento bloquea la salida a la dimensión auténticamente humana, al futuro. No se me escapa que el sentido del tiempo de quien es presa del resentimiento se encuentra distorsionado, trastocado, si se prefiere, pues desea algo doblemente imposible: desandar lo ya vivido y borrar lo sucedido (Améry, 2013, p. 149).

A partir de las consideraciones sobre el resentimiento, se puede notar cómo para Améry las posibilidades de reconstrucción de la vida después del daño no se realizan de forma lograda, pues lo sucedido marca profundamente cualquier dimensión del provenir de una manera insistente y tormentosa. Según Magdalena Zolkos, el testimonio de Améry como una representación de la conjuración del hogar “fantasmal” y de la lengua materna podría ser la

base de ciertos enfoques críticos sobre las políticas de reconciliación y justicia transicional, que se organizan en torno a “una promesa implícita de *reversión* o *retorno*”, pues quieren proponer la implementación de medidas restaurativas, y “hacen un gesto hacia imaginarios de una condición comunitaria intacta *antes* del evento catastrófico”, pero, según la misma autora, “para Améry, la situación posterior a la catástrofe prohíbe el acceso a cualquier ‘antes’ de ese tipo” (Zolkos, 2010, p. 50).

Ante todas las inquietudes que apuntan a la necesidad de explicar o aclarar de forma objetiva lo que ha sucedido, y que insisten en que solo a partir de una consideración de este tipo es posible lograr un cierto margen de comprensión del daño infligido sobre las víctimas, cabe insistir en que es precisamente la singularidad de la experiencia la que evita que pueda existir explicación objetiva alguna, ya que, “frente a Auschwitz, la capacidad de explicación del historiador resulta insignificante” (Kershaw, 2004, p. 19) y por ello “todas las tentativas de explicación —en su mayoría monocausales— fracasan del modo más irrisorio” (Améry, 2013, p. 40).

A partir de los eventos violentos que padeció Améry se debe entender que no hay una instancia que pueda satisfacer absolutamente las preguntas de algún investigador y que, más bien, la multiplicación de los interrogantes hace parte de todo interés que se pueda tener respecto de una experiencia traumática como la suya, pues “desde Auschwitz, temer a la muerte significa temer algo peor que la muerte” (Adorno, 2005, p. 340). Quizás por estos motivos, las reflexiones de Améry (1999) sobre el suicidio y el gesto de “levantar la mano sobre sí mismo” para cesar su propia vida, hacen manifiesto que no existe posibilidad alguna de comprensión definitiva en relación con los pade-

cimientos de las víctimas de la violencia. Como dice Marcuse (2024): “el suicidio de Werther todavía era un desafío para la sociedad, mientras que el de Jean Améry era una cuestión de desesperación, para la cual no había más mañana” (Marcuse, 2024, p. 130).

Referencias

- Adorno, Th. W. (1998). *Educación para la emancipación. Conferencias y conversaciones con Hellmut Becker (1959-1969)*. Ediciones Morata.
- Adorno, Th. W. (2005). *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Ediciones Akal.
- Agamben, G. (2014). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Pre-Textos.
- Amery, C. (2002). *Auschwitz. ¿Comienza el siglo XXI? Hitler como precursor*. Turner / Fondo de Cultura Económica.
- Améry, J. (1999). *Levantar la mano sobre uno mismo. Discurso sobre la muerte voluntaria*. Pre-Textos.
- Améry, J. (2003). *Lefeu o la demolición*. Pre-Textos.
- Améry, J. (2010). *Lugares en el tiempo*. Pre-Textos.
- Améry, J. (2013). *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Pre-Textos.
- Arendt, H. (2001). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Editorial Lumen.
- Benjamin, W. (2010). *Tesis sobre la Historia y otros fragmentos*. Ediciones Desde Abajo.
- Brudholm, T. (2008). *Resentment's Virtue. Jean Amery and the Refusal to Forgive*. Temple University Press.
- Grøn, A. & Brudholm, T. (2011). “Nachdenken”. Zolkos, M. (Ed.). *On Jean Amery. Philosophy of Catastrophe* (pp. 193-215). Lexington Books.
- Hegel, G.W.F. (2022). *Fenomenología del Espíritu*. Siglo del Hombre Editores.
- Heyd, D. (2019). The Ethics of Resentment: The Tactlessness of Jean Amery. Ataria, Y., Kravitz, A. & Pitcovski,

- E. (Eds.). *Jean Amery. Beyond the Mind's Limits* (pp. 85-102). Palgrave Macmillan.
- Kershaw, I. (2004). *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Siglo XXI Editores.
- Mann, T. (1975). *El artista y la sociedad*. Ediciones Guadarrama.
- Marcuse, H. (2024). *Escritos sobre estética y política*. Ennegativo Ediciones.
- Sánchez, G. (2020). *Memorias, subjetividades y política. Ensayos sobre un país que se niega a dejar la guerra*. Crítica.
- Vivaldi, J-M. (2018). *Reflections on Jean Améry. Torture, Resentment, and Homelessness as the Mind's Limits*. Palgrave Macmillan.
- Wasserstrom, D. (1979). *Nunca jamás... Memorias de una sobreviviente de Auschwitz*. Hyspamérica Ediciones.
- Zolkos, M. (2010). *Reconciling Community and Subjective Life. Trauma Testimony as Political Theorizing in the Work of Jean Améry and Imre Kertész*. Continuum.

Entre Vietnam e Israel: el dilema del compromiso político*

Quiso la coincidencia que hace un par de semanas el autor de esta contribución tuviera oportunidad de hablar, con pocos días de diferencia, con los escritores alemanes Alfred Andersch y Rolf Schroers sobre el compromiso político del intelectual. Implícitamente, todos estaban más o menos de acuerdo en que este compromiso solo podía ser, en el sentido más amplio de la palabra y por problemático que fuera, de naturaleza *izquierdista*. Para el ex oficial Schroers, temperamentamente conservador y miembro del FDP¹, aunque de la izquierda del partido; el ex joven comunista Andersch; y el izquierdista, en todos los sentidos de la palabra, sin techo, autor de estas líneas, siguiendo la tradición que prevalece desde el caso Dreyfus, era evidente que un intelectual que se vuelve políticamente activo lo hace por definición en la *izquierda*, donde, para citar a Alfred Polgar (1929), “palpita el corazón de la humanidad”². Pero más allá de este acuerdo tácito, se planteaban ciertos problemas. ¿Acaso un intelectual no renunciaba a su libertad política al asociarse demasiado a los acontecimientos políticos? ¿Acaso no limitaba su capacidad de adherirse a la virtud crucial de la

* „Zwischen Vietnam und Israel: Das Dilemma des politischen Engagements“, *Die Weltwoche*, 1967 (N. del T.)

¹ FDP es el acrónimo del Partido Demócrata Libre (*Freie Demokratische Partei*), fundado en 1948. En la década de 1950, el partido se opuso al proceso de desnazificación y engrosó sus filas con numerosos exnazis, incluidos miembros de las SS (N. del T.)

² Polgar, A. (1929). *Schwarz auf Weiss*. Rowohlt (N. del T.)

tolerancia al comprometerse? ¿Era lícito juzgar cada problema interno alemán desde una posición de izquierda y aprovechar cada oportunidad apenas apropiada para subir al escenario y hablar abiertamente? ¿Qué pasó con la dignidad de autor de, por ejemplo, Günter Grass mientras atravesaba las tierras alemanas en su rol de bardo del SPD³? ¿Acaso el intelectual no puso en peligro su autoridad y disminuyó el impacto de sus palabras al firmar un flujo interminable de telegramas y manifiestos de protesta?

Las discusiones no condujeron a ninguna conclusión definitiva. Yo, por mi parte, para introducir, bajo presión estilística y moral, el pronombre personal que normalmente nos gusta esconder tras tímidos circunloquios y simulados desapego y objetividad, defendí con cierta pasión, frente a las reservas de mis interlocutores, los méritos del compromiso político.

En realidad, las preocupaciones relativas a la autoridad del autor, a su “aura”, no eran tan importantes, sugerí. Ni siquiera la “belleza” de las palabras más o menos hermosas con las que los escritores encantaban a sus lectores debía tomarse demasiado en serio. Tampoco, como se podía deducir del magnífico ensayo de Herbert Marcuse “La tolerancia represiva”, la tolerancia constituía un valor histórico o moral absoluto. Las actividades de Sartre eran un buen ejemplo de ello. No solo no temía perder autoridad si hablaba abiertamente, sino que ni siquiera la posibilidad de hacer el ridículo lo disuadía. Siempre había prioridades plausibles y obvias, y una de ellas era el compromiso con una causa, que tal vez no fuera una bue-

³ SPD es el acrónimo del Partido Socialdemócrata de Alemania (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*), fundado inicialmente en 1863 (N. del T.)

na causa genuina todavía, pero que, a diferencia de otras, parecía tener el potencial de convertirse algún día en una.

El defensor del compromiso de izquierdas no tuvo grandes dificultades para defender lo que se sentía inclinado a hacer y se sentía obligado a hacer. Se refirió a Vietnam, donde un pequeño pueblo estaba siendo aplastado por la maquinaria militar más poderosa del mundo. De ninguna manera se podía sugerir que existía una simetría entre las atrocidades perpetradas por uno y otro bando, como si ambos fueran igualmente culpables. O se podía pensar en Grecia, señaló, donde el nuevo orden y la nueva moralidad estaban en marcha. Sin embargo, cuando llegue la temporada de vacaciones del próximo verano, pocos turistas culturales interesados en la arqueología se lo perderían. O en Bolivia, donde aparentemente ya se había torturado al joven filósofo francés Régis Debray, un ser humano deslumbrante de conmovedora destreza física e intelectual, casi hasta la muerte, y todavía existe una clara posibilidad de que lo ejecuten, independientemente de lo que piense el general que fue su presidente. En realidad, añadió, el caso de Régis Debray daba una indicación bastante clara de la naturaleza significativa del compromiso político, que siempre cobraba sentido cuando el intelectual comprometido era capaz de hacer que sus acciones estuvieran en pleno acuerdo con sus palabras, cuando estaba físicamente comprometido en la implementación de los objetivos sobre los que había hablado y escrito.

Este compromiso no contradecía en modo alguno la protesta que había que levantar contra el trato despreciable que recibían hombres como los escritores soviéticos Daniel y Sinyavsky⁴. Después de todo, ellos y sus afligi-

⁴ Yuli Markovich Daniel (1925-1988) y Andrei Donatovich Sinyavsky (1925-1997) fueron arrestados en septiembre de 1965 y juzgados y

dos pares en los países del bloque socialista se veían a sí mismos como participantes en una actividad de oposición de izquierdas dirigida contra una ortodoxia reaccionaria de derecha. Su desgracia no hizo más que subrayar que el intelecto sigue estando a la izquierda, mientras que el poder, que es malo incluso cuando intenta ser bueno y a pesar de estar arraigado en una teoría basada en el derecho y la justicia, se ubica claramente a la derecha política.

En igualdad de condiciones, dado que U Thant⁵ vio al mundo ser impulsado directamente hacia la Tercera Guerra Mundial en Vietnam, uno siempre debería mirar a Vietnam para obtener un sentido de dirección. Cuál debería ser esa dirección era un tema de controversia; de hecho, se trataba de una cuestión irreconciliable. Sin embargo, nadie podía optar por una “objetividad” aceptable en la cuestión.

La situación era así de sencilla. Desde la perspectiva del intelectual interesado en el compromiso político, la situación política actual realmente ofrecía una imagen demasiado obvia. No se podía dejar de aplicar el *terrible simplificateur*, superando todo temor al ridículo, porque los horrores del mundo eran realmente así de sencillos.

Pero entonces ocurrió algo que, para el autor que dice la verdad sobre sí mismo en este artículo y para miles de otras personas que piensan como él, transformó la horrible simplicidad del panorama político en una complejidad aún más horrorosa. Los Estados árabes, apoyados

condenados al año siguiente por propaganda antisoviética. Tras su liberación en 1970 y 1971, respectivamente, Daniel trabajó como traductor en la Unión Soviética mientras que Sinyavsky se trasladó a París en 1973, donde posteriormente ocupó una cátedra en la Sorbona (*N. del T.*)

⁵ El político y diplomático birmano U Thant (1909-1974) fue el tercer secretario general de las Naciones Unidas entre 1962 y 1971 (*N. del T.*)

por la Unión Soviética y todo el bloque socialista, parecían estar a punto de acabar con el diminuto Estado de Israel.

En este contexto, Claude Lanzmann, miembro de la "familia" Sartre que acompañó a este último y a Simone de Beauvoir en su reciente viaje a Egipto e Israel, declaró que, como socialista y marxista, ahora se veía obligado a clavar su bandera sin reservas en el mástil de este Estado, que, en el lenguaje del bloque socialista, es una cabeza de puente del imperialismo estadounidense en Oriente Medio. Lamentaba, añadió Lanzmann, no haber profesado antes este compromiso inequívoco. Lo que le había sucedido al alumno y amigo de Sartre le había sucedido también al autor de esta contribución, en quien Sartre ha tenido una influencia formativa mayor que cualquier otro filósofo; y seguramente debe haberle sucedido a innumerables otras personas también, que, al optar por la causa de Vietnam, habían optado por sí mismas, desde izquierdistas judíos de alguna oscura denominación socialista hasta, tal vez, Howard Levy⁶, el coronel y médico judío que se negó a instruir a los reclutas estadounidenses destinados a Vietnam porque, "como hombre de ascendencia judía", no quería servir al fanático de Hitler: el mariscal Kỳ⁷.

Solo unas semanas antes de este acontecimiento, yo todavía podía verme claramente como uno de esos intelectuales de izquierda que, de una manera atenuada por su hábito crítico y por la tendencia a burlarse de sí mis-

⁶ En 1967, el capitán del ejército estadounidense Howard Levy fue encarcelado por negarse a entrenar a soldados de las Fuerzas Especiales para Vietnam (*N. del T.*)

⁷ Nguyễn Cao Kỳ fue jefe de la Fuerza Aérea de Vietnam del Sur y más tarde se convirtió en Primer Ministro de Vietnam del Sur entre 1965 y 1967 (*N. del T.*)

mo, complacen la repulsión de algunos mientras ofrecen una medida de gratificación para sí mismos y para los demás. Recuerdo haber participado en el Coloquio de Núremberg, que tuvo lugar en abril de 1967⁸. Allí, un joven alemán con una chaqueta tradicional al estilo de Heidegger, que estaba tan furioso que se le había ido toda la sangre al rostro, hizo saber que, con el tiempo, se sabría dónde encontrar a figuras como yo. Todavía puedo sentir el orgullo infantil que se apoderó de mí en ese momento, dado que incluso para personas como yo, el compromiso político ya no era evidentemente un gesto totalmente vacío y uno podía consolarse pensando que entrañaba al menos un mínimo de riesgo. Sin embargo, la concentración de tropas árabes en todas las fronteras de Israel cortó, tuvo que cortar, la satisfacción en parte moralista y en todo caso intelectualmente no precisamente bien fundada que se obtenía de esta forma de compromiso político, que uno solía llamar “antifascista”.

Dejando de lado todos los posibles puntos de comparación obviamente absurdos, ¿qué me distingue de Sartre en esta situación, o de Enzensberger y todos los demás intelectuales izquierdistas comprometidos para quienes la existencia del Estado de Israel es una “causa”, sin duda, pero no una que concierna a su propio lugar en el mundo? Los mundos nos distinguen. Independientemente de que seamos o no de ascendencia judía, de que seamos religiosos o ateos totalmente asimilados, ahora que Israel está bajo amenaza, aquellos de nosotros que nos hemos visto obligados a reconocer que llevamos la suerte judía

⁸ Entre 1965 y 1969 se celebraron los Coloquios de Núremberg (*Nürnbergger Gespräche*), iniciativa del responsable municipal de asuntos culturales de Núremberg, el socialdemócrata Hermann Glaser, que suscitó duras críticas de la derecha. En el primer coloquio, celebrado en 1965, Fritz Bauer debatió, entre otros, sobre la relevancia de Auschwitz con Hans Günther Adler (*N. del T.*)

hemos sido expulsados de la comunidad de la que formamos parte ayer mismo. Los que pertenecemos a la generación que vivió en carne propia los crímenes de Hitler nos encontramos, una vez más, tan aislados como lo estuvimos entre 1933 y 1945. Ya no tenemos elección, ya no podemos elegirnos *a nosotros mismos*, porque ya hemos sido elegidos: como víctimas. Y existe cierta probabilidad de que una vez más tengamos que desempeñar el papel que se nos impuso en aquel entonces.

El núcleo singular e irreductible de la condición judía se está volviendo claro hoy: es la ineludibilidad de ser judío, un estado que uno solo puede aceptar y cuyas implicaciones son ineludibles. Uno puede querer ser un intelectual de izquierda un día, pero al día siguiente ya no. Esto es casi enteramente una cuestión de libre albedrío. Ser judío, en cambio, y repito: independientemente de si uno es un judío religioso, de ascendencia enteramente judía o, en términos "raciales", de ascendencia mixta, *a priori* no es una cuestión de elección. El judío está obligado a seguir siendo quien es y debe aceptarlo. Y esto también determinará su postura sobre el inminente conflicto árabe-israelí.

Tengo ante mí el texto de un llamamiento lanzado por intelectuales franceses de izquierdas en favor de la paz en Oriente Medio. En él se hace referencia a la amistad entre los signatarios y el pueblo árabe y se rechaza enfáticamente el imperialismo norteamericano. A continuación se hace una defensa expresa de Israel. Es necesario proteger la seguridad y la soberanía del Estado, incluida su libertad de navegación. La paz debe lograrse mediante negociaciones directas entre las naciones implicadas y servir a sus pueblos. El llamamiento es bienintencionado y pretende hacer justicia a todas las partes. Puesto que es evidente que los Estados árabes no desean negociar y no

están dispuestos en ningún caso a reconocer el derecho de Israel a existir, el llamamiento es también de naturaleza totalmente teórica. Es comprensible y digno de aceptación que Sartre, Simone de Beauvoir, Claude Roy, Jean Casou, el abate Maurice Morel y el pastor Charles Westphal firmaran el documento, a pesar de la falta de realismo por parte de sus autores reflejada en el texto. Al fin y al cabo, dado que su existencia no está en juego, los intelectuales no judíos pueden permitirse reafirmar sus principios políticos y morales en esta situación. Sin embargo, el hecho de que los judíos Laurent Schwartz, Vladimir Jankélévitch y Clara Malraux-Goldschmidt también hayan puesto su nombre en el escrito nos lleva al terreno de una especie de ironía trágica. Se aferran a principios que se han vuelto contradictorios y que la realidad también ha vuelto obsoletos.

¿Qué sentido tiene profesar amistad con el pueblo árabe cuando es evidente que no les interesa esa declaración de amor y que tratarían sin contemplaciones al filósofo Jankélévitch, al matemático Schwartz y a la escritora Clara Malraux de una manera extremadamente inclemente si se les diera la oportunidad? ¿Qué sentido tiene, en este contexto, condenar al imperialismo norteamericano? Es cierto que existe o, para ser más precisos, Estados Unidos está aplicando una política de violencia beligerante en Vietnam, pero eso no tiene nada que ver con la crisis en Oriente Medio, donde, después de todo, no son los norteamericanos quienes amenazan con aniquilar a un pequeño país.

Parece que los intelectuales judíos de izquierdas aún no han comprendido plenamente que, frente a lo que ocurre en las fronteras de Israel, su comportamiento izquierdista carece de sentido. Se llevarán una desagradable sorpresa cuando se enfrenten al hecho incontrovertible de

que no están en condiciones de elegir o adoptar una postura porque ya han sido elegidos y puestos en su lugar. ¿Por qué?

Bueno, la cuestión es bastante sencilla: para cada judío del mundo, sea cual sea su orientación política, sea un intelectual, un hombre de negocios o un artesano, la existencia del pequeño Estado judío es una cuestión “existencial” porque los judíos de Israel no solo han adquirido, para utilizar una formulación acuñada por Ernst Bloch en otro contexto, el “andar erguido”, sino que también han enseñado a los judíos que viven en la diáspora y que quizá no tengan intención de ir jamás a Israel, ni siquiera de vacaciones, a adoptar un paso firme y una postura erguida.

El Estado de Israel ha desmentido de manera tan rotunda las leyendas antisemitas más estúpidas —que los judíos eran cobardes, que sabían qué hacer con un billete de banco pero no cómo manejar un arado, que eran incapaces de formar un Estado— que ni siquiera el nazi o el neonazi más tenaz se atreve a repetirlas. Todo judío, viva donde viva, vive de este logro. Incluso si hace tiempo que se ha constituido como totalmente francés o totalmente estadounidense, eso le da un lugar apropiado en el mundo, lo admita o no. De este modo, el intelectual judío de izquierdas *se alista y se entrega* a su suerte. No ha elegido libremente su compromiso; se le ha impuesto bajo una coacción ineludible. Desde que los ejércitos hostiles se han concentrado alrededor de Israel, desde que las voces más directas en los países árabes han hecho saber que el pequeño país debe ser convertido en un gran campo de concentración, desde que se habla de arrojar a los israelíes al mar, ya no es un intelectual de izquierdas, sino simplemente un judío. Porque Auschwitz está detrás de él, y el ansiado Auschwitz II en el Mediterráneo puede muy

bien estar por delante de sus hermanos, de los que no puede alejarse porque el mundo no se lo permite.

Como ya ha ocurrido en otras ocasiones, la *condition humaine* judía ha liberado al judío, por medios trágicos, de esta elección. Lo cual no quiere decir que, como izquierdista, se encuentre ante un terrible dilema. Después de todo, el conflicto en Vietnam continúa, la escalada no se ha detenido, la situación de Vietnam es real y sigue exigiendo la solidaridad de los judíos de izquierda, y esto a pesar de que Hanoi ha asegurado a Nasser por telegrama su aprobación sin reservas. ¿Cómo se puede escapar de este dilema?

Se puede simplificar el asunto construyendo un caso hipotético y preguntándose qué sucedería si tanto el general Giáp como Yitzhak Rabin, en su calidad de jefe de Estado Mayor, comenzaran a reclutar voluntarios y a formar brigadas internacionales. ¿Adónde debe dirigirse entonces un joven judío de izquierdas apto para el servicio militar? Puede parecer un enigma, pero suponiendo que el joven al que se le presente esta elección quiera optar por la *autenticidad*, la solución está, de hecho, predefinida. Para el autor de esta contribución, esta cuestión ya está resuelta. Si su edad y su constitución física se lo permitieran, se pondría a disposición de Rabin y “traicionaría” al general Giáp, incluso si esto conllevara el riesgo de encontrarse de repente luchando, bajo el mando israelí, codo a codo con un marine norteamericano que bien podría haber participado en el terrible combate de Vietnam hace apenas un momento y que incluso podría ser un segregacionista y un antisemita en su casa de Carolina del Sur.

El dilema del intelectual judío de izquierdas es de naturaleza puramente psicológica. Objetivamente, su con-

ducta ya está predeterminada. En otras palabras, una vez más, no es *libre*, como tampoco lo era el autor de estas líneas cuando, en 1941, se unió a la Resistencia. Después de todo, incluso si hubiera sido "leal" a las autoridades de ocupación alemanas, igualmente lo habrían deportado. En consecuencia, ya no le interesa intelectualmente resolver los enigmas del compromiso político. Mientras Israel, y él mismo y su andar erguido, adquirido con tanto esfuerzo, estén bajo amenaza, el problema en sí no le preocupa. Lo han arrancado de su comunidad de convicciones y, sin importar sus propios deseos, lo han empujado a la fuerza a la comunidad de los perseguidos. Si se muestra reacio a admitirlo ante sí mismo, solo tiene que imaginar lo que sucedería si Israel fuera derrotado decisivamente. Cientos de miles de judíos saldrían al mundo. Una vez más, existiría un problema judío de un orden de magnitud completamente diferente, y los firmantes del mencionado llamamiento, a pesar de toda su libertad ilusoria, bien podrían considerarse afortunados por seguir con vida.

El judío comprometido políticamente y preocupado por la situación en Vietnam y Grecia presenta su dimisión, al menos provisionalmente. Lo sustituye un judío que ha estado expuesto a la catástrofe definitiva. ¿Recuperará su libertad y podrá retomar plenamente su compromiso izquierdista? Esto puede depender, en gran medida, de hasta qué punto sea capaz de mantener su autenticidad en los días que se avecinan.

Los eternamente indeseables

Prejuicios contra los emigrantes*

En la última película de Alain Resnais, *La guerra ha terminado*, hay una escena que ilustra nuestro tema de la manera más vivida: una mujer escandinava y un refugiado español en París son detenidos en su auto a causa de una infracción de tráfico menor. Ahora bien, mientras que la extranjera "auténtica" es tratada con extrema cortesía por los guardianes del orden, tal vez porque la toman por una turista, hacia el español, que se refiere a sí mismo como "refugiado español", muestran un rechazo frío y desconfiado. La policía no sabe quién es el "refugiado" bien vestido y de aspecto respetable en todos los sentidos, cuánto tiempo lleva viviendo en Francia, qué profesión ejerce e incluso si tal vez no ocupe un puesto importante. El mero hecho de que sea un *refugiado* determina su comportamiento: el prejuicio contra el emigrado se revela en toda su fealdad pequeñoburguesa y en su intensidad irracional.

Si queremos hablar de este tipo de prejuicios, primero tendremos que definir a grandes rasgos el concepto de *emigrante*. Un emigrante, tal como lo consideraremos, se define aquí en el sentido más estricto de la palabra, es decir, no solo como alguien que abandona su país, sino como una persona que quiso o tuvo que abandonar su

* „Die ewig Unerwünschten: Vorurteile gegen Emigranten“, *Tribüne. Zeitschrift zum Verständnis des Judentums*, 6, 1967, pp. 2230-238 (N. del T.)

patria por motivos políticos, religiosos o raciales. En este sentido, un emigrante no es el joven ingeniero inglés que emigra a los Estados Unidos en busca de mejores oportunidades de trabajo y de progreso, ni el francés de Argelia que es repatriado a Francia después de que Argelia se independiza, ni el alemán de los Sudetes que se establece en la República Federal; es el ruso que huye a Francia después de la Revolución Bolchevique, el judío alemán que después de 1933 intenta encontrar una nueva vida en Holanda, el húngaro que en octubre de 1956 cruza a territorio austríaco.

La historia de la emigración étnica, política y religiosa es una parte esencial de la historia universal. Comienza quizá con la diáspora judía tras la destrucción del Segundo Templo. Sin duda incluye las emigraciones de los hugonotes franceses tras la revocación del Edicto de Nantes, la huida de las familias aristocráticas durante la Revolución Francesa, las emigraciones alemana y polaca del siglo XIX, la ya mencionada huida rusa tras la Revolución de 1917, la emigración política italiana tras la marcha sobre Roma, el drama de los refugiados españoles tras el colapso de la República, la emigración del Tercer Reich, hasta el éxodo tras la Segunda Guerra Mundial y el puente aéreo de emigrantes de Cuba a los Estados Unidos. No nos corresponde enumerar aquí todas las emigraciones, pues no estamos resumiendo la historia, sino que solo intentamos dilucidar el prejuicio contra los emigrantes.

Es evidente que las cosas difieren mucho de un caso a otro y que no es fácil generalizar. En los países en los que los refugiados hugonotes buscaron asilo, por ejemplo, fueron recibidos como *correligionarios*, en una época en la que la confesión religiosa significaba mucho más en la conciencia común que la nacionalidad. Seiscientos oficiales hugonotes, por ejemplo, fueron integrados en el ejérci-

to del príncipe elector de Brandeburgo, en rangos superiores a los que tenían en su propio país. Sin embargo, incluso en estas condiciones relativamente óptimas hubo hostilidades contra los inmigrantes aquí y allá, y en 1694 el embajador francés en la corte de Brandeburgo escribió: “Uno pensaría que su religión debería hacer que los refugiados franceses fueran bien vistos; pero a menudo [los nativos] no pueden soportarlos y buscan ansiosamente oportunidades para causarles daño”. El caso de los refugiados aristocráticos de la Revolución Francesa fue aún diferente. No entraban en contacto con el “pueblo” y apenas con las “clases superiores”, sino que se relacionaban exclusivamente con otros aristócratas, situación en la que el sesgo, si existía, tendía a ser favorable. Después de todo, huyeron de la “canalla”, y sus anfitriones se comportaron con ellos como Luis XVI se comportó con su enemigo tradicional, los ingleses. “Con nuestro primo en St. James” —hizo decir al rey Lion Feuchtwanger en *Waffen für Amerika*— “siempre podemos llegar a un acuerdo, pero con los rebeldes americanos, nunca”¹.

La situación de los emigrantes alemanes que huyeron a los Estados Unidos después de 1848 era todavía diferente. Un buen ejemplo es Carl Schurz, que tuvo que emigrar por su participación en la rebelión de Baden y que al otro lado del Atlántico llegó a ser general de división de las tropas de la Unión en la Guerra Civil estadounidense. Para los estadounidenses de esa época, todo inmigrante de piel blanca era un aliado bienvenido en la lucha contra el entorno, que había que domesticar, y contra una población indígena que aún no había sido totalmente subyugada. Durante mucho tiempo, el país debió su existencia y prosperidad a los inmigrantes de Europa. Allí donde to-

¹ Feuchtwanger, L. (1986). *Waffen für Amerika*. Büchergilde Gutenberg (N. del T.)

dos eran extranjeros no había condiciones para el desarrollo de la xenofobia. No encontramos prejuicios contra los emigrantes hasta el siglo XX; el ejemplo frecuentemente citado del odio eterno contra los “emigrantes” judíos entre la destrucción del Segundo Templo y la emancipación no cuenta, ya que la animosidad hacia los judíos, hasta el surgimiento del antisemitismo racial teórico y programático en el siglo XIX, era de naturaleza completamente religiosa. La animosidad hacia los emigrantes en el siglo XX nos proporcionará los únicos ejemplos relevantes, pero antes debemos detenernos y plantearnos algunas preguntas básicas.

¿Qué tiene de especial este prejuicio particular? ¿En qué medida forma parte de la tendencia xenófoba general? Hay que proceder con cuidado y, para empezar, conviene diferenciar entre la animosidad hacia los emigrados y el prejuicio. Es cierto que en la mayoría de los casos, aunque no en todos, el prejuicio causa animosidad; pero, por otra parte, no toda la animosidad hacia los refugiados se basa en meros prejuicios. Los habitantes de los países que se vieron afectados por la gran crisis económica de los años 1930-1939 y en los que buscaron asilo los refugiados de Hitler tenían razones económicas muy reales para temer la competencia de los emigrados en el mercado laboral. Por tanto, su animosidad hacia ellos no puede explicarse en modo alguno únicamente por motivos de prejuicio. Pero también en este aspecto existe siempre una situación muy ambigua, pues incluso cuando a los refugiados de cualquier tipo se les prohibía trabajar (en Bélgica y Holanda, por ejemplo), la animosidad hacía que se sintieran más amenazados. El propio emigrante se sentía así. Tenía dos aspectos: una preocupación real por la subsistencia (pues, después de todo, siempre existía la posibilidad de trabajo ilícito y, por lo tanto, competencia por parte del refugiado) y un miedo irracional reprimido. El

emigrante aparecía como un *extraño*, al que se le atribuían poderes mágicos en la lucha por la vida únicamente por su condición de *extraño*, lo que simplemente significa que se le había emitido un *prejuicio*. Esto proporciona la respuesta a la pregunta planteada anteriormente y llegamos a la conclusión de que el *prejuicio* contra el emigrante es un caso especial de un *prejuicio xenófobo más general*. Sobre este último tema los psicólogos sociales han realizado muchos trabajos, por lo que creemos que nos ahorramos una elucidación del *prejuicio* utilizando métodos psicológicos. Pero intentemos esbozar los lineamientos de una interpretación fenomenológica de la xenofobia.

Lo ajeno, pensamos, es lo desconocido y, por tanto, por definición, también lo amenazador. El hombre habita en un mundo, en un territorio donde se habla su misma lengua, en una civilización determinada, en un paisaje. El hombre interioriza ese mundo y lo incorpora a su personalidad. Cuando un mundo *extraño*, desconocido, es decir, una lengua, una civilización y unas pautas de conducta ajenas entran en conflicto con él, se siente amenazado y herido hasta lo más profundo de su ser. Lo *extraño*, lo ajeno, invade no solo su paisaje y su dominio lingüístico, sino también las capas más profundas de su persona. Hasta entonces, había considerado su persona como una unidad autónoma e invulnerable, una *mónada* sin ventanas; su entorno cultural y lingüístico era para él el mundo absoluto. De repente, la intrusión de lo *extraño* le hace comprender que su unidad interior puede ser destruida y que su país, que aparentemente no es el mundo entero, no le ofrece protección. El hombre que encuentra lo *extraño* en su propio país se siente más o menos como un exiliado en una tierra extranjera. Para el huésped no invitado, sus valores no significan nada y sus palabras solo tienen un significado parcial. Responde a lo que cree que lo amenaza y a lo que realmente ha perturbado su equili-

brio con una resistencia que puede llegar hasta el odio. Para que esto ocurra solo es necesaria una experiencia muy vaga; la amenaza por sí sola basta. El juicio sobre el extraño está condicionado por el prejuicio contra él; solo necesita llamar a nuestra puerta para que adoptemos una posición defensiva.

Es evidente que el prejuicio xenófobo que se origina de esta manera es más intenso entre los que Friedrich Heer llama la "gente baja". Las clases sociales educadas, versadas en idiomas y con conocimiento de países extranjeros, son más inmunes a él. Por esta razón, por paradójico que pueda parecer a primera vista, la animosidad hacia los extranjeros como fenómeno general no está tan ligada al auge del nacionalismo como a la democracia. En épocas en las que la gente común no entraba en escena, por así decirlo, el extranjero como caballero y persona educada era solo un invitado de un caballero y una persona educada, y se esperaba que el hombre común solo se inclinara y mostrara respeto. Para el caballero y la persona educada, a su vez, el extranjero no era en modo alguno el extranjero en el sentido al que se ha aludido antes. El mundo del invitado no era ajeno ni extraño, sino más bien el del anfitrión. El francés René Descartes estaba seguramente más cerca de la reina Cristina de Suecia que cualquiera de sus súbditos campesinos. De todo esto se desprende claramente que apenas se manifestó prejuicio xenófobo contra los emigrantes hacia los refugiados hugonotes y ninguno en absoluto hacia los refugiados de la Revolución de 1789; mientras que en el siglo XX de la sociedad democrática de masas surgió con una agresividad concentrada.

Nos hemos creído justificados al atribuir el prejuicio contra los emigrantes a algunos hechos básicos de xenofobia. Pero el primero es un caso especial de la segunda y

no coincide enteramente con ella. Precisamente por su naturaleza especial nos interesa; pero esta naturaleza especial, a su vez, tiene las ramificaciones más variadas, de modo que es muy difícil encontrar pautas claras. El prejuicio contra los refugiados de la Revolución Rusa, todos los cuales en París afirmaban ser ex grandes duques y que en muchos casos llegaron al país con una fortuna, era diferente del prejuicio dirigido contra los españoles pobres que en 1939 cruzaron los Pirineos a pie con mantas de lana enrolladas. El prejuicio contra los emigrantes judíos de Hitler era más profundamente arraigado y más agresivo que la resistencia que tuvieron que vencer los refugiados de los países comunistas después de la Segunda Guerra Mundial. En el prejuicio de los habitantes de Florida contra los emigrados cubanos se pueden detectar elementos racistas; en el rechazo de los emigrados alemanes no judíos del Tercer Reich, los temores económicos fueron fundamentalmente decisivos. ¿Dónde se puede encontrar el punto de partida de un análisis que conduzca a conclusiones generales?

Los hechos siguientes parecen innegables: para la población del país de acogida, el emigrante es una persona expulsada de su propia tierra, y todavía hoy nadie en las amplias masas democráticas —que tal vez estén manipuladas, pero que en última instancia son en realidad las portadoras soberanas de la opinión pública— puede realmente imaginar que alguien tuvo que abandonar su país sin culpa. En cada ciudadano, por muy ilustrado que sea, hay un respeto irracional por las autoridades, tanto las propias como las ajenas. Las autoridades no pueden equivocarse realmente (así lo piensa o lo siente el habitante del país de acogida, sin llegar a articular el pensamiento). El emigrado, entonces, debe haber “hecho algo” si cruzó la frontera por las rutas de los contrabandistas de noche y con niebla y sin pasaporte. Su apariencia externa

por sí sola despierta, en la mayoría de los casos, vagas nociones de delincuencia o, en todo caso, de abandono personal. Va mal vestido y tiende a unirse a los suyos, lo que a la vista parece una conspiración. El ciudadano residente, "*bien de chez soi*", piensa al verlo: sin duda sabían lo que hacían cuando lo echaron.

Además, existe una desconfianza que tiene sus raíces en estratos más profundos. El extranjero, decíamos, es por definición lo desconocido. Se vuelve doblemente sospechoso cuando es indeterminable en su naturaleza extranjera. He aquí un húngaro. Bien. Habla la lengua de su país de acogida con un fuerte acento, se diferencia de la gente entre la que busca asilo por su fisonomía, por su porte, por sus gestos. Es el extranjero. Pero ¿qué clase de extranjero? ¿Es al menos un húngaro "de verdad", como el que conocimos el año pasado, tal vez, en un viaje de verano al lago Balatón? Es evidente que no. Al fin y al cabo, quiere tener tan poco que ver con su patria como ella quiere tener que ver con él. Tal vez se inclina por una disposición demasiado apresurada y demasiado ansiosa a asimilarse, lo que, sin embargo, de ninguna manera lo hace parecer más familiar y más confiable para quienes deben asimilarlo. Así, al final, se vuelve doblemente extraño: en su calidad de extranjero y en su indefinibilidad nacional.

Sin duda, el grado de prejuicio que se convierte en animosidad depende en gran medida del consenso o del conformismo que prevalece en un momento dado en el país de acogida. No cabe duda de que todos aquellos emigrantes que durante el período de la Guerra Fría huyeron de los países comunistas a Occidente recibieron una acogida más amistosa que la que recibieron en su día los refugiados antifascistas de Hitler, y no solo por parte de las autoridades. Para la opinión pública, conducida al conformismo por la prensa, la radio y otros medios de

comunicación, un emigrante que llegaba de Checoslovaquia a Bélgica en 1950 era, sin duda, un “extranjero” en el sentido antes definido, pero la desconfianza se aliviaba por el hecho de que se veía en él a un ser humano que había huido del mal radical, es decir, del comunismo. La prensa hablaba de él como de alguien que había “elegido la libertad”. Eso no hizo desaparecer, sin duda, el prejuicio profundamente arraigado, pero sí lo atenuó. En efecto, hay que tener en cuenta que, debido al prejuicio contra todo lo comunista, esta dilución o neutralización del prejuicio contra los emigrados fue en su mayor parte superficial y, por tanto, de corta duración. Si hoy un obrero metalúrgico en Francia, Bélgica, Holanda, etc., que huyó de Hungría en 1956, comete un robo, se puede estar seguro de que los periódicos no hablarán del “obrero metalúrgico Béla Horváth” que se apropió de los ingresos del día en una tienda de tabacos, sino del “refugiado húngaro Béla Horváth”, aunque la persona en cuestión haya obtenido la nacionalidad hace tiempo.

Naturalmente, la situación del emigrante es mucho peor allí donde se acumulan numerosos prejuicios contra él. Una vez más, hay que hablar de los emigrados antifascistas de Hitler, quienes, según nuestra firme convicción basada en años de experiencia personal, sufrieron los prejuicios de la manera más trágica.

El emigrante de Hitler era un refugiado. Además, en la gran mayoría de los casos era judío. Y políticamente se situaba a menudo en la extrema izquierda. Inevitablemente, la hostilidad general contra los emigrantes y el prejuicio antisemita y anticomunista se consolidaron de una manera absolutamente monstruosa en un bloque compacto. Hermann Kesten, probablemente la mayor autoridad sobre la emigración después de 1933, escribió en un libro que editó, *Ich lebe nicht in der Bundesrepublik*:

Muchos exiliados llegaron sin pasaporte y fueron encerrados por eso... Como habían cruzado ilegalmente, digamos, la frontera francesa, fueron encerrados por la policía francesa sin audiencia y después de su liberación fueron perseguidos a través de la frontera belga. Capturados por los belgas, fueron encarcelados, con o sin audiencia; después de cumplir su condena fueron perseguidos de noche, ilegalmente, a través de la frontera y encerrados nuevamente por los franceses, esta vez por un período más largo debido a repetidos cruces ilegales de la frontera; después fueron perseguidos una vez más hasta Bélgica, digamos, nuevamente encarcelados por los belgas bajo condiciones más severas, luego perseguidos a través de la frontera, *ad infinitum*; y tal vez las víctimas todavía estarían pudriéndose hoy en quién sabe en qué cárceles fronterizas si no hubieran sido asesinados hace mucho en Dachau o gaseados en Auschwitz por sus compatriotas más radicales. En la mayoría de los países a los exiliados no se les permitía trabajar, pero tampoco se les permitía estar sin ningún medio de subsistencia. No se les permitió ser políticamente activos, quizás para no perturbar la agitación política de los nacionalsocialistas en el extranjero².

En este punto hay que continuar —algo que Kesten lamentablemente omitió hacer— y analizar con más precisión el conformismo antisemita, hostil también a los emigrantes y a la izquierda, que en última instancia en el siglo XX, pues la emigración se vio acompañada de un deseo de coexistencia pacífica con Alemania. Si examinamos la historia de la emigración en este siglo, pronto nos daremos cuenta de que el emigrado liberal y, en el sentido más amplio, de izquierdas, siempre lo ha tenido más difícil que su compañero de desgracias de orientación derechista. Como en Occidente el poder, una vez más, en el sentido más amplio, era en todas partes el poder de la

² Kesten, H. (Hrsg). (1964). *Ich lebe nicht in der Bundesrepublik*. List (N. del T.)

derecha, el conformismo hostil a los emigrados también era de orientación derechista. Las vejaciones e insultos que los refugiados antifascistas italianos, españoles y alemanes tuvieron que soportar por parte de las agencias gubernamentales y de la población de sus países de acogida (ya que se los consideraba un peligro para el orden existente) fueron más numerosos y ofensivos que los que sufrieron los refugiados rusos de la Revolución después de 1917 y los emigrados polacos, húngaros y checos en los años 50. Y si a esto se sumaban los prejuicios antisemitas, la situación del exilio se volvió psicológicamente absolutamente insoportable.

En la formación de prejuicios hostiles contra ellos desempeña un papel importante el deseo, más o menos evidente, de coexistir con el país que ha enviado o envía a los emigrados. Sería absurdo no admitir que los emigrados políticos son “belicosos” mientras tengan la más mínima esperanza de que su patria pueda ser liberada por la guerra del régimen que odian y que los odia a ellos. Los emigrados revolucionarios franceses, el exministro Charles A. Calonne y el general Marqués de Bouillé, estaban del lado de los prusianos y participaron en la batalla de Valmy. Los emigrados rusos de 1917 fundaron en París un centro de activismo anticomunista (bajo la dirección de Sávkov, en su momento ministro de guerra de Kérenski, que más tarde entró ilegalmente en la Unión Soviética y fue ejecutado allí). Al principio concentraron sus esperanzas en las campañas intervencionistas de las potencias occidentales, y finalmente en la gran guerra antibolchevique, que entonces desató Hitler. Los emigrados de Hitler, sobre todo entre sus sectores políticamente conscientes, también estaban *a favor* de la guerra. Y en ocasiones produjeron resultados desafortunados, como, por ejemplo, Leopold Schwarzschild con su semanario *Das neue Tagebuch*, en el que antes de la guerra se podía

leer todas las semanas que la Alemania de Hitler estaba económicamente al borde de la ruina, que los tanques y aviones alemanes no valían nada, que la guerra sería una victoria militar fácil. Los numerosos "comités nacionales" de refugiados de los países comunistas del bloque del Este se comportaron de manera bastante similar después de la Segunda Guerra Mundial. Hubo momentos en los días culminantes de la Guerra Fría en que en estos círculos se decía: se estaban asignando puestos ministeriales para Hungría, Polonia, Lituania, etc., que iban a surgir después de la Tercera Guerra Mundial. ¿Y a alguien hay que recordarle las actividades de los refugiados cubanos en Florida?

La actitud de los emigrados es comprensible. Es igualmente comprensible que, empezando por los emigrados de la Revolución Rusa y llegando hasta los refugiados cubanos, se los considere solo como peones en el juego de la política de poder. Un rasgo característico de esta tendencia es el comportamiento de los Estados Unidos con los emigrados franceses gaullistas durante la Segunda Guerra Mundial, a los que se ignoró con altivez mientras se deseaba mantener buenas relaciones con Vichy y a los que se les permitió entrar en la escena de la política mundial solo cuando, gracias a las maniobras extremadamente hábiles y a la tenacidad de De Gaulle, la resistencia interna y externa de las fuerzas gaullistas se convirtió en un poder político real.

Los emigrados políticos son belicosos mientras puedan albergar esperanzas razonables de que el régimen que les es hostil será derrocado y podrán regresar a su patria. Como juicio basado en la experiencia y, a su vez, como prejuicio, esta posición tiene consecuencias negativas para ellos solo cuando el pueblo en su conjunto tiene voz política. Los emigrados revolucionarios de 1789 podían

impulsar la guerra tanto como quisieran; el pueblo, cuyo único deber era obedecer y proporcionar soldados de todos modos, no tomó posición ni a su favor ni en contra. Por otra parte, después del colapso de Francia en junio de 1940, el gobierno de Pétain, ya dependiente de la aprobación de la población y por ello condicionado democráticamente a pesar de su carácter dictatorial, encontró fácil presentar la guerra perdida como obra de los emigrados de Hitler, quienes, en efecto, la habían deseado, pero habían contribuido extremadamente poco a su estallido. Una vez que el pueblo se convierte en un factor activo en los acontecimientos políticos, el deseo del país anfitrión de coexistir con la patria que expulsó al emigrado se vuelve crucial para él. Entre 1933 y 1939 el mundo quería coexistir con Hitler, por eso la animosidad hacia el emigrado "subversivo" y "belicista" era un sentimiento colectivo dominante en casi todos los países. En los años 50 la actitud hacia la coexistencia con el comunismo era diferente. En Occidente la gente pensaba que la Tercera Guerra Mundial ya estaba a la vista; los emigrados aparecieron como aliados potenciales y por eso su destino se hizo más llevadero. Sin embargo, hay que subrayar una vez más que incluso en esas condiciones óptimas la situación del emigrado en el país de acogida y entre la gente que lo acoge es precaria. Con el tiempo la situación se vuelve inevitablemente catastrófica. Si surge el deseo de coexistencia (como ha sucedido hoy en la mayoría de los países occidentales), el emigrado, que por razones existenciales se opone al cambio de situación y pide constantemente vigilancia y desconfianza hacia su antigua patria, generalmente pierde simpatía. Pero incluso si la idea de coexistencia se derrumba por completo y estalla la guerra y el emigrado ya no es un aliado potencial sino más bien un aliado real y armado, las reservas hacia él siguen existiendo. La suerte de los gaullistas en Londres es el ejemplo más claro: entre 1940 y 1945 fueron aliados de Inglate-

rra, pero a pesar de eso no eran muy queridos por los ingleses.

Al hablar de la animosidad hacia los emigrados, que surge de consideraciones políticas y temores muy reales, aunque no siempre justificados, ciertamente nos hemos alejado de nuestro tema. Pero solo en apariencia. Porque al final resulta que la pretendida diferenciación conceptual entre animosidad (que puede tener causas razonables) y prejuicio (que siempre es irracional) es una abstracción imposible. Es decir, existe una relación dialéctica entre juicio basado en la experiencia y prejuicio, entre "*judgement*" y "*prejugé*". Un prejuicio que no se base en al menos algún tipo de intuición genuina difícilmente puede probarse. Para que el pueblo de acogida tenga prejuicios contra los emigrados debe conocerlos, aunque sea levemente o incluso de oídas. En realidad, el juicio basado en la experiencia (una vez más, una experiencia vaga) y el prejuicio no pueden separarse tan fácilmente como en la reflexión teórica. Se originan juntos en una interacción que en ciertas circunstancias asume el carácter de un *circulus vitiosus*. El emigrante llega al país de acogida sin dinero, sin saber hablar su idioma, sin conocer las condiciones de trabajo del lugar, y aparece en la calle, en los restaurantes, en las estaciones de tren, etc., no solo como un extranjero, sino también como un elemento ocioso y abandonado. Se emite sobre él un "juicio basado en la experiencia" poco claro, que dice que los emigrantes son sucios, reacios al trabajo y no están dispuestos a asimilarse. Este juicio experiencial vago e incierto se solidifica en prejuicios, que ahora actúan retroactivamente sobre cada nuevo juicio experiencial. Al final, esta dinámica coloca a los emigrantes en situaciones en las que realmente se parecen a la caricatura prejuiciosa que ya ha penetrado en la conciencia colectiva.

Quien no consigue trabajo por ser extranjero, al final se desacostumbra a trabajar; quien no consigue un apartamento en una zona residencial decente porque “no se quiere” a los “extranjeros”. Allí, termina viviendo en la inmundicia de los barrios bajos; aquel a quien el pueblo anfitrión no quiere asimilarse, con el poco orgullo que aún le queda, finalmente no querrá oír nada de asimilación; junto con sus compatriotas y compañeros de destino, seguirá siendo un eterno elemento extraño en el país anfitrión. No importa lo que haga, está mal. Si muestra moderación para no llamar la atención, es solo un holgazán incompetente; si muestra ambición y diligencia, es un arribista insoportable. Si busca el contacto personal con el pueblo anfitrión, se está congraciando consigo mismo; si se aferra a los de su propia especie, es despreciado por inadaptado.

Al final, siempre es su *extrañeza*, que no se puede definir con precisión, lo que lo hace sospechoso. El trabajador extranjero con su traje barato en la estación de trenes puede ser objeto de hostilidad por su extrañeza y pobreza (lo que para la religión dominante del éxito es siempre una vergüenza), pero sigue siendo italiano, griego, turco. También le llega un rayo de prestigio de su propio país, por pobre y subdesarrollado que sea. Pero el *emigrado*, aunque esté naturalizado, aunque haya alcanzado una posición social bastante respetable, sigue siendo un desconocido en un cálculo que nunca sale bien.

El antisemitismo virtuoso*

Cuando derrocaron a De Gaulle, mucha gente se sintió tan triste como los dos granaderos de Heine cuando se enteraron de la detención de Napoleón¹; y yo también me sentí así. Sin embargo, en Nueva York, por desgracia, el delegado francés ante la ONU, Armand Béard, no tenía nada mejor que hacer (según el *Nouvel Observateur* del 5 de marzo) que gritar desesperado: “*C'est l'or juif!*” Y no hubo ninguna aclaración. En la derecha política, en la izquierda política, todo es al revés. El antisemitismo tiene esa capacidad y, como dijo una vez Stefan George, “se mete en el ring”².

El antisemitismo clásico está adoptando una forma contemporánea, pero su forma anterior también sigue viva: un caso raro de coexistencia genuina. El pasado sigue con nosotros y seguirá con nosotros en la forma del judío de nariz y piernas arqueadas obligado a huir por una u otra circunstancia o, mejor dicho, por todas ellas. Así es como lo verán también en los carteles de propaganda árabe y las portadas de los panfletos, que, según tengo entendido, contribuyen a producir caballeros de piel oscura cuya primera lengua es el alemán, y que ahora se esconden cuidadosamente detrás de nombres árabes. Las nuevas nociones pertinentes

* „Der ehrbare Antisemitismus”, *Die Zeit*, 1969 (N. del T.)

¹ Se trata de una referencia al poema de Heinrich Heine “Los granaderos” (1822) sobre dos soldados que regresan a Francia del cautiverio ruso después de la derrota de Napoleón (N. del T.)

² Landmann, G. (Ed.). (1973). *Stefan George in fremden Sprachen*. Helmut Kupper, p. 480 (N. del T.)

surgieron inmediatamente después de la Guerra de los Seis Días y están ganando terreno gradualmente. Se basan en el opresor israelí que pisotea la pacífica tierra palestina con la pisada de hierro de las legiones romanas. El antiisraelismo y el antisionismo de hoy y el antisemitismo de antaño coinciden absolutamente. Parece que es posible combinar sin problemas la imagen del judío como legionario opresor con la horca de hierro con la del judío como fugitivo con las piernas arqueadas. ¡Cómo se parecen finalmente las dos imágenes!

Sin embargo, lo que sí es novedoso es que esta forma de antisemitismo, ahora disfrazada de antiisraelismo, se sitúa firmemente en la izquierda. Si bien en el pasado se la consideraba el socialismo de los tontos, ahora se está convirtiendo en un componente integrante del socialismo *per se*, y los socialistas, por propia voluntad, se están convirtiendo en tontos de manera generalizada.

Para un relato instructivo de este desarrollo, se puede recurrir a *La gauche contre Israël?* de Givet, publicado por Pauvert hace más de un año³. O simplemente se puede tomar nota de ciertos acontecimientos importantes. Se puede leer, por ejemplo, el informe "El tercer frente" en la revista *konkret*⁴. En uno de los títulos de una de sus secciones se lee: "¿Es Israel un Estado policial?". La pregunta es puramente retórica. No hace falta decir que Israel es justamente eso. Por no hablar del napalm, de la voladura de casas de pacíficos campesinos árabes y de los pogromos contra los árabes en las calles de Jerusalén. Uno sabe lo que hace: la situación allí es igual a la de Vietnam o a la que se dio antes en Argelia. En su nuevo papel de Goliat que propaga el

³ Givet, J. (1968). *La gauche contre Israël? Essai sur le néo-antisémitisme*. Pauvert (N. del T.)

⁴ Schneider, D. (1969). "Die dritte Front", *konkret*, 7, pp. 28-33 y *konkret*, 8, 1969, pp. 26-33 (N. del T.)

terror, el fugitivo patizambo parece un personaje absolutamente natural.

Me refiero a la izquierda, y no solo a los partidos comunistas occidentales, más o menos ortodoxos, ni a las políticas de los Estados socialistas (realmente existentes). Para estos últimos, el antiisraelismo, injertado en el antisemitismo tradicional de los pueblos eslavos, es simplemente parte integrante de su respuesta estratégica y táctica a una constelación específica. Las estrellas no mienten y los Gomulka de este mundo saben lo que les espera⁵. *C'est de bonne guerre!* ¿Qué más hay que decir?

Mucho más desconcertante es el hecho de que la izquierda intelectual, que no pertenece a ningún partido político, se haya apropiado de esta imagen. Durante años, por ejemplo, en Alemania, se aplaudió a los israelíes armados y, no menos importante, a las elegantes muchachas uniformadas que cultivaban la tierra israelí. De este modo, se descargaron sentimientos de culpa evidentes en una moneda contaminada, que siempre iba a resultar aburrida. Afortunadamente, por una vez, el judío, en lugar de ser quemado⁶, ha emergido como el vencedor imperioso y la potencia ocupante, lo que nos lleva de nuevo al napalm y todo eso. El país respiró aliviado. Ahora todos se sentían capaces de expresarse como lo hacía el *Deutsche National-*

⁵ Como líder del Partido Comunista Polaco y jefe de Estado de facto, Władysław Gomułka (1905-1982) supervisó la ola masiva de represión contra los judíos del país tras la Guerra de los Seis Días, que provocó un éxodo masivo de judíos polacos (*N. del T.*)

⁶ Probablemente se trata de una referencia a *Natán el sabio* de Gotthold Ephraim Lessing. En esta obra, el Patriarca descarta tres veces las circunstancias atenuantes presentadas por el Templario y sentencia lo siguiente: “¡Es igual! El judío, a la hoguera” Lessing, G. E. (1985). *Natán el sabio*. Espasa-Calpe, p. 194 (*N. del T.*)

*und Soldaten-Zeitung*⁷ e incluso los de izquierda tenían la posibilidad de imponer su jerga de compromiso como si su validez fuera evidente.

Una cosa es segura: el antisemitismo reside en el antiisraelismo y el antisionismo, como la tormenta en las nubes, y ha vuelto a ser respetable. En su forma vulgar, puede hablar libremente del “Estado criminal de Israel”; en su forma más gentil, tiene la libertad de describir a Israel como la “cabeza de puente del imperialismo”, lamentando de paso el mal concebido sentido de solidaridad que vincula más o menos a todos los judíos, con algunas excepciones loables, con el pequeño Estado y expresando indignación por el hecho de que el barón parisino Rothschild piense que los judíos franceses deberían pagar un impuesto para apoyar a Israel.

El antisemitismo, invariablemente, tiene un camino fácil. La infraestructura emocional está ahí, y no solo en Polonia o Hungría. Al antisemita le gusta “desmitificar” el Estado pionero judío. Le parece que el capitalismo, en la forma de la plutocracia judía, estuvo detrás de la creación de ese Estado desde el principio. No es que mencionara explícitamente esa plutocracia, porque hacerlo equivaldría a un *lapsus linguae*. Aun así: *c'est l'or juif!* Seguramente nadie puede tener dudas sobre el carácter real de un país nacido de una mala idea y establecido en un mal lugar, que ha luchado (y ganado) más de una mala guerra.

Para evitar malentendidos innecesarios, sé tan bien como cualquiera que Israel se encuentra efectivamente en el desagradable papel de potencia ocupante. No se me ocu-

⁷ El *Deutsche National- und Soldaten-Zeitung* es un semanario alemán de extrema derecha fundado en 1951 y que tuvo su última edición en diciembre de 2019 (N. del T.)

riría apoyar todo lo que hacen los diversos gobiernos israelíes. Mis relaciones con ese país, descrito por Thomas Mann en su tetralogía de José como “una tierra mediterránea, no exactamente como mi hogar, un poco polvorienta y pedregosa”⁸, son prácticamente inexistentes. Nunca he estado allí, no hablo su idioma, lo poco que conozco de su cultura raya en lo embarazoso, y su religión no es la mía. Y, sin embargo, la existencia de ningún otro Estado significa más para mí. En este punto, termina toda objetividad descriptiva o analítica, y el compromiso deja de ser una mera obligación asumida voluntariamente y se convierte, en varios sentidos de la palabra, en un carácter existencial.

Israel, el antiisraelismo de moda, el antisemitismo anticuado que invariablemente se cuele en cada nueva moda de este tipo, son cuestiones que para cualquiera que se vea “afectado” de alguna manera por ellas (es decir, los judíos y las personas clasificadas como judíos por la Ley de Ciudadanía del Reich del 15 de septiembre de 1935) tienen una importancia subjetiva existencial, y que bien pueden, por esta misma razón, alcanzar un grado de objetividad que bordea el del derecho natural. Después de todo, incluso si, según alguna teología pseudomarxista pervertida, Israel puede estar cien veces en deuda con la pecaminosidad del desarrollo tecnológico avanzado, incluso según los estándares más sencillos, y mucho menos los más sofisticados, no puede haber duda de que este país pionero es el más amenazado de todos los Estados de su región geopolítica. Gana victoria tras victoria y, sin embargo, la catástrofe sigue acechando, y esa catástrofe ciertamente no se puede evitar caminando directamente hacia ella (es decir, viendo a Israel incorporado a alguna Federación Palestina).

⁸ Mann, T. (2021). *José y sus hermanos*. De Bolsillo (N. del T.)

Llegará el día en que los Estados árabes, a quienes deseo paz y buena suerte, alcancen la ventaja de desarrollo de Israel, y las presiones demográficas harán el resto. Hasta entonces, hasta que la paz y el progreso en las esferas económica y tecnológica hayan cambiado la mentalidad de los árabes y les hayan permitido reconocer a Israel dentro de fronteras seguras, Israel debe ser preservado bajo todas las circunstancias.

Esta es la cuestión de fondo: ¿para quién? Aquí cobra sentido el estado subjetivo de ánimo que tiende a la objetividad histórica. Para los judíos (judíos y personas clasificadas como... y así sucesivamente), para cada uno de ellos, dondequiera que vivan, la existencia continua de Israel es indispensable. “¿Me veré obligado a gritar ‘¡Viva Johnson!’ si Estados Unidos es el único país que se opone a la aniquilación de Israel? Estoy dispuesto a hacerlo”, exclamó Claude Lanzmann, radical de izquierda, escritor y alumno de Sartre, en vísperas de la Guerra de los Seis Días. Ahí tienen a alguien que sabía lo que estaba en juego y lo que se requería. Porque todos y cada uno de los judíos, lo comprendan o no, están abandonados a un destino catastrófico, son “judíos de la catástrofe”. Los Panteras Negras pintan “Corre, judío pálido” en las tiendas y residencias de los comerciantes judíos de Harlem, ignorando con ligereza el vínculo de larga data que encadena al judío respecto del negro en Estados Unidos, un vínculo que ningún comerciante judío burgués, por sórdido que fuera, habría traicionado jamás.

¿Quién puede garantizar que un futuro gobierno norteamericano no dará un día a los negros el judío como alimento para celebrar un gran día de expiación? ¿Quién puede asegurar a los influyentes y en algunos casos ricos judíos de Francia que los herederos de los Drumont, los Maurras y los Xavier Vallat no volverán a convertirse un

día en una fuerza virulenta? ¿Quién puede garantizar que Franz-Josef Strauß, una vez en el poder, no soñaría con algo capaz de hacer que incluso cierto magnate de la prensa lo pensara dos veces antes de hacer más donaciones sórdidas a un gobierno israelí sórdidamente dispuesto a aceptarlas? Nadie garantiza nada. No se trata de una fantasía paranoica ni de una mera cuestión de los peligros invariablemente inherentes a la condición humana. El pasado, el pasado más reciente, sigue ardiendo.

Ahora todos mis amigos izquierdistas me dirán que me estoy uniendo a los batallones que explotan a los seis (o mejor dicho, cinco o cuatro) millones de judíos asesinados para chantajear a la opinión pública. Es un riesgo que vale la pena correr. Es un riesgo menor que el que mis amigos quieren que corramos cuando abogan por la autodesmantelación del Estado “sionista” de Israel.

La razón política práctica dicta que Israel, en realidad, Israel en particular, merece la solidaridad de toda izquierda que no tenga la intención de abrogarse (y no hay razón para que tenga que ignorar el insoportable destino de los refugiados árabes para cumplir con este compromiso). Sin duda, es un compromiso menos vinculante para el izquierdista no judío que para los judíos de cualquier color político o de ninguno, porque se puede renunciar a la izquierda, mientras que, como ya sabía un antisemita pionero como Lanz-Liebenfels, nadie puede abandonar su judaísmo. Aun así, la izquierda se basa en un código moral no escrito, con el que no puede transigir. “Donde hay un partido más fuerte, siempre hay que ponerse del lado del más débil”: ¿qué inviolable es la verdad de este lugar común! Y el partido más fuerte —¿quién podría afirmar lo contrario?— son los árabes. Son más numerosos, más fuer-

tes en petróleo, más fuertes en dólares (basta con preguntarle a Aramco o a Kuwait), y definitivamente tienen mejores perspectivas.

Sin embargo, es evidente que la izquierda está fascinada por los valientes partisanos palestinos que son, de hecho, más pobres que los hombres de Moshe Dayan. No reconoce que, a pesar de los Rothschild y de una próspera clase media judía norteamericana, el judío sigue estando en peor situación que el individuo colonizado de Frantz Fanon. Es tan inconsciente de este hecho como de la lucha de liberación antiimperialista librada por los judíos contra los británicos en el Mandato británico de Palestina. Tampoco son los israelíes responsables de que la Unión Soviética olvidara pronto lo que Gromiko había recitado con hermoso vibrato ante la ONU en 1948:

En cuanto al Estado judío, su existencia es ya un hecho; le guste o no a alguien ese Estado, en realidad está ahí... La delegación de la URSS no puede dejar de expresar su sorpresa por la posición adoptada por los Estados árabes en la cuestión de Palestina, y en particular por el hecho de que esos Estados —o algunos de ellos, al menos— hayan recurrido a acciones tales como enviar sus tropas a Palestina y llevar a cabo operaciones militares encaminadas a la supresión del movimiento de liberación nacional en Palestina... No podemos identificar los intereses vitales de los pueblos del Oriente árabe con las declaraciones de ciertos dirigentes árabes o con las acciones de los gobiernos de ciertos Estados árabes que estamos presenciando en la actualidad⁹.

Como digo, esta era la posición de la Unión Soviética, una superpotencia involucrada en una política de superpotencia. A largo plazo, los soviéticos presumiblemente no

⁹ Consejo de Seguridad de la ONU, sesión 299, 21 de mayo de 1948 (*N. del T.*)

podieron ignorar el hecho de que hay más árabes que judíos, que hay más petróleo árabe que israelí, que las bases militares en los Estados árabes tienen mayor valor estratégico que una base en Israel. Sin embargo, la izquierda en el sentido más amplio y profundo, y especialmente la izquierda radical que protesta con la que, en muchos aspectos, me siento conectado, no pueden recurrir a esta excusa de la superpotencia.

Si hace caso a la ley que preside su nacimiento, la izquierda está obligada a comprender: a captar la trágica debilidad del Estado judío y de cada judío individual en la diáspora, a entender lo que hay detrás de la fachada de la clase media judía burguesa, detrás del mito del judío prestamista y fabulosamente rico (desde Jud Süß hasta los actuales Rothschild y un puñado de magnates judíos de Hollywood). Los judíos manejan capital con cierta regularidad, pero nunca lo han controlado. Hasta el día de hoy, no tienen la última palabra en Wall Street, como tampoco tenían la última palabra en la industria pesada en la Alemania imperial.

Israel ya no es un baluarte del capitalismo, como tampoco lo era cuando los primeros pioneros empezaron a cavar la tierra allí. Tampoco se puede considerar razonablemente que los Estados árabes sean progresistas. La izquierda, por desgracia, cierra los ojos. Por pura casualidad, hace poco me topé con un texto de Hans Blüher en el que escribe: "Una auténtica historia de Europa no debería escribirse como se ha hecho en el pasado, con los judíos apareciendo aquí y allá de forma anecdótica... Más bien, el relato debería hacer visible el poder constante del judaísmo como un poder imperial clandestino y constantemente activo". Este pasaje podría encontrarse textualmente en alguna de las numerosas publicaciones pseudointelectuales árabes que inundan actualmente la prensa. Del mismo

modo, Blüher —o, puesto que el antisemitismo invariablemente establece distinciones intelectuales, Streicher, en este caso— podría ser el autor de las declaraciones que el ministro de Educación del Estado progresista de Siria dirigió recientemente al director general de la UNESCO: “El odio que adoctrinamos en las mentes de nuestros niños desde que nacen es sagrado”¹⁰. Todo esto apenas merecería atención, y Blüher, con toda su locura, podría disfrutar de la tranquila paz del olvido, si la izquierda intelectual de Europa occidental no se hubiera apropiado de este léxico y aceptado las normas que transmite.

Parecería que se está construyendo una nueva noción de culpa judía a partir de la calamidad histórica de la “cuestión judía” (en realidad, la cuestión de los antisemitas), calamidad de la que bien podría ser parte la creación del actual Estado de Israel. La responsabilidad de esta evolución recae directamente sobre una izquierda que ha perdido su sentido de sí misma. Como afirmó recientemente Robert Misrahi, un filósofo francés que, como el mencionado Claude Lanzmann, pertenece a la familia extensa de Sartre, “el antisionismo es un fenómeno fundamentalmente reaccionario camuflado por su retórica revolucionaria y anticolonial sobre Israel”.

Ha llegado el momento de una revisión y una renovada abnegación intelectual por parte de la izquierda, pues es ella la que está dando al antisemitismo un nefasto barniz dialéctico de virtud. La alianza entre el aquelarre de filisteos antisemitas¹¹ y los izquierdistas en las barricadas es,

¹⁰ La carta de Suleiman al-Khash a René Maheu fue publicada en el periódico baazista *Al Thawra* el 3 de mayo de 1968 (*N. del T.*)

¹¹ La expresión “aquelarre de filisteos” se utiliza para referirse a “*Spiefler-Stammtisch*”. Una *Stammtisch* es una mesa de un bar reservada para una ronda específica de clientes habituales. El término puede utilizarse de forma peyorativa, pues también se puede entender en el sentido de

para utilizar el lenguaje que impone esta cuestión, contraria a la naturaleza; es un pecado contra el espíritu. Es posible que personajes como el general polaco Moczar puedan salir airosos de la transmutación del antisemitismo crudo en antiisraelismo contemporáneo. La izquierda tiene que ser más sincera. No existe el antisemitismo virtuoso. Como lo expresó Sartre hace muchos años en *Reflexiones sobre la cuestión judía*, lo que el antisemita “anhela, lo que prepara, es la muerte del judío”¹².

Stammtischpolitik: una discusión política ingenua con individuos carente de formación y competencia para hablar del tema (N. del T.)

¹² Sartre, J-P. (2005). *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Seix Barral, pp. 54 (N. del T.)

La izquierda y el “sionismo”*

En este contexto, por desagradable que parezca, la palabra sionismo no puede prescindir de las comillas, ni siquiera en el título, porque la izquierda (me refiero a la Nueva Izquierda, pues la Vieja Izquierda parece no saber cómo abordar toda esta cuestión) ha conseguido desdefinir, si se me permite la expresión, el concepto mismo de sionismo. ¿A quién considera esta Nueva Izquierda un “sionista”? En primer lugar, están, evidentemente, más o menos todos los habitantes del Estado de Israel, con excepción de un puñado de pequeñas sectas que, aunque viven en y debido a la entidad política que es Israel, luchan contra ella, ya sea, como Uri Avnery, en nombre de una “región semita” o en nombre de algún sueño revolucionario global. Sin embargo, para la Nueva Izquierda, todos esos judíos de la diáspora que se preocupan por la existencia continuada del Estado de Israel (y personalmente no conozco a ninguno que no simpatice con este país), también son sionistas, ya sean el barón Guy de Rothschild, un oscuro funcionario de la comunidad judía, un sobreviviente de un campo de concentración o un judío soviético que emigraría a Israel si alguien se lo permitiera. En resumen: para la Nueva Izquierda, el sionismo es, en líneas generales, lo que hace treinta años se llamaba en Alemania “judaísmo mundial”. El purismo, el celo y el virtuosismo izquierdistas (en el sentido de Robespierre) protestan contra este sionismo, al que

* „Die Linke und der ‘Zionismus‘“, *Tribüne* 8(32), 1969, pp. 3419-3422 (N. del T.)

a los izquierdistas también les gusta llamar "nacional sionismo" para alinearlos fonéticamente con el nacionalsocialismo. En Israel, la izquierda ve al agresor y opresor, al escudero de la opresión imperialista occidental y estadounidense. En el ejército israelí ve un "ejército con un Estado", una formulación que se utilizó en su día para describir al ejército prusiano. Cuando observa a Israel, ve los horribles rasgos del militarismo, si no de la violencia fascista. Por supuesto, sus simpatías se dirigen a los *Freikorps* árabes, especialmente a El Fatah. Para la izquierda, tiene el rostro acerado y transfigurado del combatiente de la Resistencia.

¿Cómo se llegó a esta situación? ¿Qué hizo falta para que la izquierda global (repito: a los efectos de este debate, por izquierda me refiero a la Nueva Izquierda) abrazara un odio a Israel que, si se deja que siga su curso, estoy seguro de ello, solo puede servir al malvado e injusto azote del antisemitismo? ¿Cómo llegó el pensamiento dialéctico marxista a prestarse a la preparación del genocidio que se avecinaba?

Todo esto plantea más preguntas de las que puedo tratar aquí, y las respuestas que ofrezco solo pueden ser toscas y aproximadas. En primer lugar, es necesario abordar una cuestión que hasta ahora no ha recibido suficiente atención porque, para nuestros interlocutores de izquierda, es un tabú conceptual: el problema generacional. Quienes pertenecemos a la Vieja Izquierda no debemos olvidar que la Nueva Izquierda no solo es nueva en términos teóricos; también es *joven*. Los militantes de la Nueva Izquierda suelen tener entre dieciocho y veintiocho años. Para ellos, la catástrofe nazi es realmente historia, un acontecimiento que se está diluyendo en una zona de penumbra histórica y que está tan distante como, por ejemplo, la Revolución Francesa. No es que los jóvenes izquierdistas

no sepan nada sobre el nazismo. Después de todo, en términos históricos también saben sobre la Revolución Francesa. En su lucha contra el NPD¹, han demostrado claramente y de la manera más gratificante que están dispuestos a defender sus convicciones cuando el peligro del fascismo asoma su cabeza. Sin embargo, ignoran una serie de fenómenos específicos del nacionalsocialismo alemán que el concepto de fascismo no logra encapsular. En particular, conocen de oídas la tormenta de fuego que se desató contra los judíos entre 1939 y 1945. No estuvieron allí cuando sacaron de su apartamento a su vecino, el señor Schlesinger, junto con su familia, y lo llevaron a un lugar desagradable. No asistieron a las proyecciones que hicieron las fuerzas de ocupación aliadas, en 1945, de películas que mostraban "atrocidades alemanas". Entraron en un mundo que, tal como lo vieron, les ofreció una pizarra limpia, y su conciencia está tranquila. Esto les permite comprender el "fascismo nazi" *malentendiéndolo*. Están separados de él por un espacio histórico que absorbe los golpes, lleno de periódicos ilustrados en los que el general Dayan puede parecerse al mariscal de campo Kesselring.

Sin embargo, no se puede entender el fenómeno de Israel sin ser plenamente consciente de la catástrofe judía. Metafóricamente hablando, todos en Israel son hijos o nietos de alguien que fue gaseado. En cambio, en Alemania y en el resto de Europa, uno puede tomarse la libertad de no ser ni "hijo" ni "nieto". Para la Nueva Izquierda, cada hora es la hora cero, cada día un nuevo comienzo. Sin embargo, los judíos, para usar las palabras de Hofmannsthal, nunca pueden "apartar de [sus] párpados el cansancio de los pueblos olvidados"², ni en Israel ni en ninguna otra parte.

¹ NPD es el acrónimo del Partido Nacional Democrático de extrema derecha de Alemania, fundado en 1964 (*N. del T.*)

² von Hofmannsthal, H. (1957). *Manche freilich. Ausgewählte Werke in zwei Bänden*, 1. Fischer Verlag, p. 22 (*N. del T.*)

Todo judío está, y seguirá estando, durante mucho tiempo en una de esas marchas de la muerte que los prisioneros judíos evacuados de los campos de concentración fueron obligados a emprender en la primavera de 1945. La Nueva Izquierda no entiende que Israel solo puede entenderse en este contexto sombrío y que seguirá siendo así durante algunas décadas. ¿Cómo se puede convencer a los jóvenes de que Israel no es un país como cualquier otro? Es un santuario para sobrevivientes y víctimas de persecución profundamente exhaustos.

Es justo, oigo a gente objetar, pero ¿qué importancia tiene esto para los árabes palestinos que han sido expulsados de sus casas y hogares a pesar de que no fueron ellos los que mataron a millones de judíos? Esta pregunta, como punto de discusión, es ciertamente difícil de responder. ¿Se debe señalar que los refugiados árabes, con un mínimo de buena voluntad por parte de los Estados árabes, podrían haber encontrado refugio allí, mientras que todas las puertas estaban cerradas para los judíos a quienes Hitler perseguía y amenazaba con matar? Sé que no es una respuesta particularmente fuerte ni convincente. Sin embargo, incluso si se tiene en cuenta que Palestina puede no haber sido el lugar adecuado para el establecimiento de un Estado judío, el hecho es que el Estado de Israel existe ahora. Fue creado con tanta legitimidad bajo el derecho internacional como cualquier otro. No se puede entregar a los seres humanos que ahora viven en este Estado a oponentes que claramente no harían prisioneros, sin importar lo que pueda afirmar la propaganda árabe en el extranjero.

Lo que nos lleva a la tragedia de la agresión israelí. Negarla sería sencillamente absurdo. Sí: Israel atacó primero, tanto en la campaña de Suez como en la Guerra de los Seis Días. En la Franja de Gaza, en Cisjordania y en la península del Sinaí, Israel es la potencia ocupante, con todo lo que

ello implica. No hace falta decir que un ocupante, *cualquier* ocupante, es invariablemente también un opresor. Es cierto que, según el testimonio unánime de casi toda la prensa mundial, Israel actúa de manera relativamente humana en los territorios que ha ocupado, pero no puede escapar al mecanismo fundamental de la violencia y la contraviolencia. Las guerrillas árabes lanzan bombas, los soldados y policías israelíes arrestan, destruyen estructuras con explosivos y expulsan. Aun así, sin duda hay que plantearse la cuestión de si Israel, en la situación en que se encontraba, podría haber hecho algo más que atacar y ocupar territorio. Sin embargo, esto no preocupa a la Nueva Izquierda. En un aterrador acto de simplificación excesiva, las líneas quedan trazadas de manera clara e irreversible en sus mentes: el luchador por la libertad árabe, por un lado, se enfrenta claramente al opresor israelí, por el otro.

La taxonomía simplificadora que impulsa sus ideas y actividades tiene sus raíces en el *mito de la lucha de liberación, que es a la vez social-revolucionaria y nacional en su carácter*. Para que no se me malinterprete, me apresuro a añadir: no se me ocurriría descartar la lucha de liberación nacional social-revolucionaria en sí misma como un mito. En muchos lugares del mundo, es una realidad igualmente amarga y justificada. Cuando Ben Bella se preparó en 1954 para atacar el colonialismo francés, no estaba en absoluto comprometido con ninguna idea mítica. (¿Qué fue de Ben Bella, me pregunto, y por qué ya no vemos a ninguno de los *chefs historiques* de la Revolución argelina?) Ni Frantz Fanon, el teórico de la fuerza nacional-revolucionaria, ni Régis Debray, que sacrificó su libertad por la revolución, ni, sobra decirlo, el Che Guevara o Ho Chi Minh son, o fueron, defensores de un mito. La revolución violenta se convierte en mito solo allí donde, por buenas razones, no puede y no quiere tener lugar: en Berlín Occidental, Frankfurt, Colonia, París, Grenoble, etc. Allí, la rebelión armada

en nombre de la emancipación humana se ha convertido en un mito petrificado y un eslogan estetizado. Dado el papel integral de la insurrección nacional-revolucionaria en el pensamiento de la Joven Izquierda (o su falta de él), el entusiasmo de la Nueva Izquierda tuvo que unirse inevitablemente en torno a la resistencia de los árabes palestinos, encendiendo así su animosidad hacia el "opresor" israelí. Vietnam, la lucha de las guerrillas bolivianas, el movimiento de resistencia en Grecia, el movimiento de las Panteras Negras, El Fatah, todos ellos de repente se volvieron indistinguibles.

¿Estoy sugiriendo que la resistencia de los fedayines³ carece de toda legitimidad? Por supuesto que no. No todos los que se cuelan entre las líneas israelíes y, aprovechando las reglas del *maquis*⁴, desafían a una potencia ocupante relativamente poderosa son fanáticos adoctrinados ciegamente; algunos de ellos son hombres valientes. Pero solo quienes ignoran la historia pueden negarse a reconocer que los israelíes también están empeñados en una lucha por la liberación nacional y que esta lucha es extraordinariamente más peligrosa y extraordinariamente más trágica que la de los árabes palestinos. Porque aquí está en juego la mera supervivencia y la preservación de un refugio para los judíos de la diáspora que todavía son tolerados en los

³ La expresión se deriva del verbo árabe *fadà*) que significa "sacrificarse (por un ideal, por la patria)". En su uso habitual designa al que combate por razones políticas y se suele traducir por miliciano, combatiente, comando y otros conceptos afines, según el contexto. Es la versión no religiosa de mujahidín: este tiene unas connotaciones religiosas que no tiene el primero (*N. del T.*)

⁴ El *maquis*, vocablo que devino sinónimo de "resistente", designa a grupos de guerrilleros que formaban parte de la denominada Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial, siendo su presencia particularmente activa en las zonas montañosas de Bretaña y del sur de Francia donde hostigaron a las fuerzas del Régimen de Vichy y a la *Wehrmacht* del Tercer Reich (*N. del T.*)

países desarrollados y que hace mucho tiempo habrían perecido en circunstancias dramáticas en los Estados árabes si no hubieran podido buscar refugio en Israel. Israel está luchando por la vida de cada uno de sus habitantes. Los árabes, en cambio, están luchando por sus derechos territoriales. Seguramente no puede haber duda de que una izquierda que no haya sucumbido al mito debería al menos tratar de no echar leña al fuego en forma de su antiisraelismo mal pensado.

Los jóvenes izquierdistas seguramente rechazarán con desdén la sugerencia de que su antisionismo incorpora elementos de antisemitismo crudo, y con toda la razón: no acusaría a ninguno de esos jóvenes que se limitan a abuchear o gritarle a un embajador israelí de alimentar personalmente intenciones antisemitas. Sin embargo, como seguramente deberían saber nuestros jóvenes aspirantes a expertos en Marx, dada la situación histórica objetiva, las intenciones y objetivos individuales como tales cuentan poco. El semillero en el que opera la Joven Izquierda con su furor antisionista nutre los brotes de un antisemitismo de siglos de antigüedad, que ha sido todo menos “dominado”. En algún lugar, cada “Abajo la opresión sionista” encuentra un eco que suena notablemente parecido a “¡Muerte al pueblo judío!”. El antisemitismo despertado hace mucho tiempo, presumiblemente por la noción falaz del deicidio, es tan virulento como siempre en el subconsciente colectivo de los pueblos europeos. En el antisionismo de la joven izquierda encuentra no solo una salida que funciona bien sino (supuestamente) también una coartada. Después de todo, los judíos siempre han tenido que jugar el papel del coco, el enemigo global. No es de extrañar, entonces, que una vez más se los esté estigmatizando como opresores. De ahí mi afirmación de que el antisionismo de izquierda debe y se fundirá con el antisemitismo

generalizado que está en el aire, y que en todo caso no carece de precedentes en la izquierda, a menos que la Nueva Izquierda se arrepienta en el último momento, se deshaga de su metafísica guerrillera y finalmente, solo por una vez, haga lo que constantemente afirma, en cada ocasión adecuada e inadecuada, que está haciendo, es decir, "reflexionar" intelectualmente sobre una situación dada.

No quisiera terminar mi exposición de forma inevitablemente prematura sin señalar un hecho final y decisivo: el antisionismo de la izquierda está empujando a la abrumadora mayoría de los judíos de Europa y Estados Unidos, que, con bastante razón, se sienten constantemente en peligro, a los brazos de los reaccionarios. Así como los judíos que sufren el antisemitismo oficial de los Estados del Pacto de Varsovia (no tengo información fiable a mi disposición sobre este tema y solo puedo especular e inferir) probablemente vean a Estados Unidos como una especie de Tierra Prometida, así también, si la Joven Izquierda sigue insistiendo en su maniqueísmo proárabe, los judíos genuinamente progresistas y de mentalidad liberal de Europa occidental y Estados Unidos mostrarán, a largo plazo, una tendencia a afiliarse a movimientos conservadores que no se oponen a Israel. Simplificaré un poco para dejar en claro el punto: si un día Georges Bidault realmente emergiese como el último amigo de Israel, todos esos judíos franceses de izquierda radical que apoyan al FLN⁵ se aferrarían, *la mort dans l'âme*, de un día para otro, a Bidault. Podría agregar algunos ejemplos alemanes, pero no puedo superar mi renuencia a mencionar nombres específicos en este contexto.

Nadie espera que la Joven Izquierda se defina en relación con el "judaísmo mundial". Nadie, y menos yo, que

⁵ El Front de Libération Nationale (Frente de Liberación Nacional) lideró la independencia de Argelia, colonia francesa, hasta 1962 (*N. del T.*)

siempre creí que estaba estrechamente alineado con ella, exige que adopte una posición projudía o proisraelí en el conflicto palestino-israelí, esta tragedia histórica sin precedentes. Todo lo que pido es un mínimo de buena voluntad y un sentido básico de justicia en sus juicios políticos. ¿Es realmente tan difícil reconocer que los generales del ejército israelí no son Westmoreland? ¿Se puede comparar seriamente a los soldados israelíes con los héroes de Lidice y Oradour? Por último, ¿es realmente una exageración intelectual darse cuenta de que se está jugando un juego entre las dos superpotencias de Oriente Medio en el que tanto israelíes como árabes son meros peones? ¿Es necesario ser un genio en sociología o estudios políticos para entender que el antisionismo da al antisemitismo la pulgada que invariablemente tendrá que seguir toda la milla? Una pizca de sentido común debería bastar. No hay que resignarse a la idea de que la Joven Izquierda ha cambiado esa pizca por una fraseología dialéctica irreflexiva y un romanticismo simplificado de hombres lobo.

En la sala de espera de la muerte

Reflexiones sobre el gueto de Varsovia*

Para empezar, la cuestión de la calificación: ¿quién tiene derecho a hablar de la gente del gueto? Todo el mundo, siempre que se trate de una descripción objetiva de lo que *realmente* pasó. Pero si se abandona el terreno historiográfico y se aspira a algo que se puede llamar, de manera poco clara y tal vez un poco ostentosa, la fenomenología de la existencia de las víctimas en el gueto, si se aspira a una reflexión que debe basarse en la experiencia directa pero que debe extraerse de su inmediatez y filtrarse a través del medio del pensamiento, entonces se califica sobre todo a quienes vivieron los acontecimientos en persona.

El autor de esta introducción ya se siente inseguro, pues no estuvo en el gueto. Pero tal vez pueda recurrir a una metáfora admisible y decir: desde la promulgación de las Leyes de Núremberg, el gueto atrapó a todos los judíos ("judíos: personas consideradas como judíos según la Ley de ciudadanía del Reich del 15 de septiembre de 1935"), incluso si antes habían compartido el sueño de la asimilación y habían dejado de lado con indiferencia su identidad judía. Pero, como es un triste privilegio, no necesito decir nada más. Mi intento de justificación se basa únicamente en una experiencia metafóricamente ampliada en el gueto: dos años en los campos de concentración,

* „Im Warteraum des Todes“, Deschner, G. (Hrsg.). (1969). *Menschen im Ghetto*. Bertelsmann Sachbuchverlag, pp. 11-31 (N. del T.)

uno de ellos en Auschwitz, pueden, de hecho, ser suficientes. Detrás de los alambres de púas cargados eléctricamente, yo y otros como yo tuvimos experiencias que probablemente no eran básicamente diferentes de las de los internos del gueto. Tal vez solo nuestro miedo no era tan grande porque, después de todo, ya habíamos salido de la sala de espera de la muerte, y los habitantes del gueto todavía estaban acurrucados en ella. Nuestro tren ya había llegado. Lo que habían temido los que estaban detrás de los muros del gueto ya era una realidad para nosotros.

¿Otro intento más de revivir los horrores? Ya estamos hartos de todo eso, ¿no? Todo esto nos resulta muy familiar. El gueto... ¿y después qué? Se habla de Dresde, de Hiroshima, de Vietnam y, quién sabe, quizá incluso de las casas de los palestinos que volaron los comandos judíos. El hombre no es bueno, así era, así es y así será, y la historia no es maestra, sino torturadora de la humanidad. ¿Cómo era el gueto? De una manera o de otra, malo, por supuesto. Pero ¿para qué remover el pasado, etc.? Quizá por eso sea bueno contar lo que era: para que el cómo adquiriera su dimensión específica y el desapego histórico se avergüence de su bella objetividad.

Permítanme repetir la frase “sala de espera de la muerte”, aunque se pueda objetar que esta metáfora roza lo periodístico. Pero, un momento, el gueto, el gueto nazi-alemán del que estamos hablando aquí, *era* la antesala de la muerte; y, sea o no periodística la metáfora, es totalmente congruente con la realidad vivida en una época maldita. No todos los guetos eran comparables al inventado y estructurado por los nazis. Los guetos que separaron a los judíos de los cristianos desde finales de la Edad Media hasta el siglo XVIII eran cárceles, sin duda; y en este sentido no se diferenciaban en nada del gueto de

Varsovia. Pero nunca hay que olvidar que eran al mismo tiempo una especie de hogar para los sintecho.

Para el judío, el gueto histórico no solo era una separación espacial, que consideraba una deshonra, sino también una separación consciente *de* los cristianos, que comían alimentos impuros y adoraban a un dios que no era Dios. Era la contrapartida topográfica de una actitud mental y religiosa. Además, los judíos del gueto histórico estaban más o menos seguros, en la medida en que los judíos podían estar seguros. ¿Qué escribió Klabund?

El domingo se dice una palabra en la iglesia
El lunes cae una bola de nieve por las calles
El martes hablan de odio racial
El miércoles se oye el rugido: ¡pogromo!¹

Bastante cerca. El asesinato, el incendio de casas, la tortura y la violación eran un peligro, pero el asesinato no era una certeza absoluta e ineludible. Se podía escapar de él mediante la huida, mediante el servilismo, mediante el bautismo, incluso con la ayuda del dinero. La esperanza no estaba prohibida. “El año que viene en Jerusalén”, esa era la ilusión ritualizada. Pero no era una locura. La muerte se cernía como una sombra sobre el gueto histórico; todavía no se había decretado como ineludible. En el gueto nazi era diferente, completamente diferente, incluso si al final uno u otro lograba sobrevivir e incluso si había algunos a quienes el viento arrastraba hacia Jerusalén como arena a la deriva. No podía haber esperanza. Dicho de otra manera y con mayor exactitud, ya que el concepto teológico de esperanza en su ambigüedad inmanente-trascendental oscurece el estado real de las cosas: ya no podía haber ninguna confianza en el mundo

¹ Klabund era el seudónimo del escritor, dramaturgo y poeta alemán Alfred Henschke (*N. del T.*)

cuando todos se veían obligados a ver diariamente que no solo estaba sucediendo lo improbable, sino también lo que hasta entonces se había considerado completamente imposible. El muro del gueto era también la línea de demarcación que separaba al judío del *ser humano*. A este último, incluso en su forma lisiada de polaco oprimido, se le permitía en principio vivir —como esclavo, por supuesto, sin escuelas, sin derechos civiles, sin dignidad, si se quiere—; pero no se le impedía respirar. El no judío oprimido podía ser expulsado, deportado, arrojado a la cárcel, en determinadas circunstancias —y ocurrían con demasiada frecuencia!— asesinado. Pero sabía exactamente y no lo ocultaba cuando se relacionaba con judíos, que un mundo lo separaba de ellos: el mundo insano de la teoría racial nazi. De ahí la soledad total del judío del gueto.

Esta soledad no es la del colonizado, de la que nos habla un hombre como Frantz Fanon al describir la condición de los argelinos bajo el dominio francés. Sin duda, lo que Fanon decía del esclavo colonial es válido también para el judío: que el amo “hace” al sirviente y, por lo tanto, lo determina en todo su ser. Sin embargo, el amo colonial “hace” a su deshumanizado caballo de batalla humano con el fin de explotarlo, y la ley clara e inmanente de la explotación exige a su vez que se le quite todo al explotado, pero que se le perdone la vida. Para el nazismo, en cambio, la muerte del judío, la Solución Final, por su parte, tenía una prioridad indiscutible sobre la explotación. Los judíos del gueto eran obligados a trabajar hasta morir como perros. Pero lo decisivo no era su trabajo, sino su muerte. Por eso, la respuesta que daba el judío del gueto —dada a sí mismo, a su existencia, a su amo y al mundo— era necesariamente otra. “La mirada que el colonizado lanza sobre la ciudad del colono —dice Fanon— es una mirada de lujuria, una mirada de deseo. Sueños de posesión. Todos los modos de posesión: sentarse a la me-

sa del colono, acostarse en la cama del colono, si es posible con su mujer”². El sueño del judío del gueto no llegaba tan lejos. No quería llevar el elegante uniforme de los SS. Como despreciaba al Sacerdote de la Calavera, se puede objetar, y en parte tendría razón en hacerlo. ¡Pero solo en parte! Si el judío del gueto nazi-alemán llegaba tan pocas veces al odio cargado de envidia, al sueño de posesión, era porque no era capaz de reunir la fuerza necesaria. Había interiorizado la imagen de sí mismo creada por los nazis, se había convertido en el piojo de *La metamorfosis* de Kafka. Por lo que le quedaba de la presunción religiosa de la elección y de su conocimiento defectuoso de la sabiduría talmúdica, despreciaba a la rubia “alemana”, pero también la veneraba y ni siquiera soñaba con acercarse a su cuerpo sonrosado. Su reacción era el miedo y la huida. Su historia —de la que no hablaremos aquí, pues sus elementos básicos son de conocimiento público— lo había preparado para el papel que los nazis le obligaron a desempeñar hasta sus últimas consecuencias. Su indecible soledad estaba determinada también por la huida y el miedo. El fugitivo no tiene un buen camarada, ni siquiera un mal camarada; el único camarada de la persona impulsada por el miedo es su miedo. Para introducir un concepto desarrollado por Sartre en la *Crítica de la razón dialéctica*, él y sus compañeros de destino pertenecían a la “serie” y no a un “grupo”³. De ahí la peculiar dialéctica de la solidaridad judía, que se realizaba en el *sufrimiento* —no importa lo que Hannah Arendt nos haya dicho en su notablemente incomprensible libro sobre Eichmann, que ni siquiera contiene conocimiento factual

² Fanon, F. (1983). *Los condenados de la Tierra*. Fondo de Cultura Económica, pp. 33-34 (N. del T.)

³ Sartre, J-P. (2004). *Crítica de la razón dialéctica I*. Editorial Losada (N. del T.)

relevante⁴— y solo en casos raros en una lucha aparentemente imposible, que estaba condenada al fracaso desde el principio. Los *kapos*⁵ judíos y los ancianos del barrio, la policía judía del gueto y los notables de la base del gueto sufrieron junto con sus víctimas, a pesar de todo. Golpearon a su compañero judío y al hacerlo se golpeaban a sí mismos. Lo llevaron a las cámaras de gas y nunca creyeron que podrían salvarse con tal traición. La solidaridad que se extiende solo al sufrimiento y no se extiende a la sociedad judía, no se limita a la sociedad judía. Incluir la lucha en su horizonte es tan miserable como los nazis querían que fuera el judío.

Si el gueto histórico —en el que el judío se separó conscientemente del cristiano, que para él era un pagano— puede verse como la forma distorsionada de la soberanía nacional judía, como una caricatura de la Tierra Prometida, si se quiere, entonces el gueto nazi-alemán fue la realización del loco sueño nazi del infrahumano judío, sobre el que el superhombre nazi gobernaba con el único propósito de matarlo finalmente. El nazi realmente logró crear “su” judío según su propio patrón distorsionado. ¿Podía el judío del gueto hacer otra cosa que adaptarse a la imagen que deseaba el superhombre? ¡Conviértete y muere!, ordenó el amo. El judío, acostumbrado solo al odio del mundo, obedeció. Lloró y luchó con su compañero de muerte por una cucharada de sopa. Era hábil en el mercado negro. Siempre había manejado solo dinero —y, oh, qué poco—, y por eso, también en el gueto, creía en la endeble ilusión de la posesión poco fiable de dinero

⁴ Arendt, H. (2001). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Editorial Lumen (N. del T.)

⁵ *Kapo* era un término usado para ciertos presos, también llamados *funktionshäftlinge* que trabajaron dentro de los campos de concentración nazis durante la Segunda Guerra Mundial en varias posiciones administrativas de bajo rango (N. del T.)

en efectivo. Se daba aires cuando era necesario y hacía que la banda tocara un tango, que él sabía que era la danza de la muerte. A veces parecía que quería engañar y burlarse del nazi: ¡Querías tenerme tan avergonzado! Mira: estoy aún más avergonzado, avergonzado hasta el punto de la absurdidad total, de modo que su plan se convierte en una parodia y ustedes mismos se convierten en tontos y son engañados. Armas de huida y de miedo. ¡Así que apenas se puede hablar de “colaboración” judía! Frente al gueto, todas las categorías políticas y morales se desmoronan, se vuelven simplemente inutilizables. Lo que los nazis perpetraron contra los concentrados en los guetos del Este estaba mucho más allá de todo juicio. Pues, ¿qué se puede hacer con un concepto como el de “crueldad”, que, al fin y al cabo, puede utilizarse para describir el comportamiento de un sargento rencoroso? ¿Qué se puede hacer, digo, con las palabras cotidianas cuando no solo se ha superado la realidad cotidiana habitual, sino que se han cometido hechos cotidianos que permanecerán para siempre indescriptibles? Las armas de la huida y del miedo, incluso ellas se ennoblecen frente al enemigo. ¿Quién, de todos los que no estaban allí, se atreve a intervenir y hablar de la “falta de dignidad” de un pueblo que se dejó llevar al matadero como un rebaño de ovejas”? Sin embargo, aunque toda respuesta al proceso de deshumanización de los nazis es legítima y debe ser aceptada (ya que el código de honor en el duelo entre el cazador y el cazado incluye también el ágil doblez de la liebre), digamos que hay una jerarquía de respuestas. Uno fue “colaborador” y se divirtió un poco. El otro se armó con la sabiduría de la víctima y se inclinó ante las fechorías de un Dios que era Moloch. El tercero murió valientemente, como un soldado, sin ningún acto heroico de resistencia, por supuesto, pero aun así como el ayudante de su camarada más débil. Lo estimamos más que a la sabia y canosa víctima en sus oraciones, que a su vez

tiene precedencia sobre el torpe taconeo del presidente de algún consejo judío. Pero muy por encima de ambos se encuentra el que se rebeló. El que tomó las armas, en su mayoría armas primitivas, y se opuso al equipo de batalla altamente técnico del asesino, fue... ¿Qué? Bueno, a riesgo de caer en una formulación trivial: fue el héroe absoluto. Y no podemos dejar de asombrarnos, maravillarnos ante la gran cantidad de hombres y mujeres que se liberaron no solo del gueto, sino de una historia de dos mil años, en la situación que les había sido preparada, la situación de muerte, en la que el hombre justo ya es abatido cuando todavía cree que está en posición de combate. La resistencia, la violencia, no eran la “solución” —¡no había otra que la prevista en la Conferencia de Wannsee!⁶—, pero, por inútiles que fueran, eran histórica y humanamente las respuestas más valiosas y las más prometedoras para el futuro. En su libro *Treblinka* (del que, por desgracia, se prestó muy poca atención en Alemania), el joven escritor francés Jean-François Steiner, probablemente la única persona que logró una perspectiva visionaria de la situación en el gueto y en el campo de exterminio sin haber estado “sobre el terreno”, hace decir a uno de los protagonistas: “¡No quiero vivir, quiero vengarme!”⁷. En efecto, en las deliberaciones dedicadas a los hombres y mujeres de la sala de espera de la muerte no se puede obviar el problema de la venganza, o más concretamente, de la violencia vengadora que pretende anular la violencia del opresor. No olvidemos que la historia del gueto de Var-

⁶ La Conferencia de Wannsee fue una reunión de catorce altos funcionarios gubernamentales de la Alemania nazi y líderes de las SS, celebrada en el suburbio berlinés de Wannsee en enero de 1942. El propósito de la misma era garantizar la cooperación de los líderes administrativos de varios departamentos gubernamentales en la implementación de la llamada Solución Final a la cuestión judía (*N. del T.*)

⁷ Steiner, J-F. (1967). *Treblinka*. Editorial Círculo de Lectores, p. 81 (*N. del T.*)

sovia culminó en una insurrección armada que militarmente era completamente absurda y que solo puede justificarse moralmente, como la realización de una *venganza humana*. En la revuelta, la de Varsovia o también la de Treblinka, el judío del gueto, conservando totalmente sus cualidades, se trascendió a sí mismo y alcanzó una dimensión óptica completamente nueva. Era la presa que llevaba dentro de sí una historia de humillación de dos mil años. Pero por un momento se convirtió en cazador, no por el placer de cazar sino por la voluntad de seguir siendo quien era y al mismo tiempo convertirse en otro. La historia de las revueltas en el gueto y en los diversos campos nos permite ver cómo eran realmente las cosas. En los numerosos trabajos documentales, a los que no es necesario añadir nada aquí, leí que allí no solo se convertían en héroes los que cogían barras de hierro y se lanzaban con ellas contra los tanques. Allí estaba el ágil traficante de esclavos, el erudito que el día anterior, mientras estudiaba las Escrituras, estaba decidido a ofrecerse como víctima dócil, el brutal policía del gueto, el contable de algún consejo judío que hacía listas para el ganado de matadero, el socialista acostumbrado desde muy temprano a la idea de la resistencia física, el padre de familia simplemente aprensivo. Se habían perdido en la "serie" y ahora cerraban filas en un "grupo". El agente formador del grupo era la determinación de venganza. ¡Qué término tan impopular se introduce aquí! Ya oigo protestas: ¡No, no fue así! ¡Ojo por ojo, diente por diente, *ius talionis*! ¡Por el amor de Dios, eso no es en absoluto lo que querían los judíos que se levantaban para la resistencia!

Sí, lo es. Creo que eso es lo que querían. Yo mismo, el autor de esta contribución, quería precisamente eso; y también lo que querían innumerables camaradas conmigo. El hecho de que ellos y yo no nos rebeláramos sigue siendo nuestra herida más dolorosa, que se vuelve a abrir

constantemente. Ciertamente, el judío tal como lo veía el nazi y le obligaba a verse a sí mismo no era apto para eso. Cuenta el triste chiste sobre dos judíos que, en algún momento de 1943, hablaban sobre los próximos días de la victoria aliada. Uno de ellos dice: Sabes, me lo imagino así. Estoy sentado, como solía estar, en la cafetería, con una pila de periódicos liberales frente a mí. ¿Quién entra sino Hitler? Pequeño, encorvado, desaliñado, humilde. Se acerca a mi mesa y pregunta: Disculpe, ¿podría haber un periódico disponible? Y lo miro por encima de mis gafas y digo educada pero firmemente: ¡No es para *usted*!

Esta fue la reacción de los judíos según el plan nazi: el miedo y la huida se trasladaron a la época de la libertad, y la venganza consistió solo en el ridículo y la vergüenza dolorosa. Fue reservado para unos pocos el descubrir su autenticidad en la lucha y en la venganza genuina. Para unos pocos y para muchos. Porque el poder del opresor —dividiendo y gobernando, decretando al final una muerte ineludible— había logrado destruir los fundamentos prácticos, psicológicos y existenciales del acto humano de venganza.

Hay que reconocer y apreciar que esta venganza no era una vendetta romántica arrogante en la tradición del romance, ni era la “violencia” comparativamente simple que Fanon, o el Che Guevara, o Régis Debray propusieron para la batalla de los colonizados y oprimidos. Tan poco como el judío fijó su mirada con “envidia lujuriosa”, como lo hizo el hombre colonizado de Fanon, en la propiedad del opresor —ya que, después de todo, despreciaba y respetaba al amo—, así de poco podía ser su venganza realmente desesperada como la violencia y la revolución del argelino o del americano de piel negra. Para él había más en juego, y era algo diferente, algo que en otro lugar yo mismo llamé —de manera inapropiada, como

ahora me doy cuenta— la “reconquista de la dignidad”⁸. Porque en un acto de libertad repentina, solo unos minutos antes de su hora, se apoderó de lo que no era más que una muerte segura; porque estaba *solo*, completa y desesperadamente solo; porque como recompensa por su violencia, y este es el punto decisivo, no podía esperar, como el argelino, la liberación; su venganza debía tener un carácter existencial completamente diferente.

¿De qué tipo era? Bueno, esto está claro: tenía el carácter de autenticación y de libre aceptación de una situación que, en su falta de libertad, era completamente inaceptable. La “reconquista de la dignidad” era, en efecto, una formulación inadecuada, pues lo que se suele llamar dignidad no podía serle arrebatado a nadie por los nazis ni por nadie más. Toda una historia de persecución, anclada de manera insana en la noción de deicidio, no pudo despojar al judío de su dignidad, ya fuera el judío prestamista, el talmudista o el gran poeta y erudito judío. En cuanto a la venganza judía, o la violencia de la contraviolencia por la que se decidió literalmente en el último momento en el campo de concentración o en el gueto, lo que la hace tan singular e irreductible fue *la libertad de elegir la muerte*, que se oponía a la muerte como decreto del enemigo y se convertía en realidad. ¿Fue suicidio? Naturalmente, también lo fue. Pero lo que la diferenciaba del suicidio real, que puede considerarse como la forma última y más consistente de la reacción de huida y miedo, era el hecho último de que se había roto el círculo del aislamiento total: no solo se había sufrido la muerte, sino que también se la había infligido. Allí se había encontrado la aplicación redentora de la violencia en su forma más pura. Allí se había limpiado la venganza de un moralismo cristiano que

⁸ Améry, J. (2013). *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Pre-Textos, p. 176 (N. del T.)

nunca fue capaz de impedirle, que siempre se limitó a negarla. Aquí y solo aquí, en la medida en que podemos examinar la historia, tenía sentido la frase terrible y, en todo su horror, vacía de contenido, de “limpiar la ignominia mediante la sangre”.

Pero me he adelantado. La rebelión y la fuerza vengadora y liberadora eran el objetivo final, el objetivo histórico y moral que no se alcanzó con suficiente frecuencia. Eran la utopía que solo se realizó ocasionalmente. Cronológicamente, también estaban al final de un largo viaje. Será necesario volver a lo que para cada judío fue el *valor* existencial irremplazable de la venganza consumada, que —no hay que olvidarlo ni un segundo— nunca se ejecutó contra los indefensos, sino contra un opresor fuertemente armado. También se hablará más adelante de la tarea que se cumplió en la insurrección y sin la cual tal vez un Estado como Israel sería impensable. Pero primero queremos volver al punto en el que, en la prisa por progresar hacia algo más brillante, abandonamos el gueto con paso rápido, por así decirlo, y buscábamos la situación revolucionaria, el antigueto. En realidad, como todo el mundo sabe, en el gueto hubo poca lucha y mucho sufrimiento, y una descripción de la esencia de la existencia en el gueto debe, al final, ceñirse más a las horas, días, meses y años lentos de sufrimiento que al momento de la rebelión y la trascendencia.

¿Qué más se puede añadir que la documentación, bastante exhaustiva, ya disponible? Demasiado y demasiado poco. Demasiado para poder dominarlo aquí en la abundancia de material. Demasiado poco para iluminar aspectos filosófico-formales completamente nuevos. Tal vez solo haya fenómenos aislados que aún no se conocen lo suficiente como para que valga la pena señalarlos. En primer lugar, y ahora hablo desde mi propia experiencia

en los campos de concentración, así como desde mi estudio de la literatura del gueto, estaba la compresión física de las masas humanas en el espacio más reducido. En el gueto, las palabras de Sartre, citadas con demasiada frecuencia: “el infierno son los otros”⁹, adquirirían un sentido muy concreto que se sentía corporalmente. Las víctimas no solo eran “convertidas” por su opresor en una “serie”, sino que, como constantemente se veían, olían y tocaban, eran físicamente desindividualizadas y convertidas en una *masa* opaca de carne. Quien lea sobre el gueto y luego lea algo pseudointeligente o incluso genuinamente inteligente sobre nuestra moderna “civilización de masas”, debe soltar una risa amarga. Masas, “hombre masa”: no es el telespectador en su casa unifamiliar, incluso si está expuesto a la presión de los medios de comunicación de masas. El habitante del gueto se había convertido físicamente en uno con la masa, al mismo tiempo que luchaba sin sentido y desesperadamente contra las otras células de esta masa de carne. El gueto era un tumor maligno de la humanidad. Cada uno de los que estaban hacinados en él lo entendía como tal y se sentía como la célula enferma de un organismo, lo que, objetivamente, realmente era. Por lo tanto, podía amarse a sí mismo tan poco como a la persona de al lado. Por un lado, y aquí hablo de nuevo desde mi propia experiencia en el campo, que puede aplicarse legítimamente al gueto, era que no éramos más que asco. Por otro, el asco de sí mismo surgió entonces por necesidad, ya que cada uno sentía que para su compañero de sufrimiento él era simplemente alguien que comía el pan que podría haber sido suyo, que tomaba el aire que necesitaba para respirar, el espacio para moverse. Pero donde el amor propio y la comunicación amorosa con el prójimo estaban bloqueados, difícilmente podía surgir el tan ur-

⁹ Sartre, J-P. (1984). *La puta respetuosa / A puerta cerrada*. Alianza Editorial, p. 135 (N. del T.)

gentemente necesario odio total, incondicional hacia el antihombre, odio que estaba dispuesto a emplear la violencia, dispuesto a la venganza. No quedaba nada más que, una y otra vez, la ya mencionada solidaridad del sufrimiento, una solidaridad que era incapaz de amor y alegría proyectados hacia afuera, o de resistencia, que en el lenguaje coloquial común se puede reducir más o menos a la fórmula: “¡Eres un pobre perro igual que yo!”. Un *pobre* perro, sin duda, pero un perro. En épocas de relativa libertad, esta mentalidad de autodesprecio había acompañado también al judío, que, procedente del gueto histórico, después del brevísimo período histórico de emancipación era arrojado de nuevo al gueto nazi-alemán, la inhóspita sala de espera de la muerte. Es familiar el profundo chiste del “*e’soi*”, que nada menos que un escritor como Arthur Schnitzler incluyó en su gran novela sobre la cuestión judía, *Camino a campo abierto*. Un judío ortodoxo está sentado en un compartimento de tren frente a un caballero correctamente vestido, al que supone cristiano. Encoge decorosamente las piernas, apenas se atreve a aclararse la garganta. De repente, el caballero correcto saca un periódico hebreo de su bolsillo y empieza a leer. Ante lo cual el judío ortodoxo exhala un suspiro de alivio: “*e’soi*” (¡Ajá!) y estira las piernas hacia el asiento de enfrente... El pobre perro con disfraz europeo sentado frente al judío ortodoxo no merecía un trato mejor. En el gueto nazi-alemán, donde, además, el hacinamiento corporal de los judíos excluía el respeto mutuo, esta mentalidad alcanzó su punto álgido.

Sobre esta base social, o mejor dicho, sobre una base asocial en el verdadero sentido de la palabra, surgió en el gueto, como también en el campo de concentración, una estructura económica que no era otra cosa que el sistema económico capitalista elevado al grado de autoanulación, autocaricatura y absurdo. Fue el triunfo de un darwinis-

mo social capitalista, al que se unió —en menor medida en el gueto que en el campo de concentración, pero de todos modos bastante visiblemente— la ley del más fuerte físicamente. Entre los más débiles de esta tierra, era fuerte el que poseía dinero, el que tenía dinero. Sabía cómo apoderarse de él, si era necesario, ejerciendo una fuerza física superior. Surgió una jerarquía, cuando lo que más debería haber importado era que ningún pobre perro fuera más y mejor que el siguiente, para que juntos pudieran convertirse en una manada de lobos completamente iguales.

En esta jerarquía se escondía algo sumamente enigmático: la esperanza en medio de la desesperanza. Todos esperaban que la gran escoba que limpiaba pasara de largo. Nadie creía realmente en esta esperanza.

La verdad era —escribió Hannah Arendt— que si el pueblo judío (no solo en el gueto, sino en todo el territorio ocupado por los nazis) hubiera carecido de toda organización y de toda jefatura, se hubiera producido el caos, y grandes males hubieran sobrevenido a los judíos, pero el número total de víctimas difícilmente se hubiera elevado a una suma que oscila entre los cuatro millones y medio y los seis millones¹⁰.

Esto ha sido rebatido por las fuentes más autorizadas y a mí también me parece bastante absurdo. Pero una cosa es cierta: los “jefes” de este pueblo, sobre todo en el gueto el Consejo Judío y la policía judía, habrían hecho mejor en no aferrarse a esa esperanza incrédula y desesperanzada, y en confiar desde el principio su causa y la de sus protegidos a nada ni a nadie. En este caso, eso significa no esperar nada más que su propia muerte, que tenía que llegar de todos modos, y prepararse para el uso vengativo de la violencia.

¹⁰ Arendt, H. *Op. Cit.*, pp. 91-91 (N. del T.)

Lo que les impedía actuar de ese modo era, al parecer, la costumbre de sufrir en silencio, fijada desde hacía dos milenios, o, como se ha formulado aquí, la reacción de miedo y huida, que se había convertido en un elemento constitutivo de su carácter. En este contexto, parece inferior la respuesta que Martin Buber dio en una carta a Gandhi después de la “Noche de los cristales rotos”. Este último había intentado convencer a Buber de que los judíos alemanes harían mejor en sacrificar sus vidas en el altar de la resistencia pasiva para despertar así la conciencia mundial. A lo que Buber respondió al Mahatma que semejante martirio voluntario no tenía sentido, sobre todo porque el judaísmo no enseñaba la muerte, sino la vida¹¹. Este argumento, que resulta totalmente ridículo teniendo en cuenta la auténtica religión de la muerte en el gueto nazi-alemán, se esgrimió más tarde en relación con la polémica sobre el libro de Hannah Arendt sobre Eichmann. Si no me equivoco y no he interpretado erróneamente mis propias experiencias en los campos de concentración, no fue en absoluto el “precepto de vida” judío lo que paradójicamente permitió a las masas de judíos ir a la muerte sin resistencia; fue más bien la reacción de miedo y huida, que se había convertido en un rasgo básico del carácter colectivo, impuesto, por cierto, por la estructura social humanamente corruptora del gueto. El proceso nazi se ha mencionado con bastante frecuencia, por lo que solo algunas alusiones pueden servir de recordatorio. Fueron los nazis quienes erigieron el sistema capitalista caricaturesco combinado con el derecho del más fuerte (aunque apoyado por la tradición mercantil judía), en el que la movilidad del dinero brindaba la seguridad que la población nativa encontraba en la casa y el hogar. Fueron los nazis quienes alimentaron constantemente esperanzas

¹¹ Buber, M. (2009). *Una tierra para dos pueblos. Escritos políticos sobre la cuestión judeo-árabe*. Ediciones Sígueme, pp. 107-123 (N. del T.)

que destruían al momento siguiente para volver a avivarlas un momento después. En el gueto y en el campo de concentración se podía acariciar la ilusión de poder sobrevivir abriéndose camino (a costa de la autoentrega) hasta las filas de los notables del gueto o del campo.

Los nazis hicieron que el pobre perro judío tuviera esperanzas, y las tenía como un hombre que tiene esperanzas, aunque nunca se fiara de ellas. Los nazis dieron a cada judío la oportunidad de convertirse en un canalla, escribe Jean-François Steiner. Es cierto que, y es importante que lo repita, el concepto de canalla apenas conservaba significado alguno en el gueto. Toda respuesta al aplastamiento nazi de la humanidad de los judíos era legítima en el gueto, incluso la respuesta que, en el sentido habitual, era la más vil. ¡Solo la irreflexión, la arrogancia descarada y la completa ignorancia de la situación pueden condenar al “judío colaboracionista” como a un colaboracionista en la Europa ocupada! Es cierto que los nazis se habían encargado de que, si se quiere, demasiados judíos aprovecharan la oportunidad de convertirse en canallas, pero en el exceso de terror que habían organizado, lograron, muy en contra de su voluntad, que incluso el más despreciable villano judío dejara de ser un villano. En un sentido muy concreto, había elevado para siempre a un pueblo al que no solo quería destruir físicamente, sino convertir moral e históricamente en un antipueblo. (A los neonazis no les ayuda en nada decir que los judíos quieren chantajear al mundo con sus millones de víctimas. Durante mucho tiempo el mundo tendrá que someterse a esta presión, que no es nada más que una coerción miserable).

Aquí hay que añadir un punto más a la discusión, el cual quiero dirigir contra todas aquellas personas que, a nuestro juicio, entienden tan poco la fenomenología del

gueto como su psicología y sociología. En algunos lugares se ha intentado comprender y explicar el gueto teniendo como trasfondo el fenómeno muy general del “totalitarismo”, más o menos como si no hubiera sido más que la apoteosis del régimen totalitario. Quien se incline a adoptar tal interpretación debe remitirse, en primer lugar, a la magnífica película de Erwin Leiser, *Mein Kampf*, que presenta montajes de fotografías originales del gueto de Varsovia, muestra que en el gueto, a diferencia del Estado totalitario, nadie podía salvar su vida mediante la sumisión. Lo que lo amenazaba no era la arbitrariedad del estado policial que caracteriza al régimen totalitario “ordinario”. Ah, sí, Hitler, Himmler y sus cómplices habían tomado decisiones según su voluntad, pero de una manera demasiado simple, demasiado despiadada y general para que el concepto de arbitrariedad en su uso cotidiano tuviera algún significado. El mundo conceptual de la política, así como el de la moral, habían sido invalidados por un exceso de injusticia. El triunfo del mal radical (no el “llamado” mal, que podía remontarse a factores étnicos históricos, ni tampoco el mal “banal”, en cuya existencia ya no puedo creer) había permitido que surgiera en el gueto un mundo que no estaba más allá, sino ciertamente por debajo, del bien y del mal. Este mundo tenía muy poco que ver con el totalitarismo o la dictadura, o, en general, con cualquier forma históricamente conocida de comunidad social. Era simplemente la realidad contradictoria de un antimundo o, si se quiere, un mundo de muerte. La muerte ya había invadido su sala de espera. El “precepto de vida” judío era completamente impotente contra ella. Cuando intentaba imponerse en forma de falsa esperanza de supervivencia, solo se negaba a sí mismo; y la supervivencia casual de tal o cual individuo no tenía nada que ver con la negación fundamental de la vida y, en última instancia, de toda moralidad al servicio de la vida.

La paradoja dialéctica residía en el hecho de que quien quisiera preservar el principio de la vida en el gueto tenía que aceptar la muerte; quien quisiera restaurar la moral tenía que incluir en su sistema lo evidentemente malo, es decir, la venganza. Aceptar la muerte, digo. Con esto, naturalmente, no me refiero a una muerte sacrificial, una muerte sufrida pasivamente a manos del otro, sino a una muerte que el habitante del gueto tomaba voluntariamente en sus propias manos, que se infligía a sí mismo al entregársela al enemigo. El gueto era un mundo invertido, o un mundo de inversiones: quien quisiera sobrevivir en él tenía que estar dispuesto a perecer. El propio nazi había establecido este mundo de negaciones. “Miembros de las profesiones intelectuales, ¡adelante! Necesitamos oficinistas, contables, químicos”, así funcionaba en el campo que yo conocía en aquellos días. Los “intelectuales” se apresuraban, avanzaban a paso ligero, se ponía firmes. Luego los asignaban a tareas que les exigían un trabajo físico especialmente duro. El nazi se negaba a sí mismo con la mentira que decía constantemente; negaba al otro, al cual sometió a la mentira y arrojó a la muerte mientras aún vivía.

Esta negación general de los nazis era una negación de la vida, del hombre, incluso de sí mismo. Era, sin duda, una negación del espíritu, de la moral, de la justicia, de la verdad, del coraje (pues hasta el judío más valiente era tratado como un miserable cobarde). Solo podía oponerse a ella una contranegación integral. La negación de la negación: si alguna vez y en algún lugar esto fue algo más que una dudosa acrobacia dialéctica, fue en el gueto nazi-alemán. La negación total de la negación no podía ser otra cosa que el levantamiento armado contra el verdugo, la revuelta o el “gran rechazo” que sabe que no tiene ninguna posibilidad y, sin embargo, declara su lealtad a sí mismo. Con esto, llegamos una vez más al problema de la

resistencia y la insurrección. Como ya dijimos, esto ocurrió rara vez. Pero donde se manifestó, fue por esa razón tanto más admirable y, a la larga, más eficaz. Gracias a los judíos insurgentes de algunos campos, sobre todo del gueto de Varsovia, hoy el judío puede volver a mirarse a sí mismo como ser humano. Jean-François Steiner escribe en su libro *Treblinka*: "Él [un prisionero de campo] seguía sin saber cómo hacerlo para rebelarse, pero la idea le embargaba cada día más y, poco a poco, olvidaba su miedo y su cobardía"¹². ¡Si solo hubiera sido cuestión de superar el miedo físico al opresor! Sin duda, también fue eso, pero no fue solo eso. La simple fórmula de la consecución de la dignidad humana, del honor viril, está lejos de ser suficiente para decir en qué consistía la sublevación en el campo o en el gueto. He hablado antes de la soledad sin límites del interno del gueto, que distinguía su condición de la del colonizado o de cualquier otra persona que estuviera siendo oprimida de algún modo. Cuando los argelinos comenzaron su guerra contra los ocupantes franceses bajo el liderazgo de nueve hombres, no estaban solos. No solo Túnez y Marruecos, como Estados del norte de África ya independientes del antiguo territorio colonial francés, estaban con ellos, sino que les aseguraban el apoyo moral de todo el mundo no francés, incluido el de un joven senador norteamericano llamado John F. Kennedy.

Los negros de los Estados Unidos, incluso cuando emplean las armas verbales y concretas más extremas en la batalla por sus derechos y su identidad, tienen de su lado la simpatía del Tercer Mundo, del mundo comunista, así como de sectores considerables del mundo occidental. No así el judío del gueto nazi-alemán. El polaco o el ucraniano, que también participaba en la lucha partisana contra

¹² Steiner, J-F. *Op. Cit.*, p. 181 (N. del T.)

los alemanes, no le ayudaba. El judío podía estar contento si no lo atacaban directamente ni lo denunciaban. El mundo democrático, que estaba en guerra contra Hitler, tampoco le prestó ayuda. ¡Al contrario! Los aliados aprovecharon todas las oportunidades para dar a su pueblo, que no estaba libre del antisemitismo tradicional, la garantía vinculante de que la guerra no se estaba librando para los judíos, que estaban abandonados a la muerte. ¡Como si hubiera sido una vergüenza querer impedir el asesinato de millones de personas con la fuerza de las armas!

El judío se encontraba solo en su tarea de negar la negación. Cumpliera o no su misión, eso le confiere su dimensión ópticamente única y su cualidad históricamente imborrable. Tuvo que levantarse del suelo sin un brazo que lo sostuviera. Al final, todo se redujo a eso. El levantamiento violento fue la negación de la condición del gueto, la erradicación de dos mil años de falsa solidaridad en el sufrimiento, la restauración no de la "dignidad", sino de la humanidad pura y simple; fue el establecimiento vengativo de la justicia, la oportunidad de crear un nuevo reino del hombre sobre la Tierra.

¿Son todas estas palabras demasiado elevadas? El patetismo, en el sentido de sufrimiento, de sufrimiento compasivo por lo que se sufrió de manera inconcebible, es el único tono admisible cuando se informa sobre el gueto más allá de la mera documentación. Porque, independientemente de dónde miremos en el vasto campo de la historia, en ningún otro lugar la "condición humana", como la llamó André Malraux, se había convertido tan terriblemente en condición inhumana.

El gueto, al menos así me parece en este momento, fue el principio del fin de la historia judía como historia de

los que sufren. Desde la persecución nazi, que culminó en el gueto y, finalmente, en el campo de exterminio, algo se ha añadido a la existencia de este pueblo: la certeza de que nada parecido puede volver a suceder porque no debe suceder, se ha impreso en la mente de cada judío, dondequiera que esté. ¿Solo en el judío? Espero que no. El mundo quedó traumatizado de la manera más beneficiosa por estos acontecimientos, tal como se fueron revelando gradualmente en el transcurso de un cuarto de siglo. También en esto, el nazismo terminó por negarse a sí mismo: al haber hecho que en todo el mundo los jóvenes, nietos de los contemporáneos del gueto, todavía hoy griten “¡Gestapo, SS!” cuando quieren acusar a los poderes represivos de un comportamiento infame. La esvástica, en la que habían clavado al judío, no solo disipó la imagen del deicidio judío, sino que se convirtió en el símbolo universal de lo que es humana e históricamente intolerable. Fueron los internos del gueto quienes pagaron la pena. El precio que la humanidad tuvo que pagar para aprovechar la oportunidad de liberarse del mal. Todos los habitantes del gueto, fíjense, incluso los traficantes, los “colaboradores”, los cobardes y también los informantes. El precio *más alto* lo pagaron, sin duda, los más dignos de elogio: las pocas mujeres y hombres que, en el gueto o en el campo de exterminio, tomaron la muerte en sus manos y, aunque impotentes y desarmados, se convirtieron en vengadores.

La historia del gueto no ha terminado. Sigue y debe seguir haciéndose sentir. No hay reconciliación con los asesinos que tal vez todavía estén entre nosotros, ni con los otros que, como fantasmas, permanecen ante nosotros solo como horribles recuerdos visuales. Ese es el mandamiento moral más alto, el único dominio histórico admisible de las hazañas del antihombre.

Hay conceptos que han adquirido un significado completamente nuevo a raíz del gueto: venganza, irreconciliabilidad. Hay que reorientarse, como los habitantes del gueto que se vieron obligados a experimentar el mundo de una manera nueva. La ética cristiana no es más adecuada para este propósito que la ética judía. Habría que escribir una nueva filosofía de la historia, o mejor dicho: ya está en proceso de elaboración. Fueron los habitantes del gueto quienes escribieron sus primeras frases. Nada volverá a ser como antes. Tal vez algún día se diga que la historia de una humanidad más humana comenzó en medio de la inhumanidad del gueto.

Judíos, izquierdistas, judíos de izquierda: los contornos cambiantes de un problema político*

En un pasado cuyo final fue marcado bruscamente por el año 1967, la cuestión parecía bastante simple: izquierdistas y judíos —a pesar de que muchos de estos últimos eran conservadores y, en un sentido sociológico estricto, se situaban en la “derecha”— tenían un entendimiento mutuo tácito. Ambos eran minorías, ambos pertenecían a los “condenados de la tierra”. A pesar de cierta tradición anti-semita moderada en la izquierda, sobre todo en Francia (pues en ese país el nombre “Rothschild” es el símbolo del capitalismo), los marginados social y políticamente, por un lado, y los excluidos por motivos religiosos y raciales, por el otro, generalmente manifestaban un sentimiento de solidaridad mutua. No solo los partidos políticos de izquierda (socialdemócratas y comunistas) eran frecuentemente “gestionados” por judíos, sino que una proporción considerable de sus partidarios de base también tendían a ser judíos. En el fondo, hasta al judío más conservador le resultaba difícil albergar un resentimiento genuino contra la izquierda, ya que solo los grupos y organizaciones de izquierdas rechazaban el antisemitismo por principio. A los izquierdistas solo les interesaban los *hombres*, no los alemanes, los franceses, los ingleses, etc. En la medida en que los judíos se sentían reconocidos como seres humanos,

* „Juden, Linke—linke Juden: Ein politisches Problem ändert seine Konturen“, *Tribüne* 12(46), 1973, pp. 5229-5233 (N. del T.)

confiaban en que ahora también podían ser alemanes, franceses o ingleses. El humanismo de izquierdas, con su desprecio por las distinciones étnicas, nacionales o religiosas, prometía no solo igualdad humana universal, sino también igualdad para los judíos dentro del Estado nacional. La afinidad entre la izquierda y los judíos, a su vez, no solo surgía del hecho de que un número significativo de teóricos de izquierdas, desde Marx, Bernstein y Max Adler hasta Adorno y Marcuse, eran de origen judío, sino también de una sensación instintiva de que incluso entre los judíos conservadores no tenía enemigos fanáticos.

Todo esto pertenece al pasado prehistórico más profundo. ¿Dónde nos encontramos hoy? Para los izquierdistas, la situación parece bastante sencilla. Tal vez pueda ilustrar la situación actual con un episodio que presencié. Asistí a una discusión entre los editores, en su mayoría izquierdistas y de extrema izquierda, de la estación de radio de un pequeño país de Europa occidental. Se trataba de actos terroristas palestinos. Después de que varios de los miembros más bien jóvenes del equipo editorial los hubieran tolerado con un entusiasmo apenas disimulado, señalando la legitimidad de la "contraviolencia" desplegada por los palestinos, una joven se atrevió a plantear una objeción bastante reticente. Era inapropiado, sugirió, justificar simplemente cualquier tipo de atrocidad con el concepto de contraviolencia. En lugar de ello, habría que determinar caso por caso si, en una situación concreta, se podía hablar de buena fe de contraviolencia o, por el contrario, si la contraviolencia corría el riesgo de convertirse en violencia *per se* y, por tanto, en violencia inhumana. Se produjo un silencio embarazoso y opresivo hasta que una de sus interlocutoras dijo finalmente: "Creo que usted es incapaz de compren-

der la conducta de los palestinos. Después de todo, su difunto marido era judío..." Y así la cuestión se convirtió en una cuestión de responsabilidad por parentesco. La joven no dijo ni una palabra más y yo, que era más *pars in causa*, no me metí en líos.

Está claro, pues, que hemos llegado a un punto en el que los izquierdistas ya no aceptan la palabra de un judío —o, como se decía antes, de un asociado de un judío— cuando se trata del problema de Israel, porque automáticamente se considera prejuiciosa. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿qué tiene que ver supuestamente el problema judío con Israel? ¿Y no hay personalidades importantes en la Nueva Izquierda que, cuando se trata de Oriente Medio, estén completamente de acuerdo con las ideas de sus camaradas no judíos? ¿No existen Ernest Mandel, Erich Fried, Alain Geismar o Alain Krivine? Sin embargo, es cierto que, y de esto estoy bastante seguro, no son más característicos del estado general de cosas que los judíos que colaboran con los servicios secretos árabes o las organizaciones de resistencia lo son de la situación interna en Israel.

El hecho es que existe un vínculo existencial (en el pasado se habría dicho un "vínculo del destino", lo que en realidad no es un mal epíteto) que une a la gran mayoría de los judíos del mundo con el Estado de Israel. Sobra decir que este vínculo tiene muy poco que ver con el apoyo incondicional a todo lo que haga el respectivo gobierno israelí en el poder. Yo mismo, por ejemplo, encuentro desconcertante la obstinada implacabilidad con la que Israel insiste en su propiedad de la Ciudad Vieja de Jerusalén; de hecho, como forma teológica, si no teocrática, de obsesión, me hace sentir profundamente incómodo. Creo, y no soy el único en hacerlo, que los diversos gobiernos del Estado de Israel han cometido graves pecados de omisión al no desarrollar una política meditada, humana y progresista

en relación con los árabes cuando todavía era posible. No estoy de acuerdo con todas las medidas represivas israelíes ni considero saludable que los israelíes se estén convirtiendo en una "raza superior" al importar trabajadores árabes invitados para apoyar su expansión económica e industrial. Es cierto que estos trabajadores están en mejores condiciones materiales que antes en su país y bajo sus líderes tradicionales, pero sus circunstancias son, no obstante, vergonzosas. Este tipo de cuestiones pesan sobre mi conciencia de izquierda y quisiera que se resolvieran lo antes posible. Y, sin embargo, sé que tengo un interés profundamente arraigado en este país, aunque no lo conozca, no hable su idioma, no suscriba su religión y su folclore me resulte tan ajeno como el de alguna tribu africana.

Este interés por Israel, que comparten *todos* los judíos, no es en absoluto irracional. Lejos de eso: se puede explicar fácilmente de una manera completamente racional. La existencia del Estado de Israel ha otorgado una nueva identidad a cada judío, incluso si no se siente de ninguna manera moldeado por su judaísmo. Desde que Israel existe, sabe que, contrariamente a las afirmaciones que el antisemita le inculcó durante tanto tiempo que realmente comenzó a creerle, no es cobarde, incapaz de trabajo manual, apto solo para el comercio del dinero, incapaz de trabajar la tierra, un amo de casa que habla tonterías y, en el mejor de los casos, un charlatán ocurrente. Es más, sabe que cuando y dondequiera que su vida pueda estar en peligro, hay un lugar en la Tierra que lo acogerá, pase lo que pase. Sabe que mientras exista Israel, no será posible volver a arrojarlo a un horno ardiente con el apoyo tácito de los inhóspitos pueblos anfitriones o acompañado por su compasión evasiva, en el mejor de los casos. Sin duda, es "parcial", entonces, en lo que respecta a Israel. Pero ¿eso lo vuelve completamente iluso y necesariamente incapaz de

discutir la cuestión de Israel con sensatez y con una objetividad aproximada? ¿Es invariablemente menos perspicaz que sus antiguos amigos de la izquierda, esos camaradas que no ven nada más que el mito de la lucha de resistencia nacional y que muestran empatía por un fanático islamista trastornado y quemalibros de un dictador, pero no ante el peligro mortal que corre cada uno de los israelíes?

Un judío, y más aún un judío *izquierdista* tradicional, a pesar de su conexión con Israel, es perfectamente capaz de discutir estos temas con considerable razonamiento y sin sucumbir a una tensión emocional indebida. En mi opinión, la exagerada emotividad de la cuestión es, en gran medida, patrimonio de la Nueva Izquierda, para la que Israel no es más que un puesto avanzado del imperialismo estadounidense y actúa como si el general Dayan hubiera ordenado personalmente la destrucción de las ciudades norvietnamitas, como si Israel fuera corresponsable de todos los actos inhumanos cometidos por la superpotencia estadounidense en América Latina.

La verdad está, sin duda, muy alejada de esta idea maniquea. Se podría, si se quisiera, admitir que el asentamiento de judíos sin hogar en Palestina fue una grave injusticia histórica, una artimaña absolutamente siniestra y cobarde de la historia. No tengo opinión al respecto. Todo lo que sé, como lo sabe cualquiera que haya estudiado historia, es que hay pocos Estados en esta tierra que no deban su existencia a alguna injusticia. Hoy solo se puede partir del hecho de que los enormes esfuerzos de seres humanos en peligro han creado Israel y que la destrucción de este país, a la que aspiran los Estados árabes, lo admitan o no, crearía una injusticia desmesuradamente más horrible. Como explicó recientemente un dirigente palestino en una entrevista con *Le Monde*: "Israel está condenado a ganar to-

das las batallas. Si pierde una sola, entonces..." No continuó, pero todo el mundo sabe que estaba pensando en el ángel de la muerte que, en ese caso, descendería sobre el país. Israel, por tanto, está librando su propia lucha de liberación nacional contra el mundo árabe, contra un enemigo que es desmesuradamente más rico en términos de población, dinero y petróleo, y por lo tanto potencialmente más poderoso. Esta lucha es al menos tan legítima como la de los palestinos. En la medida en que el concepto tenga algún sentido, la fuerza que Israel ejerce es en sí misma una forma de contraviolencia. Es una desgracia histórica de Israel que solo tenga un aliado en esta lucha de liberación: Estados Unidos. Israel no tenía varias opciones y eligió ésta. Simplemente agarró la única mano que se extendía en su dirección y ofrecía apoyo. ¿Se puede esperar seriamente que alguien que se está ahogando compruebe si puede haber una mancha de sangre en la mano que lo salva antes de agarrarla?

Todo esto es tan sencillo que resulta banal: se escribe con la leve inquietud de quien se siente incómodo porque todo lo que puede presentar son verdades evidentes. El hecho de que sea necesario decirlo de todos modos no refleja simpleza de parte de quien lo dice, sino más bien la ceguera ante las preocupaciones históricas y humanitarias que muestra una izquierda que, en un frenesí malsano, ha denigrado públicamente durante años y, en última instancia, ha repudiado sus tradiciones más nobles. Me parece que, en el conflicto entre la izquierda y los judíos, es responsabilidad de los *judíos de izquierda* que siguen manteniendo obstinadamente su identidad política confrontar a los antiguos camaradas con algunas verdades elementales, verdades que esos antiguos camaradas tendrán que reconocer en última instancia, suponiendo que no hayan perdido por completo el contacto con la realidad. Permítanme resumir en unas pocas frases lo que quiero decir:

- No cada bomba lanzada ni cada rehén asesinado es en sí mismo un acto de perspicacia política superior o una muestra de heroísmo.
- Aun cuando mantiene a Estados Unidos como único aliado disponible, Israel no comparte la responsabilidad por todos los actos y fechorías políticas y militares de ese aliado.
- No todos los regímenes del Tercer Mundo que se proclaman revolucionarios aplican en realidad políticas social-revolucionarias genuinas. Argelia, que expulsó a los Panteras Negras, no es un Estado más revolucionario que la Libia de Gadafi, con sus paroxismos de fanatismo islámico.
- Cualquiera que cuestione el derecho de Israel a existir es demasiado estúpido para entender que está contribuyendo o promoviendo intencionalmente un super-Auschwitz.

El nuevo antisemitismo*

¿El antisemitismo se está volviendo socialmente aceptable de nuevo? Hace apenas cinco años, esta pregunta habría parecido bastante absurda y, si los judíos la hubieran planteado, se habría considerado una expresión de paranoia leve. Me parece que esto ha cambiado drásticamente desde entonces. El antisemitismo, que se volvió imposible para el hombre y el mundo, algo para lo que en este análisis, utilizaré la abreviatura “Auschwitz”, está en proceso de reinsertación en los debates políticos y ganando terreno descaradamente. No me refiero a ese tipo de antisemitismo que ha sido durante mucho tiempo parte integral de la sociabilidad del filisteo alemán (y no alemán) que siempre ha considerado repugnante, incluso diabólica, la “otredad” del judío, ya sea bajo la apariencia de una figura como Benjamin Disraeli o de alguien como Rathenau. A los ojos tanto del ciudadano común como de su contraparte grande e influyente, el pueblo judío, tildado de deicida (una noción extraña que el cristianismo ha difundido con celo fanático en algunas ocasiones y bajo un digno disfraz teológico en otras), siempre había sido, y seguía siendo, un grupo étnico extraño, una comunidad religiosa en la que no se podía confiar. El antisemitismo de los filisteos ha formado parte de la cosmovisión mágica de los pueblos a los que la Ilustración pasó por alto o que lo suprimieron conscientemente. No se trataba solo del “socialismo” de los tontos, sino también de su metafísica y filosofía social. Los infames

* „Der neue Antisemitismus”, *Tribüne* 15(59), 1976, pp. 7010-7014 (N. del T.)

Protocolos de los Sabios de Sion fueron solo la ilustración más obvia y cruda de una mentalidad colectiva que, en el curso de la historia, se ha arraigado tanto que ni siquiera Marx pudo escapar de ella, y Otto Weininger, como el judío paradigmático que se odia a sí mismo, la siguió hasta sus últimas consecuencias lógicas y se deshizo de sí mismo. No es, pues, el antisemitismo lo que me preocupa aquí. ¿O también es necesario hablar de él? Ya veremos. Lo que está claro es que el antisemitismo “clásico” existió antes. Aunque en ningún otro lugar se haya aplicado de forma tan brutal como en el Tercer Reich alemán, es un fenómeno mundial. En este contexto, quisiera señalar de pasada las *Reflexiones sobre la cuestión judía* de Sartre, que, a mi juicio, siguen siendo la última palabra en el análisis de este problema particular, el cual constituye una “mancha para el honor” de la humanidad civilizada aún mayor que el colonialismo y el imperialismo.

El antisemitismo al que nos enfrentamos hoy no dice su nombre. Al contrario: si se intenta pedirle cuentas, se desentiende de sí mismo. No es tarea fácil llevarlo ante el tribunal que lo condenó hace tiempo, pero que, sin embargo, debería estar en sesión permanente. ¿Cómo se presenta el nuevo antisemita? Su afirmación es extremadamente directa y, *prima facie*, perfectamente plausible: a pesar de todas las afirmaciones en contrario, ¡no es un antisemita, es de hecho un *antisionista*! Con ello, supone, ha salvado su honor, tanto más cuanto que han pasado más de tres décadas desde que Auschwitz adquirió notoriedad mundial. En consecuencia, la indignación moral generalizada que desencadenó ha perdido ahora su *élan vital*¹.

¹ *Élan vital* (impulso vital) es un concepto introducido por el filósofo francés Henri Bergson en 1907 en su libro *La evolución creadora*. Bergson, H. (1963). “La evolución creadora”, *Obras Escogidas*. Aguilar, pp. 433-755 (N. del T.)

Pero lo que es más importante, los problemas en Oriente Medio han dado lugar a nociones terriblemente simplistas. El antisemita descaradamente tímido de hoy está de suerte: la existencia del Estado de Israel, cuyo derecho a existir puede no ser más legítimo que el de cualquier otro Estado, pero tampoco *está menos* fundado que el de sus homólogos en el mundo cristiano y no cristiano, le proporciona argumentos convenientes. ¿Acaso los judíos de Palestina no han expulsado a un pueblo, los palestinos árabes, de su tierra ancestral? Y lo que es más importante, ¿no son en los territorios palestinos que han adquirido por medios militares una brutal potencia ocupante comparable a los nazis que tomaron el control de la mayor parte de Europa entre 1940 y 1945? ¿No son los israelíes un puesto avanzado del imperialismo global? ¿Su noción de Estado y nación no está destinada a conducir a nuevas guerras de conquista? ¿La lucha contra Israel no es parte integrante de la loable causa progresista, como lo fueron las luchas de liberación nacional de los argelinos o de los indonesios? ¿Y no está justificado sentir aprensión por los judíos en general, dado que, abiertamente o no, en última instancia siempre se pondrán del lado del tiránico Estado de Israel? Se puede gritar: “¡Maten a los sionistas, enrojezcan el Oriente Medio!” y, al hacerlo, ocultan, de hecho, rechazan indignados la insinuación de que dentro de éste resuena otro grito de batalla: el inequívoco “¡Muerte al pueblo judío!” de los nazis.

Nunca es fácil defender un caso cuando la otra parte, en lugar de mostrar una genuina voluntad de entrar en el debate, simplemente muestra una mala fe nociva. Sin duda, habría mucho que discutir. Tomemos, por ejemplo, el hecho de que *no hay un solo Estado* en la Tierra (y elijo mis palabras con cuidado) en cuyo origen la legitimidad y la ilegitimidad, la justicia y la injusticia, no estuvieran inextricablemente entrelazadas. Se podría señalar el hecho de

que, en su papel de potencia ocupante, Israel es sin duda muy humano, incluso cuando se trata de medidas violentas y posibles actos de crueldad que puedan haber sido cometidos. Como mal histórico fundamental, estos incidentes manchan el historial de cada Estado que alguna vez tuvo que administrar territorio hostil. Quien no entienda esto debería verse obligado a estudiar la historia de la ocupación alemana en Holanda, Noruega, Francia, Dinamarca, etc., o la ocupación francesa del Ruhr entre 1923 y 1925. Sin embargo, ¿acaso este estudio obligatorio de la historia haría desaparecer los eslóganes espurios, las analogías equivocadas y los prejuicios ridículos? Lo dudo. Lo dudo, y esto me lleva de nuevo a mi línea principal de argumentación, porque el antisionismo no es otra cosa que una versión actualizada del odio ancestral, evidentemente inerradicable y absolutamente irracional que se ha dirigido contra los judíos desde tiempos inmemoriales. En su notable libro *Outsiders*, el filólogo y filósofo social alemán Hans Mayer escribió que “quien ataca al sionismo, pero de ninguna manera desea decir nada contra los judíos, se está engañando a sí mismo o a los demás”². Hay que añadir que el “engaño” de los antisionistas, que invariablemente también son antisemitas, se basa en presupuestos históricos o, podríamos decir, psicológicos colectivos que no son susceptibles de debate razonado. El antisemita quiere ver el mal radical en el judío y se ve obligado a hacerlo por esos presupuestos. En este contexto, un usurero al servicio de un gobernante principesco no es menos adecuado como objeto de odio que un general israelí. Para el antisemita, el judío siempre debe ser eliminado, sin importar lo que haga en realidad. Obligado a ser un comerciante, es considerado un chupasangre. Si es un intelectual, supuestamente sub-

² Mayer, H. (1984). *Outsiders. A Study in Life and Letters*. MIT Press, p. 394 (N. del T.)

vierte el orden mundial existente con intenciones diabólicas. Como soldado, es un colonialista; como soldado, un opresor cruel. Si está dispuesto a asimilarse a la sociedad que lo acoge, el antisemita lo considera un intruso deshonesto. Si el judío también reivindica ese fenómeno de moda y tan celebrado, la “identidad nacional”, se lo llama racista.

Lamentablemente, se trata de cuestiones bien conocidas desde hace décadas. Personas inteligentes, desde Masaryk hasta Sartre, las han analizado con gran claridad. Lo nuevo, en el mejor de los casos, es el hecho vergonzoso de que el antisemitismo que pretende ser mero antisionismo tenga sus defensores más desenfundados en el campo político del que menos se sospecharía que tuviera sentimientos antisemitas: la *izquierda* política. No es que la derecha política haya dejado de ser antisemita. Pertenece a la categoría a la que antes me referí como los “filisteos”. Como siempre, los de la derecha están dispuestos a ofrecer a los judíos una tolerancia cautelosa, en el mejor de los casos, y es probable que se involucren en una cruda violencia antisemita, en el peor. Sin embargo, con la excepción de los viejos nazis con carnet de identidad, no se atreven (todavía) a dar un paso adelante con la franqueza suficiente para permitir que se defina su postura. Parecen andar con rodeos en torno a un tema candente de ayer pero que por ahora no es más que tibio, confiados en que finalmente les llegará su hora.

¿Llegará su hora? ¿Es posible que ya haya llegado? Estas preguntas solo pueden responderse con la mayor cautela. Evidentemente, las profecías están fuera de lugar, pero es sin duda legítimo expresar nuestras preocupaciones. Empecemos por el hecho incuestionable de que los izquierdistas son hoy los más elocuentes defensores del antisionismo en toda su brutalidad. Esto empieza por la organización juvenil de los socialdemócratas alemanes, que

está presionando vigorosamente a los camaradas más veteranos del partido para que emitan declaraciones antisionistas, y se extiende hasta los comunistas soviéticos ortodoxos, los maoístas, los trotskistas y varios grupos sectarios de izquierdistas radicales independientes. El modo en que los soviéticos tratan a sus ciudadanos judíos es bien conocido en todo el mundo. Al igual que los nazis antes que ellos, creen que todos y cada uno de los judíos están enredados en una conspiración mundial sionista-imperialista. La Nueva Izquierda que opera fuera de la esfera de influencia soviética, en la medida en que es genuinamente independiente de los soviéticos (de lo que no estoy completamente convencido), comparte la percepción soviética, aunque la articula de una manera terminológicamente más refinada, que no por ello es menos radical. Hay que tener en cuenta que los terroristas europeos suelen recibir entrenamiento en el uso de armas soviéticas en los asentamientos palestinos llamados eufemísticamente “campos de refugiados” y que los secuestradores antisionistas suelen encontrar refugio en países árabes alineados con los soviéticos una vez concluido su trabajo. Están unidos en su negativa, una y otra vez, a profesar su antisemitismo, y estoy perfectamente dispuesto a admitir que no están motivados conscientemente por un resentimiento antisemita o, para ser más precisos, que no reconocen sus sentimientos antisemitas como tales. Sin embargo, su convicción de que son antisionistas, motivados por las injusticias perpetradas, en su opinión, contra los palestinos y no, en ningún sentido convencional, antisemitas evidentemente no es tan profunda. Porque incluso un mínimo de probidad intelectual bastaría para permitirles apreciar que todos y cada uno de los judíos sienten una especie de vínculo existencial con el Estado de Israel y su existencia soberana, independientemente de si pertenecen o no a la comunidad religiosa mosaica, independientemente de si apoyan o rechazan el sionismo.

Hay dos razones para ello, ninguna de las cuales tiene nada que ver con la metafísica, un sentimiento neurótico de elección o el racismo. El Estado de Israel es una comunidad que ha enseñado a los judíos a no dejarse impresionar por los antisemitas. Es el país donde el judío no es un usurero sino un agricultor, no un pálido amo de casa sino un soldado, no un comerciante al por mayor sino un artesano. Gracias al Estado de Israel, los judíos de la Unión Soviética y de los Estados Unidos, de Francia y de cualquier otro lugar adonde los hayan llevado los vientos de la diáspora, han comprendido que son seres humanos como todos los demás. Ni más ni menos. La segunda razón, no menos clara, del apego de los judíos al pequeño Estado de Oriente Medio es la siguiente: durante dos milenios estuvieron en peligro y dependieron de la mirada de los no judíos. En ocasiones se beneficiaron de la buena fe de estos. Más a menudo, fueron víctimas de su manifiesta mala voluntad. Como nubes oscuras de tormenta, se cernía sobre ellos la amenaza de la expulsión, de una muerte humillante, a la que no tenían ninguna posibilidad de resistirse. Y en el Tercer Reich, una de esas nubes de tormenta acabó provocando la catástrofe más espantosa sobre los judíos. Desde que existe el Estado de Israel, los judíos tienen un asilo virtual al que recurrir, pase lo que pase. Subrayo el término *virtual*. Después de todo, la historia no se repite como una película en un bucle sin fin, y el ascenso de otro Hitler es extremadamente improbable. Los judíos de los Estados Unidos, por ejemplo, para gran frustración de los sionistas radicales y del gobierno israelí, no muestran ninguna intención seria de cambiar la tierra de leche y miel por la tierra árida, polvorienta y pedregosa de Israel. Los judíos de Francia son judíos franceses de la misma manera que los judíos de Alemania fueron judíos alemanes en su momento. Si se les concedieran los plenos derechos de los ciudadanos soviéticos, incluso los judíos soviéticos que

quisieran emigrar al Estado completamente ajeno de Israel serían pocos y distantes entre sí.

Lo que a todos ellos les importa es la *posibilidad* de contar con un asilo potencial. Todo aquel que haya perdido su hogar y haya vagado por el mundo en busca de un refugio lo entenderá. ¿Es ilógico esperar que los jóvenes izquierdistas, que en general son expertos en sociología y psicología, sean especialmente capaces de empatizar con la situación de un grupo de seres humanos que han sido humillados durante dos milenios? Si la mayoría de ellos han recibido una educación superior y han adquirido algún conocimiento de la historia, ¿no deberían ser ellos precisamente capaces de comprender que la cuestión palestina solo requiere una solución técnica? El Estado judío, por el contrario, azotado como está por tanto odio, si se hundiera, no les dejaría a sus habitantes más que el cuchillo de matar de sus oponentes, oponentes cuya socialización ya los ha preparado para el asesinato de los judíos. Estoy convencido, aunque no puedo demostrarlo, de que los antisionistas/antisemitas de izquierdas tienen en realidad una idea clara de todo esto, pero la reprimen. Este proceso de represión, que culmina en su indiferencia hacia el destino catastrófico de los judíos, en realidad nos lleva de vuelta al antisemitismo trillado de los filisteos, que equivale a poco más que una forma de necedad cuando las cosas van bien, pero allana el camino para el tipo de bestialidades que hemos presenciado cuando las cosas se ponen difíciles. Es absolutamente trágico que en esta cuestión la izquierda esté obedeciendo a sus oponentes, en parte debido a su insensatez y su obstinación ideológica, y en parte, diría yo, como resultado de una extendida y duradera tradición antisemita europea. Dado el patetismo histórico y moral con el que se presenta, la nueva forma de antisemitismo es mucho más peligrosa que el antiguo antisemitismo, el antisemitismo de los filisteos, al que tanto se empeña en servir.

En efecto, estamos tratando en este punto con una *dialéctica*. Ya es hora de que los dialécticos profesionales reconozcan esto y recuperen su capacidad de posicionarse de una manera digna de su humanidad.

Shylock, el *kitsch* y el peligro*

La estupidez no es invariablemente inofensiva. La basura que no se atreve a pronunciar su nombre se convierte en *kitsch*, es decir, en arte que no es nada. Se trata de Genet *sans génie*, de un pseudo-París que ha descendido sobre Frankfurt, de un Georges Bataille sin digerir, de transgresiones a precio de ganga y de una ingenua inyección del Berlín de *La ópera de los tres centavos*¹. Para colmo de males, todo el relato se recita de forma bastante ridícula, como si se tratase de una obra de Büchner. Consérvelo, junto con sus otros tesoros². Si no fuera por su antihéroe manifiesto, *el judío rico*, esta obra de Fassbinder no merecería ninguna atención³.

¿Es esta una obra antisemita? Difícilmente. No hace falta decir que Fassbinder no tenía más intención de escribir algo antisemita que el novelista mucho más serio Zwerenz, en cuyo libro sobre la inhabitabilidad lunar de

* „Shylock, der Kitsch und die Gefahr“, *Die Zeit*, 1976 (N. del T.)

¹ Referencia a obra de Bertolt Brecht “La ópera de los tres centavos”, la cual fue estrenada en 1928 (N. del T.)

² Probablemente, aquí se hace referencia un verso del drama de Schiller *Intrigas y amor*. Allí, en la segunda escena del segundo acto, un ayuda de cámara le trae a una de las protagonistas un regalo del Duque, y después de sugerir que el regalo del Duque ha costado la presencia de sus hijos en la guerra, el ayuda de cámara rechaza el dinero que ella le ofrece como recompensa por sus servicios, devolviéndoselo con desprecio. Schiller, F. (1985). *Intrigas y amor*. Editorial Planeta (N. del T.)

³ Fassbinder, R. W. (1976). „Der Müll, die Stadt und der Tod“, *Stücke* 3. Suhrkamp (N. del T.)

Frankfurt se inspiró⁴. El judío rico de Fassbinder está presentado de una manera menos tendenciosa que *El mercader de Venecia* de Shakespeare, *El Judío de Malta* de Marlowe o el *Jud Süß* de Hauff. De hecho, si no fuera por la estupidez antes mencionada de toda la obra, este ladrón adinerado de Frankfurt emergería básicamente como la figura trágica de la obra, y lo trágico, como es bien sabido, trasciende las categorías morales. Es obvio que Fassbinder no es antisemita, pero como autor de esta obra es un mal dramaturgo; está, y esto, para los fines de nuestro análisis, es el *quid* de la cuestión, carente de visión psicológica y filosófica y procede de una manera ahistórica. Lo que la obra ensaya pezosamente y encarna en la figura del judío rico no tiene nada que ver con Frankfurt. Es cierto que, como me acaban de decir, en Frankfurt hay criminales de origen judío. También hay criminales judíos en Tel Aviv, donde las autoridades persiguen sin piedad a los delincuentes de este tipo que comercian con propiedades y prostitutas. Pero ¿qué significa eso: delincuentes judíos? No mucho. Puedo imaginar fácilmente una forma de indignación periodística o literaria dirigida a quienes actúan en detrimento de la ciudad en la que la palabra *judío* no figura, no porque algún tabú lo prohiba, sino por la sencilla razón de que la extracción judía de estos criminales no tiene nada, absolutamente nada, que ver con los estragos que causan. De hecho, en la medida en que alguna vez fue algo más que un mito *vacío*, un espectro esquelético, el “judío rico” hace mucho que dejó de funcionar como un contrapunto empíricamente fundamentado para la proyección de invenciones ficticias. Si la obra hubiera sido verdaderamente realista y hubiera nombrado al delincuente que permanece anónimo en la obra, sin mostrar temor al juicio por difamación que probablemente se habría desatado, entonces y solo entonces

⁴ Zwerenz, G. (1973). *Die Erde ist unbewohnbar wie der Mond*. Fischer Verlag (N. del T.)

habría sido legítimo referirse al “judío X”, aunque con maestría psicológica y sentido de responsabilidad histórica.

¿Se trata de un caso de “fascismo de izquierdas”? Recomendando cautela. No voy a empezar a argumentar a viva voz que “la nieve es negra” solo porque Joachim Fest sugiera que la nieve es blanca⁵. No veo ningún “fascismo de izquierdas” en la obra de Fassbinder. Sin embargo, temo que esas toscas nulidades den impulso a un antisemitismo *latente* y generalizado que a menudo se disfraza de antisionismo, que no es en absoluto un privilegio de los alemanes. Incluso una obra shylockiana fracasada puede fomentar tendencias antisemitas, empezando por las del aquelarre filisteo y siguiendo hasta el seminario de posgrado y la comuna. Un autor inteligente lo habría apreciado. Fassbinder es joven. No es culpa suya, como yo no puedo atribuirme el mérito de mi avanzada edad. No se le puede reprochar que no haya vivido el nacionalsocialismo, pero podría haber obtenido fácilmente los documentos pertinentes que le habrían permitido reconocer que no se debe jugar con un fuego que exuda gases tóxicos.

El autor que encontramos en *Der Müll, die Stadt und der Tod* no es un perseguidor de judíos. Quienes conocen la escena alemana (y supongo que debo creerles), me aseguran que tampoco es izquierdista. Pero no tiene ni idea, y el tipo de “anticapitalismo” que se presenta en esta obra es tan simplista que podría llevar al propio Sartre a los brazos de Raymond Aron. El hecho de que Fassbinder no haya op-

⁵ Tras la publicación de su aclamada biografía de Hitler en 1973, el historiador y periodista Joachim Fest se convirtió en uno de los editores del periódico de centroderecha de Alemania Occidental *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, donde publicó su dura crítica de la obra de Fassbinder el 19 de marzo de 1976 (*N. del T.*)

tado por el “ciudadano rico de Dusseldorf”, en comparación con el “judío rico” es un indigente, y haya optado en cambio por sacar del armario a la desgastada figura de Shylock es lo más alejado del socialismo, lo más “derechista” que se puede ser. Sin embargo, lo que sí vale la pena señalar y enfatizar es esto: los diletantes marxistas que se presentan obstinadamente como “izquierdistas”, los *homines ludentes* de la revolución, no están exentos de responsabilidad por esta tontería. Al fin y al cabo, son la caja de resonancia a la que el autor está jugando, presumiblemente sin darse cuenta de que, en realidad, ha escrito su espectáculo shylockiano para la casa alemana, una casa cuyas paredes marrones han recibido, en el mejor de los casos, una mano de pintura nueva. Piensen lo que piensen Fest o la izquierda, se trata de una jugada peligrosa. Los perdedores de este juego son aquellos que se identifican con una izquierda auténtica y tienen que presenciar cómo el aquelarre de los filisteos, que en última instancia es tan opuesto a la izquierda como antisemita, saca provecho de la jugada al mismo tiempo que los poderes fácticos, con la conciencia serena del antisemita de ayer y de hoy, hacen un negocio lucrativo comerciando con los árabes.

Tanto Fassbinder como Fest se burlan de los eternos perdedores de la vieja izquierda genuina, a quienes no les va bien mientras siguen llamando a las puertas de los sordos. No tienen ningún interés en que se retire esta obra. Lejos de eso. Estaban ansiosos por observar si los alemanes hubiesen reaccionado como ellos esperaban. Porque todo lo que todavía pueden hacer, mientras se van y hasta que se vayan, es observar y seguir observando.

Antisemitismo virtuoso

Discurso por la Semana de la Hermandad*

Vengo a hablarles sobre la cuestión judía en un momento en que parece haber resurgido a escala mundial, por lo que no son tiempos propicios para las reflexiones que quiero compartir con ustedes. Esta es, pues, la Semana de la Hermandad Judeocristiana¹. Pero ¿dónde están los hermanos? Si fuera más cínico, podría citar al matemático y cantante estadounidense Tom Lehrer, quien, hace algunos años, con ocasión de una “Semana de la Hermandad” estadounidense, cantó: “Y los católicos odian a los protestantes y los protestantes odian a los católicos y los musulmanes odian a los hindúes... y todo el mundo odia a los judíos”. Afortunadamente, todavía no hemos llegado al punto en que los judíos, como grupo étnico y comunidad religiosa, sean objeto de una forma generalizada de odio ardiente. Aun así, ese punto *no está tan lejos* como suponen los optimistas. Lo que ya se puede constatar es un sentimiento general de malestar con respecto a los judíos. Las dudas, incluso, quizás sobre todo, de quienes hace tan solo diez años se presentaban de manera bastante aburrida como filosemitas, se han hecho palpables de manera inquietante. El antisemitismo puede basarse en una infraestructura colectiva histórica y psicológica y profundamente arraigada. Si actualmente se

* „Der ehrbare Antisemitismus: Rede zur Woche der Brüderlichkeit“, *Merkur* 30(7), 1976, pp. 532-546 (N. del T.)

¹ La Semana de la Hermandad (*Woche der Bruderlichkeit*) es un evento para la cooperación judeocristiana en Alemania que se lleva a cabo anualmente en marzo desde 1952 (N. del T.)

está reinventando, tres décadas después del descubrimiento de las acciones de los nazis, esto se debe no solo al tiempo transcurrido desde entonces y que está erosionando silenciosa e incesantemente la indignación ética, sino también, y quizás principalmente, a los acontecimientos en Oriente Medio. Lo que más nos horroriza es que sean los *jóvenes*, y sobre todo aquellos que se consideran socialistas en el sentido más amplio de la palabra, quienes pongan a prueba nuestra credulidad recurriendo a ese odio antiguo que se considera obsoleto desde hace mucho tiempo. Tomemos como ejemplo el debate actual en el seno de la Segunda Internacional, que tradicionalmente ha mostrado una buena disposición hacia los judíos y ha apoyado a Israel. Los jóvenes socialistas, para quienes los palestinos son hoy los luchadores por la libertad y los israelíes los opresores imperialistas, exigen que la Segunda Internacional se distancie de Israel. Para la Tercera Internacional, esto no hace falta decirlo, ya que considera a Israel como un tumor canceroso imperialista y a los judíos en general como cómplices permanentes de la conspiración capitalista. Su líder, la Unión Soviética, dio las órdenes y la Tercera Internacional hizo lo mismo.

Se podría objetar que Israel no tiene nada que ver con el problema judío en general. Todo esto no es una cuestión de *antisemitismo*, sino de *antiisraelismo*. Esta objeción es fácil, en realidad, demasiado fácil de rechazar. Permítanme citar al filólogo alemán Hans Mayer, un hombre con un profundo conocimiento del marxismo. En su notable libro *Outsiders*, escribe:

quien ataca al sionismo, pero de ninguna manera desea decir nada contra los judíos, se está engañando a sí mismo o a los demás. El Estado de Israel es un Estado judío. Quien quiera destruirlo, ya sea abiertamente o mediante una política que no puede sino conducir a su aniquilación, está haciendo gala del odio antijudío que nos acompaña

desde tiempos inmemoriales. La medida en que esto se refleja en la interacción entre la política interior y exterior se demuestra en las políticas interiores de los actuales Estados antisionistas, que parten de la premisa de que sus propios ciudadanos judíos son sionistas virtuales y los acosan en consecuencia².

Recientemente, mientras leía el diario francés *Le Monde*, como hago todos los días, me sorprendió hasta qué punto el antisionismo se nutre de las tradicionales alucinaciones antisemitas y antijudías. En este número en particular, el corresponsal especial del periódico para Oriente Medio, Michel Tatu, citó un artículo de fotos publicado por el gobierno egipcio para conmemorar el segundo aniversario de la Guerra del Yom Kippur. El pasaje en cuestión explicaba que “en todo el mundo, no se quiere que los judíos entren en el ejército... porque siempre priorizan el dinero por sobre los principios... Los usureros no son guerreros”. Uno debería resistir la tentación de reírse del hecho de que ésta es la voz de un país que fue rescatado solo por la enorme presión ejercida sobre Israel por los Estados Unidos cuando llegó el momento decisivo en octubre de 1973. Pero lo más importante, como señaló Tatu, es que estos comentarios fueron, relativamente hablando, de carácter moderado. En los países árabes “más duros”, como Siria, Irak o Argelia, la retórica predominante era mucho más agresiva. Sobra decir que todo esto ya no tiene la menor semejanza con las disputas territoriales “normales” entre Estados soberanos, como el conflicto entre Argelia y Marruecos, por ejemplo. Es puro *streicherismo*, antisemitismo del tipo más reprensible y del más idiota. Pero, por desgracia, hay que tener en cuenta que causas a la vez reprensibles e idiotas han triunfado más de una vez en la historia mundial y que

² Mayer, H. (1984). *Outsiders. A Study in Life and Letters*. MIT Press, p. 394 (N. del T.)

no se puede confiar en las afirmaciones en contrario de un tal profesor Georg Wilhelm Friedrich Hegel.

Los jóvenes se alinean con gusto, siempre que se disfrace de antisionismo, con ese antisemitismo reprehensible e idiota. No se trata de un puñado de jóvenes engañados por sus padres y abuelos nazis irredentos, sino de supuestos socialistas. Y nadie se opone a ellos con la suficiente energía. Al contrario. La burguesía, ya sea en Alemania, en Francia o en Bélgica, respira aliviada al poder marchar por una vez al mismo ritmo que una generación joven a la que, en general, considera una molestia, dadas sus predilecciones antiautoritarias. Aparte de su propio antisemitismo latente, profundamente arraigado, la burguesía persigue sus propios intereses creados, que coinciden de manera perfecta y gratificante con el antisemitismo irreflexivo de los jóvenes, la mayoría de los cuales nunca han conocido personalmente a un judío. Está interesada en el comercio, sobre todo en el petróleo. Ya es hora de “ponerse del lado correcto”, como dirían estas personas. Las corporaciones multinacionales que en todas las democracias occidentales, contraviniendo la ley pero en total conformidad con los principios comerciales, están más que felices de cumplir con las demandas árabes de boicot, saben muy bien *que les affairs sont les affairs*. Suponiendo que hayan oído hablar del concepto, ellos también están contentos de actuar con espíritu objetivo por una vez. Así, el antisemitismo se está convirtiendo en lo que, desde que se revelaron las atrocidades nazis, ya no era ni podía ser: una *virtud*.

Sin duda, el antisemitismo *en sí mismo* podría haber encontrado más difícil recuperar su nivel actual de respetabilidad si no fuera por el vínculo profundo y, si se me permite utilizar este término tan abusado, *existencial* entre los judíos, cada uno de ellos, y el Estado de Israel. Debo matizar inmediatamente mi afirmación de que esto concierne a

“cada uno de ellos”. Dondequiera que miremos, por supuesto, encontraremos un puñado de judíos que se odian a sí mismos obedientemente y que, al servicio de alguna fantasía ideológica o de una “objetividad” igualmente ilusoria y suicida, están dispuestos a cuestionar este sentido de solidaridad, aun cuando también se aplica a ellos. Dejando aparte estos casos especiales, que tienden a requerir compasión en lugar de condena, un vínculo une a los judíos, independientemente de que sean religiosos o no, de que apoyen o rechacen el sionismo, de que hayan llegado a sus países de acogida hace poco o se hayan establecido allí hace mucho tiempo, con las fortunas y desgracias de Israel. Yo mismo soy un caso bastante típico. Nunca he pertenecido a ninguna comunidad religiosa judía y fui educado como católico. No tengo parientes en Israel, y mi próxima visita allí será la primera. Vengo de una familia que se había establecido hace mucho tiempo en Vorarlberg. Alemania fue en su día mi patria cultural; Francia la ha sustituido desde entonces. Vivo en Bélgica desde hace treinta y ocho años. Y, sin embargo: si hay un Estado y una comunidad en la Tierra cuya existencia e independencia me preocupan de verdad, es Israel. Sobra decir que esto no es consecuencia de extrañas nociones míticas sobre lazos de sangre y pertenencia racial. El punto crucial es este: la existencia de un Estado judío cuyos habitantes no son solo comerciantes sino también agricultores, no solo intelectuales sino también soldados profesionales, que no son los “usureros” de los que habla el nuevo Egipto, a pesar de toda la evidencia empírica en contrario, sino, en su mayor parte, artesanos y proletarios industriales o agrícolas, ha enseñado a los judíos de todo el mundo a mantener la cabeza en alto. La URSS y sus Estados vasallos han hecho todo lo posible para eliminar del marxismo-leninismo a los

judíos. Basta pensar en el destino de Leopold Trepper, antiguo jefe de la organización de inteligencia *Rote Kapelle*³, un marxista convencido de pies a cabeza que, al ser expulsado de su patria polaca, finalmente buscó refugio en Israel.

Lo que me lleva a la cuestión del refugio, pues lo que está en juego no es solo el andar erguido de los judíos. Israel no es solo el país en el que el enemigo ya no imprime en el judío la imagen que tiene de sí mismo, como describe Sartre, sino que es también el refugio virtual de todos los judíos humillados y difamados del mundo entero. Un ejemplo de ello son los judíos de la Unión Soviética y de los países del Pacto de Varsovia, para quienes, dada su desesperación, un visado de salida hacia Israel representa la última esperanza que les queda de poder llevar una vida digna y en un ambiente de civilidad. Subrayo que esta esperanza es *virtual*. Si sus derechos como ciudadanos soviéticos ya no se vieran limitados, solo un pequeño porcentaje de judíos soviéticos presumiblemente querría establecerse en Israel, de la misma manera que solo unos pocos judíos estadounidenses están dispuestos a mudarse al país mediterráneo que Thomas Mann describió como “polvoriento y pedregoso”⁴. Sin embargo, la existencia de este refugio virtual es de importancia crucial. La opción de refugiarse en Israel, en caso de que algún siniestro demonio decidido a expulsar a los judíos apareciera en algún lugar, una opción que las autoridades durante el mandato británico negaron a muchos de los judíos que huían de Hitler, vincula a todos y cada uno de los judíos con el destino de este pequeño

³ La *Rote Kapelle* (Orquesta Roja) es el nombre general dado por la Gestapo a los grupos independientes del movimiento de Resistencia antinazi y las redes de inteligencia que estaban en contacto con la URSS y operaban en países europeos ocupados por los nazis y en la propia Alemania, durante la Segunda Guerra Mundial (N. del T.)

⁴ Mann, T. (2021). *José y sus hermanos*. De Bolsillo (N. del T.)

Estado en Oriente Medio. Me pregunto qué harían los señores Maxime Rodinson, Ernest Mandel o Eric Rouleau, todos ellos judíos antiisraelíes ideológicamente alienados, si se vieran amenazados por un nuevo Hitler. Se presentarían en un consulado israelí, suplicando lastimeramente los documentos que les permitirían salvar su pellejo y ya no les importarían un bledo los comentarios antisemitas y equivocados de Marx, que actualmente siguen formando parte de su canon. Esto es todo lo que diré sobre lo que he llamado el *vínculo existencial* que une a todos los judíos con el Estado de Israel, un vínculo que no tiene nada que ver con alguna forma nacionalista o religiosa de misticismo, que de hecho sería completamente ilusoria. Mi discusión se basa en hechos políticos, sociales y psicológicos muy reales.

Ya puedo oír las objeciones: “¿Qué pasa con los árabes? ¿Qué pasa con su Estado? ¿Qué pasa con su dignidad nacional?” Escucho estas preguntas, y son preocupaciones legítimas que deben abordarse. No soy un experto en Oriente Medio y no sé más de la historia del sionismo que cualquier persona que lea los periódicos. Sin embargo, mis limitados conocimientos son suficientes para permitirme sacar una serie de conclusiones que tanto los que dependen de su sentido común como los expertos en la materia encontrarán igualmente plausibles, siempre que su perspectiva no haya sido distorsionada por preocupaciones ideológicas. Los palestinos, que no existían como grupo nacional cuando llegaron los primeros inmigrantes sionistas a lo que hoy es Israel, están ahora emprendiendo el proceso de construcción de una nación y *tienen derecho* a su propio Estado. Los árabes que viven dentro de las fronteras de Israel, como vivían antes de la Guerra de los Seis Días, *tienen derecho* a no ser tratados como ciudadanos de segunda clase. Como ya he dicho en otras ocasiones, en este conflicto *se oponen unas reivindicaciones legítimas a otras*.

Aun así, no hay que perder de vista que, *en principio*, no presentaría dificultades insuperables atender las reivindicaciones de los palestinos, los que viven dentro de las fronteras originales de Israel anteriores a 1948 y los que fueron desplazados de sus hogares por las guerras de las que sus hermanos árabes son seguramente en gran medida responsables. ¿Qué haría falta? Necesitamos que los primeros sean ciudadanos israelíes leales y que los segundos acepten definitivamente y sin reservas la existencia del Estado nacional judío. Todas las demás cuestiones son de naturaleza puramente técnica y, por lo tanto, podrían resolverse con una dosis razonable de inteligencia y buena voluntad. ¿Y qué, finalmente, necesitaríamos del público que, en todo el espectro, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, condena tan fácilmente a Israel en nombre del derecho a la autodeterminación nacional y a la identidad nacional? Basta con reconocer el hecho evidente de que el tan difamado movimiento sionista también es un movimiento de liberación nacional y que los judíos, que son el pueblo más atormentado y trágico de la Tierra, también tienen derecho a su identidad nacional, suponiendo, claro está, que la estén buscando. Otra posibilidad es que, tanto en términos religiosos como étnicos, se hayan fusionado plenamente con las sociedades que los acogen. Esta también es una solución perfectamente respetable, aunque obviamente se necesitan dos para que funcione: la voluntad de fusionarse debe ir acompañada de la voluntad de absorber a quienes tienen la intención de fusionarse.

La alarmante banalidad de todo esto no lo hace menos cierto. Contrariamente a la perversa afirmación de Adorno de que lo banal no puede ser verdad⁵, de hecho *siempre lo es*. ¿De qué otra manera lo banal se habría convertido en

⁵ Adorno, Th. W. (2009). "Opinión, locura, sociedad", *Crítica de la cultura y la sociedad*. Ediciones Akal, pp. 505-523 (N. del T.)

algo común? Repito: en el conflicto de Oriente Medio, *una reivindicación legítima se enfrenta a otra reivindicación legítima*. Debo añadir, sin embargo, que *ambas partes no están en igual medida en peligro*. Ya sea bajo la apariencia del déspota saudí que hace circular los *Protocolos de los Sabios de Sion*, el obsesionado por la religión Gadafi, el aparentemente “moderado” Sadat o el autoproclamado marxista Habash, el hecho es que la nación árabe está empeñada en erradicar el Estado de Israel, de forma muy similar a lo que Herr Göring alguna vez quiso hacer con las ciudades inglesas. Es igualmente indiscutible que no hay nadie en este planeta que dé la voz de alarma si fuera inminente un nuevo genocidio. ¿Nadie en absoluto? Obviamente, esto no es del todo cierto. Hay, por ejemplo, figuras públicas como Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, ampliamente reconocidas como lacayos del imperialismo, que han cuestionado las decisiones desvergonzadas de la ONU y la UNESCO⁶. Y hay un puñado de otros como ellos, pero no tienen poder. Allí donde reside el poder, desde la Casa Blanca en Washington hasta el Palais d’Elysée, desde Downing Street hasta el Kremlin, donde hace tiempo que se ha olvidado que la mayoría de quienes forjaron la vieja Rusia como patria de todos los proletarios eran judíos, uno, para no andarse con sutilezas en el lenguaje diplomático, se complace en defender los “derechos de los árabes”, que se pueden medir en petrodólares, mientras vende los derechos de los judíos, que, después de todo, han sido la eterna pesadilla de los pobres, por unas cuantas monedas de plata.

Esta clase de *realpolitik* (en Francia se utiliza el término *realpolitik* para designar un oportunismo despreciable) se está filtrando inexorablemente en el sistema circulatorio de

⁶ Simone de Beauvoir se opuso firmemente a la decisión de la Asamblea General de la UNESCO de 1974 de excluir a Israel de un grupo de trabajo regional porque había realizado excavaciones arqueológicas (N. del T.)

lo que llamamos opinión pública, que, como sabemos por la investigación sociológica, consiste únicamente en opiniones sobre opiniones. El comportamiento reciente de las denominaciones cristianas y del Vaticano en particular es un ejemplo claro de este cambio en la opinión pública, que no hace mucho tiempo estaba bien dispuesta hacia los judíos e Israel. El "diputado"⁷ no pierde oportunidad de expresar sus simpatías hacia los palestinos, pero, hasta donde yo sé, nunca protestó cuando se mutilaron cadáveres de cristianos en el contexto de la guerra civil libanesa y permaneció en silencio cuando comandos palestinos asesinaron a jóvenes judíos.

En febrero de 1976, en una reunión entre cristianos y musulmanes que tuvo lugar nada menos que en Trípoli, la ciudad de Gadafi, los representantes del Vaticano, pese a cierta inquietud inicial, suscribieron con servilismo una condena generalizada de Israel, que bien podría haber sido formulada por el propio Gadafi. En ella se denunciaba una vez más al sionismo como una forma de racismo e incluía la siguiente declaración sobre Jerusalén: "El carácter islámico de Jerusalén ha quedado firmemente establecido... Deben evitarse la judaización, la partición y la internacionalización de la Ciudad Santa". Fue como una pesadilla, como si la pesadilla de una cruzada unida de musulmanes y cristianos contra Israel y los judíos se hubiera hecho realidad. Es cierto que el Vaticano renunció después al documento que sus representantes habían firmado inexplicablemente. Incluso fue un paso más allá: en una reunión de teólogos católicos y judíos en Jerusalén, Roma adoptó una posición que casi era de apoyo a Israel. Aun así, esto no borra de la memoria colectiva el diálogo de Trípoli. La retractación del Vaticano tampoco resta valor a lo que uno

⁷ Se trata de una referencia al drama de Rolf Hochhuth *El diputado* (1964), en el que cuestionaba el fracaso del Vaticano en actuar ante la Shoah (*N. del T.*)

de los interlocutores musulmanes en Trípoli dijo a los periodistas occidentales en una conversación privada: “El Vaticano está aislado”, dijo, “y depende desesperadamente de la buena voluntad del densamente poblado y extremadamente poderoso mundo musulmán”.

En efecto, es la fascinación por el poder lo que ha provocado el cambio de actitud. Dado que todo el mundo sabe lo arduo que es hacerlo, nadie quiere remar contra la corriente. Por eso, son pocos los que están dispuestos a profesar lo que ayer parecía evidente y hoy se considera descabellado. Hace apenas un momento parecía natural apoyar el derecho de los israelíes a tener su propio Estado. De repente, uno se da cuenta de que ese apoyo se ha convertido en una verdadera prueba de coraje. De hecho, mañana bien podría considerarse positivamente ofensivo. Ya se trate del hombre que tiene responsabilidad política, del periodista cauteloso o del interlocutor político interesado en la calle, todos miran a su alrededor con anticipación, como si quisieran preguntarse: ¿Con qué y cuánto de esto puedo volver a escaparme? A aquellos para quienes este proceso no puede avanzar lo suficientemente rápido, cualquiera que esté familiarizado con el tema y tenga cierta intuición para las vacilaciones de los que titubean constantemente se sentirá inclinado a ofrecerles la seguridad de que ya hay mucho con lo que no solo pueden escaparse, sino que se espera positivamente de ellos. Otros, demasiado inteligentes, expresan su alivio por el hecho de que se haya roto un tabú, ajenos a las fuerzas siniestras a cuyas órdenes están cumpliendo.

El problema, y con esto vuelvo a mi línea principal de argumentación, es que todo esto, la autoalienación de la izquierda, los intereses de las grandes empresas internacionales y los poderes fácticos, la malicia de los gobernantes y la exultante euforia de los gobernados y desheredados,

todo resuena con un mundo en el que, como siempre fue, el judío es quemado. Resuena con la expresión de lo que los nazis habrían llamado la “sana voluntad del pueblo” en Harlem (Nueva York), con las reuniones de filisteos en los Fürths del mundo, con el Café de Commerce en Dijon, con algún basurero abandonado al azar en Kent, y más aún con cualquier bazar árabe.

Permítanme, en este punto, hacer una digresión. Los partidarios de la causa árabe sostienen con frecuencia que en el mundo islámico, a diferencia del Occidente cristiano, los judíos siempre han coexistido pacífica y amistosamente con los musulmanes. Albert Memmi, un judío tunecino que vive en Francia y que ha defendido persistentemente la causa de los árabes del norte de África bajo el dominio francés, ha demostrado de manera bastante irrefutable en un libro profusamente documentado que no fue así en absoluto⁸. Bajo el régimen musulmán, los judíos siempre fueron ciudadanos de segunda clase. Allí donde lograron ascender en la jerarquía, como fue el caso en Al-Ándalus⁹, su estatus siguió siendo precario. En el mejor de los casos, se toleraba a los judíos, pero nunca se los aceptaba de verdad. Esto no ha cambiado. Es posible que un comunista que sea también un nacionalista árabe sea elegido alcalde de una ciudad israelí. Sin embargo, en Siria, Irak o incluso Túnez, que supuestamente es más moderado, todos ellos países donde los judíos que quedan no son menos autóctonos que sus opresores árabes, los pocos judíos que todavía viven allí son sometidos a humillaciones habituales y su existencia está bajo amenaza constante. El mundo cristiano no está más interesado en ellos que en los judíos soviéticos. En ambos casos, la vía de la asimilación total no es una opción,

⁸ Memmi, A. (1974). *Juifs et Arabes*. Gallimard (N. del T.)

⁹ El nombre árabe de la península Ibérica medieval bajo dominio musulmán (N. del T.)

como tampoco lo es la huida al país que ellos todavía consideran, incluso en circunstancias económicas extremadamente difíciles, la “tierra prometida”.

Siendo existencialista, positivista y ateo adamantino como soy, no se me ocurriría tratar la suerte de los judíos como una especie de cuestión metafísica. En lo que a mí respecta, los judíos no son más elegidos que maldecidos. No son más que el producto contingente de dos milenios de constelaciones históricas desfavorables. La historia de la especie humana es tan vasta que elude una reconstrucción exhaustiva. Según estos criterios, dos milenios constituyen un lapso de tiempo extraordinariamente breve. Me imagino a un hombre como Lévi-Strauss, que estudia las sociedades prehistóricas y sus mitos estructurales, sonriendo plácidamente y con un leve desdén ante procesos tan microtemporales, desde su perspectiva. Es de suponer que este miembro particular de la Academia Francesa se desengañaría de esta sonrisa solo si alguien golpeará con fuerza a su puerta y diera la orden brusca de que él, el judío, abriera inmediatamente y luego entrara. Si supusiera que eso no le podría pasar a él, estaría muy equivocado. Como es bien sabido, también Henri Bergson, un hombre de estatura aún mayor, se vio obligado a llevar la estrella amarilla hasta que la muerte tuvo la bondad de ahorrarle lo peor. No, los judíos y su existencia histórica no son cuestiones metafísicas. Como digo, son víctimas de la contingencia más que de la necesidad y de la misma “inercia del corazón” que ha conferido una miseria indescriptible al campesino medieval y al proletario en el orden capitalista desarrollado. Estoy utilizando conscientemente el término anticuado “*inercia del corazón*” porque resume mejor las cuestiones relevantes que incluso los estudios sociopsicológicos más ingeniosos sobre el tema. Aquellos de ustedes que son un poco mayores pueden recordar haber presenciado cómo, durante el Tercer Reich, la pereza del corazón

permitió que la gente se acostumbrara rápidamente al hecho de que sus vecinos judíos eran llevados en la oscuridad de la noche y deportados. Hoy, cualquiera puede observar cómo los corazones inertes se están adaptando al hecho de que tanto el mundo capitalista como el socialista están *aislando* a los israelíes y a los judíos afiliados a ellos, sin importar *dónde se encuentren*, y, al hacerlo, los están abandonando a la catástrofe que se cierne sobre ellos como una nube de tormenta. La cuestión de Oriente Medio se ha convertido de repente en una nueva cuestión judía, y sabemos por la historia cómo es la respuesta a esta cuestión. La manera cautelosa pero inequívoca en que todos se están alejando tanto de Israel como, con él, de todos los judíos, difícilmente sorprenderá a alguien que haya conocido corazones inertes antes. Los millones de judíos que fueron presentados como holocaustos — ¿y si en realidad no fueran seis sino “solo” cinco o incluso cuatro millones? — han sido pagados. Seguramente estos eternos tábanos deberían ahora callarse. Tenemos otros problemas: recesión, inflación, desempleo, problemas energéticos. Se dejó caer al desgraciado: la desgracia caerá sobre él¹⁰ y el mundo, a la manera de Poncio Pilato, se lavará las manos. El antisemitismo disfrazado de antisionismo ha llegado a ser visto como algo virtuoso. Este no es el lugar para discutir sus raíces. Todo el mundo las conoce y han recibido amplia atención. Solo quiero destacar lo que he observado en muchos programas de radio y televisión y artículos de prensa. Con un corazón inerte, uno pretende no saber de la *conexión existencial* entre el judaísmo de la diáspora e Israel. Uno se niega obtusamente a reconocer que esta unión de desesperación no es una locura fantástica, sino que simplemente refleja el hecho de que el judío que alguna vez fue

¹⁰ Probablemente esta es una referencia a *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe, libro II, capítulo XIII (N. del T.)

mordido sabe en lo más profundo de su corazón dónde encontrar la sala de emergencias más cercana y la única dispuesta a tratarlo.

El antisemita virtuoso tiene una conciencia envidiablemente limpia y un carácter perfectamente sereno. Su paz mental se ve reforzada por el hecho de que sabe que va al compás del desarrollo histórico. Si de vez en cuando despierta de su estupor, plantea ritualísticamente las preguntas habituales. ¿No es Israel un Estado expansionista, un puesto de avanzada imperialista? ¿No ha sido él mismo el causante de las adversidades que enfrenta por todos lados, dada la “inflexibilidad” de sus políticas? ¿Acaso el pecado original del colonialismo no fue inherente a la idea sionista desde el principio, convirtiendo en culpable a todo judío que simpatiza con este país? No tiene mucho sentido tratar de discutir estas cuestiones. La expansión de Israel fue resultado del fanatismo árabe beligerante, que, a partir de 1948, no tuvo nada más que ofrecer a los judíos que la promesa de “empujarlos al mar”. El colonialismo judío no fue un colonialismo de conquista, sino que etimológica y políticamente se derivó del término latino *colonus*, agricultor. La “inflexibilidad” de Israel es la de alguien que se mantiene entre la espada y la pared. Es inflexible no por falta de esfuerzo, sino porque se le ha privado sistemáticamente de la opción de ser flexible.

No es que no sea consciente de los errores de la política de Israel, pero soy mucho más consciente y veo con profundidad que esos errores palidecen hasta llegar a una ridícula insignificancia cuando se los compara con la indiferencia real-política de otros, de los rusos y los británicos, los franceses y los alemanes, y probablemente también de los estadounidenses del mañana, por no hablar de los árabes, cuya evidente compulsión por celebrar su proceso de construcción nacional sacrificando a los judíos como

ofrenda quemada es inconcebible. Los altares apestan a sangre humana.

Todo esto está bien establecido, especialmente en lo que respecta a los judíos. El sacrificio del judío tiene un linaje considerable; es una tradición sagrada. Las costumbres no se rompen fácilmente. ¿Qué podría lograr, entonces, la Semana de la Hermandad que nos ha reunido? Debo admitir que no soy particularmente optimista a este respecto. Sin embargo, no soy solo pesimista por naturaleza, sino también un creyente de la ilustración por temperamento, y mi patria siempre ha estado bastante a la izquierda en el mapa político. Por eso no me dejaré disuadir de dirigir unas palabras a mis amigos de izquierdas. De todos modos, tengo pocas posibilidades de llegar a los de derechas. Incluso cuando se presentan como genuinamente proisraelíes, sigo siendo escéptico. Quiero subrayar que no dudo de que haya algunos conservadores sinceros, tal vez incluso antiguos nazis, que se toman en serio su amistad con los judíos y el Estado de Israel y cuya motivación no surge exclusivamente del deseo de exculparse, sino del hecho de que realmente han cambiado de opinión al respecto. Pero, como representante de la clase social a la que sirve, de la tradición que defiende y del legado político que transmite, la derecha no está en condiciones de desarrollar el tipo de actitud imparcial hacia los judíos que se podría esperar hoy en día. Sería absurdo conceder el beneficio de la duda a los círculos que financiaron a Hitler hace apenas unas décadas. Para ellos, el destino de los judíos es simplemente un argumento conveniente contra todo lo que se proponga desafiar a nuestra sociedad en su forma actual. No olvidemos que la calma a la que aspira la derecha es el silencio de la tumba y su medio preferido para mantener el orden, la opresión.

Los judíos, sin embargo, incluidos los judíos israelíes, y de hecho ellos en particular, son un elemento de *desorden fértil*. Allí donde se han derribado estructuras osificadas, allí estaban ellos: desde el movimiento de la Joven Alemania hasta el trabajo de la Escuela de Frankfurt en Alemania; como defensores del Frente Popular, luego como sartreanos y como estructuralistas en Francia; en el corazón del movimiento liberal en los Estados Unidos.

En lo que respecta a Oriente Medio, no cabe duda de que fueron los colonos judíos de Palestina y su intento de crear una sociedad democrática y socialista lo que despertó a la nación árabe de su profundo letargo feudal de siglos de duración. Dado que puede que sea un error, pero es esencialmente generoso, la izquierda debería tomar esto en consideración. No vale la pena pensar que los descendientes de personajes como Heine y Börne, de Marx y Rosa Luxemburg, de Erich Mühsam y Gustav Landauer sean los responsables de la proliferación de este antisemitismo supuestamente virtuoso, que es la *consecuencia inevitable del antisionismo rabioso* que plantea una amenaza letal para todo judío, sin importar dónde viva y con independencia de su orientación política. No se trata de una hipérbole. Basta con un poco de imaginación para considerar lo que ocurriría si Israel fuera destruido. Huyendo de la espada del profeta Mahoma, los supervivientes judíos, transformados de nuevo en los míticos judíos errantes, se dispersarían por todo el planeta, y el mundo reaccionaría de nuevo como lo hizo después de 1933, cuando Estados poco poblados como Canadá y Australia cerraron sus puertas a los judíos como si fueran portadores de la peste. Los judíos se verían obligados de nuevo a aceptar empleos ilegales y cuestionables y a realizar oscuras transacciones financieras para ganarse la vida. Ni siquiera como trabajadores invitados se los aceptaría, especialmente en tiempos de crisis. El público se vería absorbido por una versión consagrada de

la “cuestión judía”, que, si creemos a Sartre, nunca ha sido una cuestión judía y, de hecho, siempre fue una cuestión de antisemitas. Ningún comité de refugiados de la ONU podría conseguirles derechos de ciudadanía ordinaria en ningún lugar. El antisionismo habría muerto, sin duda, pero el antisemitismo crudo, rescatado de las profundidades más agudas del inconsciente colectivo y actualizado, volvería a transformarse, pasando de ser una constelación histórica contingente por convertirse en un mito, el mito de Ahasverus y Shylock.

Esto tendría dos consecuencias principales, y ya es hora de que las afrontemos ahora mismo. Sería la destrucción total de un grupo de seres humanos y equivaldría a la autodestrucción de lo que hasta entonces era la izquierda. Esta última ya está en marcha. Incluso ahora, estamos siendo testigos de cómo los grupos políticos que se declaran “izquierdistas” permanecen en silencio cuando un déspota ugandés reprehensible y paranoico comete un asesinato atroz¹¹; cómo no protestan cuando el gobernante absoluto de Libia promulga leyes que estipulan que las mujeres adúlteras deben ser lapidadas¹²; cómo no tienen nada que decir sobre el hecho de que no se ve por ningún lado a ninguno de los grandes *chefs historiques* de la revolución argelina. ¿Ben Bella? Simplemente ha pasado de las cárceles de los oficiales fascistas franceses a las de la “socialista” Boumédiène¹³. La izquierda sigue *callada*. Y cuando tiene algo que decir, su vocabulario es literalmente trastornado. Insiste obstinadamente en que los regímenes crueles de Libia

¹¹ En referencia a Idi Amin (*N. del T.*)

¹² En referencia a Muammar Gaddafi (*N. del T.*)

¹³ Tras el golpe militar que lideró contra el primer presidente de Argelia, Ahmed Ben Bella, Houari Boumédiène fue presidente del Consejo Revolucionario de Argelia de 1965 a 1976 y segundo presidente del país desde 1976 hasta su muerte en 1978 (*N. del T.*)

e Irak, donde también se encarcela ocasionalmente a comunistas, son “progresistas”. Sin embargo, en la mitología izquierdista, Israel, que no es un Estado ideal, por cierto, pero aun así una *Commonwealth* en la que se permiten actividades de oposición, incluso formas antinacionales de oposición, es un país “reaccionario”. El problema va mucho más allá de esa dialéctica inquietante con la que se puede justificar a todo y a todos. Es el truco de la bruja política. Consiste en una confusión conceptual total y en la pérdida definitiva de los estándares morales y políticos. Estoy sinceramente convencido de que la izquierda necesita reinventarse revisando el problema de Israel, es decir, el problema judío. ¿Sigue defendiendo valores humanistas? ¿Sí o no? ¿Su concepto de democracia sigue teniendo que ver con el sufragio universal y la libertad de expresión y de reunión, con los *droits de l'homme*, que, después de todo, nos acompañan desde la Revolución Francesa? ¿Acaso sigue considerando al *nacionalismo*, como siempre lo ha hecho, un error político nacido de la terquedad? ¿O lo considera ahora agradable allí donde lo dirigen los tiranos contra los judíos, pero injusto cuando los judíos, ante una presión insostenible, caen en su trampa?

No menos importante: ¿está la izquierda dispuesta a reconocer que la llamada democracia formal, si bien no puede desarrollarse plenamente a menos que se complemente con la democracia económica, debe ser, no obstante, su prioridad, ya que sin ella la democracia económica no puede establecerse? Para plantear la última pregunta, ¿la *justicia* sigue siendo un concepto vinculante para la izquierda? Ha sido su *raison d'être* desde sus inicios. Si la izquierda lo sacrifica para adherirse al fetiche de la revolución, se autodestruye. Lo cual nos lleva de nuevo a la cuestión de Israel y los judíos. Como Gromiko reconoció expresamente en su momento en nombre de la Unión Soviética, la creación de Israel fue un acto de justicia. Nadie puede

negar, por supuesto, que este acto de restitución implicó injusticias para los árabes, y no es mi intención ocultarlo. Aun así: la injusticia infligida a los árabes puede remediarse sin provocar un conflicto de importancia mundial. En realidad, no son personas sin hogar y poseen dos Estados: Jordania, donde constituyen la mayoría de la población, y Líbano, que controlan junto con Siria. Es cierto que Israel y los judíos del mundo deben ayudar a los árabes a recuperar sus plenos derechos, pero la destrucción del Estado judío, que es a lo que aspiran, abiertamente o no, todos los políticos árabes, desde la derecha hasta la extrema izquierda, desde el rey saudí hasta George Habash, sería una *injusticia irrevocable*.

Si estamos dispuestos a abordar la cuestión con objetividad, basta con echar un vistazo rápido a la historia para darse cuenta de ello. Es precisamente en este punto donde la izquierda, si quisiera reencontrarse a sí misma, tendría que emprender la importante tarea de liberarse de una serie de mitos y del vocabulario en cuyas garras se encuentra. Si retirara su apoyo incondicional a los árabes y renunciara a sus afirmaciones mecánicas, podría realmente hacer una contribución a la solución de la cuestión israelí y del problema judío por igual. No cabe duda de que la abrumadora mayoría de los judíos israelíes, dada la insoportable tensión que sufren, desea una reconciliación, y de que los judíos de fuera de Israel comprenden su posición. La nación árabe, fuerte y rica, tiene poco que temer. En un Oriente Medio en paz, los sueños de una Gran Israel desaparecerían por sí solos, al igual que el temor permanente que atormenta a la diáspora judía junto con la respuesta agresiva que genera. Los judíos deberían tener la libertad de elegir entre ambas opciones: asimilarse, de acuerdo con el espíritu de la Ilustración, en sus países de acogida o trasladarse a Israel, que aún tiene espacio suficiente, incluso dentro de

las fronteras de 1967, para dar cabida a lo que probablemente sería un número limitado de inmigrantes de todas las formas. Esto es lo que debería exigir la izquierda.

El punto crucial, en mi opinión, es que la izquierda, que bien puede ayudar a dar forma al futuro espíritu y rostro del mundo occidental, debería abandonar su antisionismo sistemático. Para los judíos y, por lo tanto, en un sentido históricamente objetivo, el antisionismo inevitablemente tiene los rasgos repugnantes del antisemitismo tradicional. Es casi vergonzoso la poca perspicacia que se necesita para comprender esto. Los jóvenes socialistas, comunistas, maoístas y trotskistas solo tienen que imaginar cómo sería si los que están en el poder les dijeran: "Nuestro problema no es con ustedes, sino solo con el bolchevismo mundial. No nos oponemos a su orientación izquierdista. Sin embargo, no pueden enseñar, no pueden ingresar en la función pública, no pueden celebrar asambleas públicas y, si forman partidos, estarían violando la ley". Debería resultarles bastante fácil imaginar esta situación y reconocer que su sentimiento antisionista moviliza una respuesta agresivamente sionista, por un lado, y el tipo de emociones antisemitas, por el otro, que han sido parte integral de la historia de Occidente y Oriente durante dos milenios y que son una opción tan latente hoy como lo fueron siempre. ¿Quién, si no la izquierda, debería intentar presentar este antisemitismo disfrazado superficialmente de antisionismo como una virtud a la que se le da la espalda con frialdad?

A diferencia de la derecha tradicional, que se centra en mantener el *statu quo*, la izquierda no tiene derecho a la inercia del corazón antes mencionada. No tiene derecho a la automistificación, a la mitología revolucionaria deformada, al idealismo alemán abstruso que Thomas Mann caracterizó una vez con estas palabras: "Si no sonara como

una condonación detestable, se podría decir que ellos [los nazis] cometieron sus crímenes por un idealismo soñador¹⁴. La *izquierda*, si entiende correctamente su papel, es *hija de la Ilustración*, de los enciclopedistas, de la gran Revolución Francesa, del impacto intelectual y poético de Lessing, Heine, Börne, Moses Mendelssohn y Feuerbach. Hoy más que nunca, deberían adherirse enfáticamente al sentimiento que Sartre expresó en una entrevista durante la Guerra del Yom Kipur: "Todo lo que sé es que en este conflicto se enfrentan tres millones de personas contra cien millones". También deberían prestar atención a otra declaración de Sartre, cuyo corazón, afortunadamente, todavía late a la izquierda, aunque en un cuerpo destrozado: "Ningún francés se hallará a salvo mientras un solo judío en Francia, y en el mundo entero, pueda temer por su vida"¹⁵. Sartre escribió estas líneas inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, en un momento en el que el olor a quemado de Auschwitz todavía estaba en el aire y nadie en su sano juicio se habría atrevido a violar los derechos de los judíos, ya fuera en Palestina, en Francia o en cualquier otro lugar del mundo. En aquella época, ningún judío tenía por qué temer por su vida simplemente por ser judío. El olor a quemado se ha disipado con el tiempo. En Israel, todo judío, por valiente que sea, debe temer por su vida. Y lo mismo debe hacer todo judío del mundo. Tal vez solo quienes hayan presenciado la furia homicida del Tercer Reich puedan apreciar o comprender esto genuinamente.

Damas y caballeros, el hombre que está ante ustedes fue testigo de esa furia homicida. No lo examinaron, como en el cuento de hadas de Hansel y Gretel, para ver si había engordado lo suficiente, sino para determinar si estaba lo

¹⁴ Mann, T. (1945). *Germany and the Germans*. Library of Congress, p. 14 (N. del T.)

¹⁵ Sartre, J-P. (2005). *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Seix Barral, p. 170 (N. del T.)

suficientemente flaco como para ser sacrificado. Apelo a su empatía, a la del mundo, pero sobre todo a su inteligencia cuando digo: el antisemitismo, incluso cuando se llama a sí mismo antisionismo, no es virtuoso. Lejos de eso. Es una "mancha en el honor" inerradicable de la humanidad civilizada.

Por favor, no tomen mis palabras como algo personal. Sé que, independientemente de su orientación política, quienes han venido aquí para la apertura de la "semana de la hermandad" lo han hecho con auténtica buena fe. ¿Por qué, si no, habrían venido? Sin embargo, dado que mis palabras pueden llegar más allá de los que estamos aquí reunidos y de nuestro acuerdo, en principio he optado por las formulaciones que han escuchado. El problema del antisemitismo milenario, que se presenta como algo virtuoso y de moda, va mucho más allá de lo que las relaciones entre cristianos y judíos podrían remediar. Afecta al mundo en su conjunto y a su historia. Dondequiera y cuando sea que los que estamos de acuerdo tengamos la más mínima oportunidad de intervenir con nuestras palabras en el proceso histórico que una vez más se está llevando a cabo contra los judíos, estamos obligados a hacer oír nuestra voz: moralmente, políticamente, polémicamente y con la fuerza emocional que corresponde a una buena causa.

Ahora que he estado en Israel

Desde entonces he visitado Israel por primera vez y no me arrepiento de nada. Vi un país en armas, un país tan vibrante como pobre. Las distinciones de clase son desconcertantes. En Tel Aviv, precisamente, pisé por primera vez una mansión de Hollywood. Vi árabes en los territorios ocupados y beduinos que son tan orgullosos como las leyendas nos hacen suponer. Son pobres, pero tienen radios

de transistores que les dan acceso a las voces de la Organización para la Liberación de Palestina. Hablé con judíos antisionistas de cabeza caliente que cuestionan los principios mismos en los que se basa el Estado de Israel. Sin embargo, esto no les impide ocupar puestos como profesores universitarios israelíes. Hablé con un *kibbutznik*¹⁶ de izquierdas que lleva allí cuarenta años y que hace tiempo que se ha transformado de intelectual en agricultor: un agricultor israelí judío que habla el alemán más puro que he oído en mucho tiempo. Me contó un chiste melancólico sobre Dios, que pregunta al arcángel Gabriel por su pueblo en Israel. “Están de buen ánimo”, respondió el ángel que portaba la espada. “Ay, Dios”, respondió el Señor, apoyando su cabeza atribulada en su mano, “temo que estén confiando en mí una vez más”. El granjero luego agregó en tono serio: “Tal vez todo termine en lágrimas. Pero el mundo tendrá que pagar un precio mucho más alto por nuestras pieles de lo que cree”. Lo que quería decir me quedó claro cuando posteriormente leí en la prensa sobre las armas nucleares de Israel...

¿Un pueblo de conquistadores? Es cierto que hay una minoría que quiere expandir su territorio y crear una Gran Israel. La abrumadora mayoría, sin duda, no lo quiere. Algunos interlocutores, muy preocupados, me hablaron de la “inflexibilidad” del gobierno y subrayaron la necesidad de un gesto unilateral de gran alcance. “¿Qué sentido tiene tender la mano”, se preguntan otros, “si nuestros vecinos están decididos a escupirnos en la mano, en el mejor de los casos, y a cortarla, en el peor?”. Me llamó la atención el ejemplo del Líbano, donde los árabes luchan entre sí con una brutalidad que ya no creíamos posible. Por casualidad

¹⁶ Un *kibutz* es una comuna agrícola israelí. Aunque existen empresas colectivas en otros países, en ninguno las comunas voluntarias desempeñaron el papel que los *kibutz* han supuesto en Israel; de hecho, los *kibutz* fueron esenciales para la creación del Estado de Israel (N. del T.)

me encontré con una alemana “aria” que se había convertido al judaísmo y estaba absolutamente convencida de que no era posible renunciar a la tumba de Raquel¹⁷. Y por casualidad también me encontré con unos chicos árabes preciosos que dicen shalom cuando piden limosna en Belén pero en los que ya se puede discernir la determinación del futuro nacionalista palestino para quien el shalom, la paz con los judíos, es inconcebible.

También vi la ocupación. No era una imagen bonita. Los ocupantes armados inevitablemente adoptan el aire de una raza superior. Sin embargo, cada vez que llevaba en mi auto a estos jóvenes guerreros israelíes, solo veía a unos miserables completamente exhaustos, desplomados bajo el peso de sus ametralladoras. Por cierto, y puede que sea pura coincidencia, o la coincidencia puede reflejar una verdad estadística, casi todos ellos eran judíos “negros”: sus padres habían venido de Túnez, Marruecos, Yemen, Irak e Irán. Uno de ellos, cuyos rasgos eran completamente negroides, incluso era de Libia. A modo de explicación, se limitó a decir: “Gadafi...”

Y vi a los fanáticos con caftanes en el Muro de los Lamentos, a quienes encontré extremadamente siniestros, dado lo que sé de su influencia subterránea, que pesa lo suficiente como para impedir que el gobierno acepte una internacionalización de todos estos lugares de superstición sin esperanza. El señor Kissinger, el trágico judío de Fürth, acecha en algún lugar en el fondo, encargado de implementar la política de poder estadounidense en la región. Las contradicciones de la situación son literalmente enloquecedoras, y sin embargo, muchos piensan que es completamente sencilla. Hablé con un soldado muy joven de

¹⁷ Se trata del lugar de enterramiento de la matriarca bíblica Raquel, que se encuentra a las afueras de Belén. De 1948 a 1967 estuvo bajo control jordano y administrado por el waqf islámico (*N. del T.*)

origen norteafricano que me dijo que le pagaban 150 libras israelíes (unos 60 marcos alemanes) al mes y que su familia era pobre. Cuando me compadecí, me interrumpió y dijo: "No me gusta luchar, pero quiero vivir, así que lucharé". Todo parece encaminarse hacia esta lucha, hacia un ajuste de cuentas final. No veo ninguna solución. Los árabes exigen sus derechos y los judíos los suyos. Sus reivindicaciones se excluyen mutuamente. Bertrand Russell dijo una vez: "Fue un error instalar a los judíos en Palestina; pero ahora que existe este Estado, sería un error aún mayor querer deshacerse de él". Hay que ser un tonto para no ver que los árabes, desde el déspota saudí hasta Arafat y su *realpolitik*, desde Gadafi hasta el alcalde nacionalista comunista (¿o debería decir nacionalsocialista?) de Nazaret, quieren claramente destruir a Israel. Es igualmente claro que las potencias mundiales respirarían aliviadas si realmente se obligara a Israel a desaparecer. Que toda esta constelación pueda volver a agudizar de manera trágica la "cuestión judía", que se ha mantenido en secreto desde Auschwitz, es la consecuencia última que debemos afrontar incluso ahora.

No, no me retracto de nada. Al ver esto por mí mismo, me he convencido de la legitimidad de mi postura. Simplemente me ha robado las últimas ilusiones que me quedaban de que podría tener la más mínima posibilidad de convencer al público de mi postura.

Los límites de la solidaridad: críticas a Israel por parte de un judío de la diáspora*

Si los terribles presagios sirven de base, parecería que las fuerzas políticas y militares de Oriente Medio se están preparando para otro salto que probablemente pondrá en peligro al mundo. Una nueva guerra entre el pequeño Estado de Israel y el poderoso mundo árabe podría terminar como las anteriores. Si los israelíes salieran victoriosos, sería solo el preludio de nuevos conflictos armados. Si los judíos israelíes fueran derrotados, se precipitaría inevitablemente la aniquilación física de un número incalculable de habitantes judíos del país. De una forma u otra, porque un día la inmensa ventaja económica, militar y tecnológica potencial de los árabes, que actualmente todavía está latente en cierta medida pero que se hará evidente en un futuro próximo o no muy lejano, se manifestará en su supremacía histórica integral, el trágico resultado sería una catástrofe comparable a la de Auschwitz. En ese momento, el Dios de los judíos ya no podrá proteger a su pueblo más de lo que lo hizo entre 1941 y 1945. O es el Señor y el verdugo o es un débil o tal vez, en su misterio, sea ambas cosas.

Teniendo esto en cuenta, ¿es este el momento adecuado para trazar en un mapa moral imaginario los límites de la

* „Grenzen einer Solidarität: Kritik eines Diaspora-Juden an Israel“, *Die Zeit*, 1977 (N. del T.)

solidaridad que une a la diáspora judía con Israel? ¿Es permisible hacerlo cuando en la URSS se está llevando a cabo una campaña antisionista/antisemita increíblemente cruel basada en el fantasma probado y comprobado de una conspiración mundial, perpetrada por el supuesto pueblo elegido contra la humanidad en su totalidad; cuando un sector sustancial de la izquierda independiente se está alineando intelectualmente con los Streichers y Stürmers de los países ostensiblemente socialistas para apuñalar por la espalda al poco glamoroso y aislado Estado de Israel (una expresión que en este caso no sería una hipérbole barata)?

Ciertamente lo es. A menos que uno esté dispuesto a transigir en su compromiso con la unidad de la moralidad y la ilustración, no solo es permisible sino necesario. El hecho de que el Primer Ministro Beguín, con la Torá en su brazo y recurriendo a promesas bíblicas, se refiera, contra toda razón y conocimiento histórico, a las partes ocupadas de Cisjordania como “liberadas” y esté decidido a actuar en consecuencia, eso por sí solo sería razón suficiente para que los judíos en la diáspora revisaran su relación con Israel. Sobra decir que es inconcebible que revoquen su pacto de solidaridad con el país. “Los judíos y las personas clasificadas como judíos según la Ley de Ciudadanía del Reich para la Protección de la Sangre Alemana” siguen siendo definidos por la mirada de los no judíos. Incluso cuando no está en juego la sangre alemana, su destino está inextricablemente ligado a ellos. Israel es intrínsecamente su causa, independientemente de cómo busquen refugio: como estadistas, ya sean estadounidenses, franceses o austríacos; como escritores “izquierdistas” desconcertados que se aferran desesperadamente a los jóvenes; o como observadores pseudo-objetivos de procesos políticos que suponen que pueden contemplar y dilucidar *sub specie aeternitatis*. En Harlem, Nueva York, París, Buenos Aires y

quién sabe dónde más, en cuanto llega el momento decisivo, los no judíos les informan que en realidad son judíos, medio judíos, un cuarto de judíos o, de algún modo, “de parentesco judío”. A pesar de la horca y el búnker, Streicher y su amo siguen al mando. *Mientras exista un solo antisemita, todos los judíos estarán conectados entre sí.* El pacto existencial de solidaridad entre los judíos de la diáspora e Israel no contiene ninguna cláusula de caducidad. Aun así, o mejor dicho, precisamente por esta razón, los socios contractuales en la diáspora tienen el deber de advertir a su socio en Israel, obviamente con plena conciencia de la naturaleza interminable del pacto básico entre ellos, pero también en los términos más claros posibles, de en qué punto y por qué razones se verían obligados no a romper (esto es inconcebible), sino a aflojar el vínculo que los une, porque están en juego compromisos más elevados, aunque más abstractos.

He visto informes (ciertamente ambiguos y poco claros) sobre el supuesto uso sistemático de la tortura contra prisioneros árabes en cárceles israelíes y he oído las rotundas pero no del todo convincentes negaciones de los israelíes. No sé prácticamente nada de lo que ocurre en las cárceles israelíes. ¿Cómo podría yo o cualquier otra persona tener conocimiento auténtico de estas cosas? Cualquiera que sea el valor de verdad de la versión oficial israelí o de la versión árabe inverificable de los hechos, quiero afirmar con toda la insistencia que pueda (aunque esto no ponga en tela de juicio de ningún modo mi conexión existencial con Israel) que comparto la angustia de toda víctima de la tortura, incluso si es un terrorista árabe con las manos manchadas de sangre. En mi sistema de valores, a pesar de que he experimentado el horror pleno de su concretización, la categoría abstracta de “ser humano” supera al concepto de “judío”. Hago un llamamiento urgente a todos los judíos que quieren ser seres humanos a que se unan a mí en la

condena radical de la tortura sistemática. Allí donde comienza la barbarie, deben terminar incluso los compromisos existenciales. Los mandamientos abstractos de la *moral* tienen prioridad, deben y tienen que tener prioridad, sobre todas las consideraciones existenciales.

Además, ninguna persona medianamente racional puede aceptar que una comunidad social se base en leyes rabínicas, que las leyendas se conviertan en "historia" sobre la que, a su vez, se basan las reivindicaciones políticas actuales. Afirmo esto con un grado menor de certeza moral y no pretendo exigir que todos los judíos se unan a mí en este juicio. Sin embargo, estoy de acuerdo con un número no insignificante de judíos intelectualmente emancipados cuyo enfoque es inconscientemente secular cuando digo que el "esplendor" del judaísmo siempre ha sido no su (como diría Freud) ortodoxia neurótica compulsiva sino su capacidad de trascender los modos tradicionales de ser y que su "aflicción" (aunque también su misterioso y paradójico modo de supervivencia) ha sido su adhesión rígida y sombría a la tradición religiosa. Desde Heine, Marx, Freud y Bergson hasta los jóvenes filósofos franceses y novelistas judíos de Nueva York y Chicago que son más o menos nuestros contemporáneos, todos ellos han ganado prestigio y han tenido un impacto, no como judíos sino como *seres humanos* judíos autotrascendentes.

Por consiguiente, la existencia del Estado de Israel no puede justificarse recurriendo a un conjunto de leyendas, por digna que sea su pátina, por significativa que sea, sino solo con la misión humana encarnada por los judíos de la era de la emancipación y la exigencia igualmente humana de que los judíos, como pueblo libre, se mantengan en su propio terreno libre, dado que, hasta el día de hoy, la hospitalidad de todos los diversos "pueblos anfitriones" sigue siendo, en el mejor de los casos, precaria. ¿Misión humana?

¿Quizás se trate de otra pretensión injustificada y presuntuosa? ¿Por qué deberían ser los judíos, de todos los pueblos de la Tierra, quienes han tenido la obligación y la noble tarea de emprender esta tarea prometeica? ¿Acaso un judío que habla de la misión moral de los judíos no sucumbe a la idea de la elección que juega un papel tan prominente en la agitación antisemita tanto abierta como encubierta? Pues bien, si se supone que la historia es algo más que la recopilación y el registro de datos sobre acontecimientos sin ningún significado inherente, no hay forma de obviar el hecho de que la supervivencia de los judíos va en contra de la historia. Allí donde se presuponen la temporalidad y la historicidad, los judíos tienen la tarea de autolegitimarse, tanto en Israel como en la diáspora. Dicho esto, el judaísmo de la diáspora, el infame "judaísmo mundial", por así decirlo, está mejor equipado para cumplir la tarea que recae sobre los hombros de los judíos, porque no necesita resistir la tentación de involucrarse en la *realpolitik*.

Todo esto puede parecer un consejo no solicitado que emana de un puerto seguro: ustedes en Tel Aviv y Jerusalén, traten a los terroristas que se les oponen y que hace tiempo que han transgredido los límites de la moralidad con una medida de humanidad que llegue al límite de su fuerza moral y de lo políticamente viable. Reconoce que tu libertad solo puede lograrse *con* tu primo palestino, no contra él, aunque, hasta ahora, no muestre ningún interés en la libertad y, en su sed de venganza, solo quiera cortarte el cuello. De todos modos, acepten este consejo, pues el puerto del que procede no es nada seguro y quienes lo han recibido se encuentran tan acorralados como ustedes. No permitan que la solidaridad irrevocable que nos une se convierta en la base de una comunión entre dos partidos condenados ante la catástrofe. En vista del creciente antisemitismo que vuelve a levantar la cabeza en todo el

mundo, desde la extrema derecha hasta la izquierda radical, no puede haber duda de que los judíos en la diáspora y los del Estado de Israel dependen unos de otros. Los primeros no pueden mantener la cabeza alta sin la existencia de los segundos, y estos últimos no pueden arreglárselas sin el apoyo moral de los primeros, que tendrá que ser de mayor importancia a largo plazo que su ayuda material. Las donaciones de los *jasidíes* estadounidenses y el cabildeo de los judíos estadounidenses que se ven afectados, no solo espiritualmente, por el problema de la doble lealtad no pueden sustituir al apoyo incondicional de los judíos ilustrados y emancipados de la diáspora, que seguirán vinculados al Estado de Israel independientemente de las circunstancias, pero que solo podrán defenderlo contra un mundo hostil con la conciencia tranquila mientras sirva como puesto avanzado no del "imperialismo", como afirman personas igualmente irreflexivas e inescrupulosas, sino de la democracia y la humanidad, que son indivisibles y no pueden ser objeto de negociación.

Hasta ahora, a pesar del primer ministro israelí y de sus visiones bíblicas, Israel es un puesto avanzado de esa clase. Comparado con la mayoría de los Estados del Tercer y Cuarto Mundo, el país es un paraíso, y esto sería así incluso si se verificaran los informes comprometedores. Pero, ¿por cuánto tiempo? Esta es la pregunta urgente que concierne no solo a Israel y a los judíos. La respuesta debe venir no tanto de quienes ocupan puestos de responsabilidad, sino principalmente de quienes poseen un verdadero sentido de la responsabilidad.

Mi judaísmo*

Entre mis recuerdos imborrables están los de las fiestas cristianas, en particular la misa de medianoche en Navidad. De hecho, con un poco de esfuerzo, todavía puedo recitar de memoria el Credo católico. ¿Cómo puedo hablar legítimamente, entonces, de “mi judaísmo”? Sencillamente, nunca existió. Cuando en Viena, mi ciudad natal, después de haber sido exiliado allí desde las provincias de la Alta Austria, por así decirlo, me enteré de que existía algo así como el idioma yiddish, tenía diecinueve años. Por el contrario, la hermana de mi madre, que, como ella, había enviudado a causa de la guerra y vivía con nosotros, me aseguraba con frecuencia que rezaría por mí a su santo favorito, San Antonio, quien, según insistía, siempre me ayudaría en los momentos de extrema adversidad. ¿Qué fue necesario para que yo tuviera el coraje no solo de hablarles hoy aquí de “mi judaísmo”, sino de aprovechar cada oportunidad que se me presentara para declarar que *soy* judío?

Los padres de mi padre eran judíos. Nunca conocí a mi padre, que nació en Hohenems (Vorarlberg), porque yo nací en 1912 y él se alistó en el regimiento de fusileros tiroleses de la monarquía austrohúngara en 1914. En 1916, murió en el campo de batalla. Cuando intento hacerme una idea de su origen judío, no llego a ningún resultado claro. Parece que prestaba poca atención a la congregación religiosa a la que pertenecía oficialmente. De hecho, su propio

* „Mein Judentum”, Schultz, Hans Jürgen (Hrsg.). *Mein Judentum*. Kreuz Verlag, 1978, pp. 78-89 (N. del T.)

padre (es decir, mi abuelo) ya estaba bastante alejado de la tradición judía.

El caso de mi madre era más complicado. Era cristiana, aunque no, como descubrí más tarde, de ascendencia “puramente aria”. Invocaba a Jesús, María y José varias veces al día, lo que en su dialecto nativo sonaba como “*Yessus-marrandyawseph*”. Rara vez iba a la iglesia, solo en los días festivos. La oración que me enseñó era breve: “Querido Señor, hazme piadoso para que pueda ir al cielo”. Murmuré esto para mí mismo por las noches hasta que tuve unos nueve años. Luego me di por vencido y no me volví piadoso. Por lo tanto, las puertas del cielo permanecerán cerradas para mí. De vez en cuando, mi madre utilizaba una palabra judía, la única que le oí decir: *nebekh*. Nuestra situación ofrecía motivos de sobra para llamar a *Yessus-marrandyawseph* o a *nebekh*. Éramos una familia de clase media proletaria, *nebekh*, y ni Jesús ni María ni José mostraron ninguna inclinación a tener piedad de nosotros. Yo sabía todo sobre mi ascendencia, pero nunca se habló de judíos. No es que me ocultaran nada; los asuntos judíos simplemente nunca surgían.

Después de mudarnos de la provincia de Alta Austria a Viena, donde el antisemitismo era una realidad y la esvástica acechaba, comencé a educarme. Leí todo lo que pude: desde Langbehn hasta Moeller van den Bruck y Hans Blüher, desde Houston Stewart Chamberlain hasta, por desgracia, Gottfried Feder, el vencedor de la esclavitud del interés, *El mito del siglo XX* de Rosenberg e incluso *Mein Kampf* de Hitler. Absorbí todo ese material repulsivo en un estado de ánimo extremadamente ambivalente. Por un lado, poco a poco empecé a darme cuenta de que esas personas habían realizado todo el trabajo intelectual preparatorio necesario para provocar mi caída y la de los de mi especie. Por eso leí sus textos con repugnancia y agitación

hostil. Por otra parte, quería ser “objetivo” a cualquier precio, reprimí mi furia ardiente y me impuse un distanciamiento intelectual que, desde hace tiempo, sé que no era más que una forma de represión psicológica. Era una *éducation sentimentale* absolutamente imposible para un joven judío... ¿un judío? De hecho, poco a poco empecé a comprender que yo mismo, como judío, era el objeto de mis estudios, aunque, debido a la casualidad y a mi educación, había tenido poca interacción social con judíos “genuinos” que eran plenamente conscientes de su situación y estaban políticamente alertas. ¿Evitaba activamente su compañía? Tengo que admitir que ya no puedo recordarlo. Ha pasado tanto tiempo desde entonces, y ya no puedo determinar hasta qué punto mis hábitos sociales fueron moldeados por una elección semiconsciente o por el destino. Me parece que, a los diecinueve años, mi constitución mental todavía estaba moldeada por completo por la monotonía de la vida provinciana.

En el verano de 1932, cuando Papen ya estaba en el poder en Alemania y para nosotros, en Austria, el fascismo clerical se cernía sobre nosotros, ocurrió un acontecimiento decisivo en mi vida que superó el impacto de todo el material de lectura, bueno y no tan bueno, y toda mi perplejidad y provincianismo: me enamoré de la muchacha que más tarde se convertiría en mi primera esposa. Tenía la tez blanca como la nieve y era ligeramente pecosa como las auténticas pelirrojas; una nariz respingona y diminuta; una boca grande y extremadamente hermosa; y dientes immaculados. Tenía dieciocho años y era de Graz. Su dialecto era muy parecido al mío. Vestía un traje tradicional austríaco, el llamado Dirndl, que le sentaba estupendamente. Cuando me enteré de que era de ascendencia judía y religiosa, que su ascendencia estiria estaba lejos de ser intachable y que su padre había llegado a Estiria como judío

procedente del este, me quedé profundamente conmocionado y desorientado. Mi madre, que trataba a cualquier mujer con la que yo me relacionaba como una intrusa desagradable, la llamaba “una chica judía polaca”. A pesar de la protesta de mi madre, no me di por vencido con la joven de tez blanca como la nieve. Simplemente ignoré su ascendencia. Sin duda, quería oponerme a los nazis, absolutamente, pero quería hacerlo por mi propia voluntad. Todavía no estaba dispuesto a aceptar la suerte de un judío. ¿Por qué? Bueno, la explicación es bastante sencilla: al leer tantos textos nacionalsocialistas, como señaló más tarde Sartre en sus insuperables *Reflexiones sobre la cuestión judía*, yo había interiorizado por completo una imagen de mí mismo que, de hecho, me habían impreso mis adversarios. Estaba decidido a ser enemigo de los nazis y participaba en las peleas que estallaban constantemente en la Universidad de Viena en esa época. Pero quería hacerlo por voluntad propia, no por mi “sangre” o “raza”. Por eso, aunque ya le di la espalda a Carossa y preferí leer a Feuchtwanger, mi mimetismo, si puedo llamarlo así, dado que mi fatua salubridad nativista era bastante real, alcanzó niveles cada vez más altos de maestría. Mi pelo era rubio, mis ojos azules y sabía utilizarlos muy bien para expresar mi desaprobación. La nariz indiscutiblemente judía que heredé directamente de mi abuelo aún no había adquirido la severidad bienvenida e inequívoca que más tarde dejaría *su marca en mí*. La verdad es que, psicológicamente, mi situación en aquel entonces era absolutamente insostenible. Yo era, y sin embargo no era, o había dejado de ser, un austriaco educado en el catolicismo. La mayoría, en realidad, la abrumadora mayoría, no solo de los alemanes, sino también de mi propio pueblo austriaco, me había expulsado de su comunidad. Debería haberlo reconocido ya en aquel momento, si hubiera estado dispuesto a afrontar *la verdad*. Por otra parte, ¿cuál era la verdad? ¿Estaba oculta en el *Yessusmarandyawsef* de mi madre, en mis recuerdos de la misa de

medianoche o de la misa mayor, en mi dialecto, en el árbol genealógico de Vorarlberg de mi abuelo o en su nariz judía? Ahora, cuando vuelvo a pensar en ello, me siento obligado a revisar mi pasado lejano y a afirmar retroactivamente la existencia de la nariz, incluso entonces. Lo digo en un sentido muy específico. Sé que la palabra raza está mal vista, pero solo un tonto negaría que las razas humanas existen y se distinguen no solo por sus rasgos físicos (el color oscuro, claro o rojizo de su piel, etc.) sino también por sus características psicológicas e intelectuales. Por supuesto, no solo no puedo demostrarlo, sino que también soy consciente de que los biólogos modernos difícilmente estarían de acuerdo conmigo. Pero ¿acaso la experiencia de una larga vida no cuenta en última instancia más que unos pocos estudios de laboratorio, que mañana pueden conducir a hipótesis completamente diferentes? Estoy completamente convencido, y ninguna afirmación pasajera de un antropólogo podría hacer tambalear esta convicción, de que mi intelecto y mi constitución mental son judíos, no tanto como resultado de mi educación y entorno social, ambos difícilmente podrían haber sido menos judíos, sino por nacimiento. Si alguien quiere ahora llamarme racista malvado, ¡que así sea!

Cronológicamente, me he adelantado un poco. Es absolutamente necesario mencionar una fecha de importancia crucial para mi vida: 1935. La Ley de Ciudadanía del Reich de Núremberg, sobre la que leí en un café de Viena y cuyo texto pronto me supe de memoria, acabó por dejar claro que, para los nazis, y no solo para los más furiosos entre ellos, sino para la mayoría de los alemanes y los austríacos, yo era judío o, mejor dicho, como estipulaba la ley, “clasificado como judío”. También intenté leer la historia de los judíos de Graetz. Me aburrí y no le di una segunda oportunidad. Mi conocimiento de la historia bíblica se deriva

enteramente de (y se limita a) la tetralogía de *José* de Thomas Mann. Mi comprensión de la historia es la de un europeo medio, del tipo que, debido a que su “falta de conocimiento”, como dijo una vez de manera bastante deliciosa Robert Musil al describirse a sí mismo, “tiene muchísimas facetas”¹, supone que está bien informado. En otras palabras, mi noción de la historia es sumamente fragmentaria, algo que nunca he intentado cambiar. Esto también se aplica a la historia del pueblo elegido. Solo una vez en mi vida, en el gélido invierno de 1940-1941, cuando vivía en el campo de internamiento francés de Gurs, en los Pirineos, asistí a una celebración ortodoxa de Janucá. Cuando los cantos de los fieles se convirtieron en conmovedores y angustiados lamentos, sentí como si me hubieran arrojado a un mundo ajeno y bastante extraño. De pie junto a mí estaba el filósofo Georg Grelling². Nos miramos sin palabras y, por desgracia, con cierta vergüenza. El distinguido señor berlinés carraspeó y dijo: es como estar en un museo etnológico. Si, como ateo, he estudiado el fenómeno de la religión (y debo añadir que “estudiado” ya es una exageración), fue el cristianismo lo que despertó mi interés. No es una exageración. Después de todo, ser cristiano es algo más que creer en Dios y en su hijo. Ser un cristiano crítico es algo más que la elucidación de cuestiones teológicas; es *participar* en nuestra cultura. La iglesia siempre estuvo en mi horizonte. La sinagoga era algo completamente diferente. Por eso no puedo hablar realmente de mi “judaísmo”. Estoy defendiendo otro concepto que, estoy firmemente convencido, es infinitamente más significativo y del que soy inalienablemente competente e inflexible para hablar: el de *ser judío*. Con esto puedo retomar con claridad mi relato cronológico. En 1935 conocí las Leyes de Núrem-

¹ Musil, R. (2009). *Diarios*. De Bolsillo (N. del T.)

² Aquí Amery se refiere en realidad al filósofo y matemático Kurt Grelling (N. del T.)

berg y las asumí para siempre. Tomé conciencia de mi condición de *ser judío*. Lo que eso significó para mí en ese momento puede haberse intensificado y vuelto más alarmante con la experiencia posterior, pero no ha cambiado sustancialmente. La sociedad quería que yo fuera judío y yo tenía que aceptar ese veredicto. Refugiarme en una forma de subjetividad que me hubiera permitido decir que no me “sentía” judío habría sido un juego intrascendente, puramente privado. Solo una década después leí en las *Reflexiones sobre la cuestión judía* de Sartre que un judío es alguien a quien los demás consideran judío. Ese fue precisamente mi caso.

Cuando el rayo cayó el 11 de marzo de 1938 y mi país se arrojó jubiloso hacia el *Führer* del Gran Reich Alemán como una perra en celo que no puede esperar a que la monten, yo estaba preparado. Sin embargo, todavía tenía que superar un obstáculo: mi madre. Ella ya había hecho sus propios planes. Su primer prometido, que era de ascendencia aria intachable, estaba dispuesto a jurar que yo era en realidad su hijo y no el hijo de mi padre judío. Un amigo de la familia que ocupaba un puesto importante en la Oficina Genealógica se encargaría de los preparativos necesarios. Yo solo tenía que resolver rápidamente un pequeño problema: tendría que separarme de la muchacha judía que, entretanto, se había convertido en mi esposa. Hasta el día de hoy me pregunto si habría sido más receptivo a la sugerencia de mi madre si me hubiera sentido menos atraído por esta mujer judía que hablaba un cierto dialecto y que habría sido una imagen perfecta para la promoción del turismo en Ostmark³. Me siento tentado de caer en la arrogancia y decir: por supuesto que no. Yo habría aban-

³ Ostmark fue el nombre oficial de Austria después de ser incorporada a la Alemania nazi (*N. del T.*)

donado mi país incluso si no me hubieran obligado a hacerlo; habría emigrado por principio. Sin embargo, ¡qué incompatibles son la arrogancia y la verdad! En beneficio de esta última, tengo que renunciar a la primera. Sencillamente, no sé cómo habrían resultado las cosas de otro modo. En aquella época yo no conocía el concepto de “autenticidad”, que se ha vuelto tan utilizado desde la guerra. Aun así, tenía la vaga sensación de que un ser humano no puede vivir una mentira total que abarque toda su personalidad. Me constituí como judío. Aun así, había obstáculos que no podía superar. Por ejemplo, me negué rotundamente a que en mis papeles figurara el nombre obligatorio de “Israel”. No solicité un pasaporte porque lo habrían sellado con una “J” roja.

En Amberes, la primera parada de nuestro vuelo, el *Joodse Komiteit* se hizo cargo de nosotros. Como nunca había vivido entre judíos, ahora estaba rodeado exclusivamente de judíos, todos ellos obligados por la sociedad a centrarse únicamente en su condición de judíos. Para utilizar la jerga de la época, ahora formaban una comunidad de destino y una *Volksgemeinschaft*. Esta comunidad demostró su valía. La rica comunidad judía de Amberes nos trataba como a sus propios hijos. El hecho de que yo respondiera con profunda irritación a la gente que me rodeaba en más de una ocasión fue igualmente mezquino y estúpido de mi parte. El yiddish con el que me hablaban constantemente me resultaba terriblemente embarazoso. Había aceptado el hecho de que era judío en principio, pero en mi vida diaria fracasaba. Tenía la vaga sensación de que todavía me esperaba una empinada curva de aprendizaje de un tipo completamente diferente, si realmente quería ser quien era: judío. Los instructores y los capataces ya estaban en camino.

El 10 de mayo de 1940, cuando Alemania se embarcaba en su ofensiva contra sus vecinos occidentales, dado que yo era ciudadano alemán, me arrestaron como extranjero enemigo. Nos llevaron al lejano sur de Francia. En vano intentamos convencer a los guardias belgas y franceses de que, al haber abandonado la Alemania nazi, no éramos enemigos de los Aliados. No éramos alemanes, sino judíos. No lo entendían. ¿Judíos? ¿Qué se suponía que significaba eso? El judaísmo era una religión. Léon Blum también era judío. Nosotros no teníamos nada que ver con Blum. Éramos "*des boches*"⁴. Seis semanas después, cuando los franceses habían sido derrotados, de repente y milagrosamente vieron la luz. Bajo los auspicios de las comisiones de alto al fuego de Hitler, los "*boches*" (es decir, los verdaderos alemanes) fueron liberados y los franceses aplaudieron a los vencedores con repugnante servilismo. El resto de nosotros, los refugiados que el Reich no quería que volvieran, nos transformamos de un plumazo de extranjeros enemigos en extranjeros molestos y, ahora en total concordancia con las nociones racistas de los alemanes, ante todo: en judíos. El término peyorativo "*sale juiif*" reemplazó al término anterior "*sale boche*". Evidentemente, a mí y no solo a mí me pareció que la aversión contra los judíos se había depositado en un estrato mucho más profundo del carácter nacional francés que su superficial "*antibochisme*". Cada día me resultaba más claro que el judaísmo que la sociedad me había impuesto no era un fenómeno alemán. No eran solo los nazis los que habían hecho de mí un judío. El mundo quería que yo fuera judío, y yo estaba dispuesto a hacer lo que Sartre más tarde llamaría "*assumer*", que podríamos traducir, de manera vaga e inadecuada, como "asumir". Me obligué a sentir solidaridad con *cada* judío. Ya estábamos encerrados en un gueto muy parecido a aquel en el

⁴ Un término peyorativo francés para los alemanes (*N. del T.*)

que el mundo ha confinado hoy al pequeño Estado de Israel.

Pronto se produjo un cambio de instructores. Los brutales pero en última instancia inofensivos *Gardes Mobiles*⁵ que nos habían insultado fueron reemplazados por sus amos alemanes. Para entonces, ya había escapado del campo de concentración de Gurs, había atravesado media Francia a pie y me había dirigido a la Bélgica ocupada para encontrar a mi amada esposa. Me uní a la Resistencia sin el menor afán heroico, desempeñando únicamente el papel más modesto. Pensándolo ahora, puede que este haya sido mi último intento inconsciente de eludir el judaísmo que había asumido intelectualmente hacía mucho tiempo. Los judíos fueron perseguidos, capturados, arrestados y deportados *por ser judíos* y por ninguna otra razón. En retrospectiva, me parece que yo quería que el enemigo me detuviera, no como judío, sino como combatiente de la Resistencia. Este fue mi último y absurdo intento de escapar de la suerte de mi colectivo. Arriesgué mi vida difundiendo panfletos inútiles, engañándome vanagloriadamente a mí mismo creyendo que era un “combatiente” y no una de esas personas que se dejan llevar al matadero como ovejas baladoras.

Una vez que me arrestaron, la realidad me alcanzó de inmediato. Los lacayos se interesaron mucho por mí mientras supusieron que era un desertor alemán, un soldado, tal vez incluso un oficial. En cuanto se dieron cuenta de quién era, me arrojaron al estercolero. Mi expediente había sido etiquetado como “subversión de la moral militar” y mientras pensaron que era un renegado, me interrogaron durante mucho tiempo. Una vez que me descubrieron, ya no les importé. No hubo juicio. Me sometieron a la pena de

⁵ Tropas auxiliares francesas (*N. del T.*)

muerte generalizada llamada *Auschwitz*. ¿Qué podría añadir que no haya cubierto ya en mi libro *Más allá de la culpa y la expiación*? Tal vez solo esto: que fue en Auschwitz donde mi ser judío alcanzó su forma definitiva, la cual se ha mantenido hasta el día de hoy. Me habían arrestado como un *résistant*, es cierto, pero en Auschwitz llevaba la estrella amarilla y era un judío como todos aquellos que nunca se habían atrevido a armar un escándalo, y mucho menos a hacer circular panfletos sediciosos. Solo en este círculo del infierno se hicieron totalmente claras las distinciones pertinentes. Al igual que los números tatuados con los que nos habían marcado, estas distinciones se grabaron en nuestra piel. En este abismo, los prisioneros “arios”, sin excepción, estaban, en una medida que solo se puede medir en años luz, mejor que nosotros, los judíos. Nos golpeaban cuando les daba la gana. Sería injusto con ellos si no mencionara que los polacos, en particular, sobresalieron en esta práctica de una manera inolvidable. Todos ellos habían interiorizado los valores del *Führer* porque su tradición los había condicionado a hacerlo. Puede que estuvieran destinados a servir como esclavos de la raza superior, pero nosotros ya habíamos sido entregados a la muerte. Al final, los judíos nos dejamos golpear sin oponer resistencia. Solo una vez respondí de la misma manera, con la equivocada suposición de que así recuperaría mi dignidad humana. Entonces comprendí que mi gesto era inútil. El judío era el animal sacrificado. Tenía que beber la copa, hasta el final más amargo. Beberla se convirtió en mi forma de ser judío. El judaísmo, sin embargo, era un asunto completamente diferente. Aprendí a entender el yiddish, pero no hice ningún esfuerzo por hablar el idioma. De vez en cuando, algunos *Ostjuden*⁶ se reunían y cantaban canciones en yiddish cuyos textos yo podía entender más o menos.

⁶ Judíos de Europa oriental. El término describe especialmente a los inmigrantes judíos en Alemania (*N. del T.*)

Me conmovió profundamente cuando en una ocasión algunos de ellos cantaron una canción sionista con el estribillo: “*Ich fuhr aheim, ich fuhr aheim*”⁷. Por *aheim* se referían a Tierra Santa. Para mí, la noción de hogar o de patria ya no tendría sentido. Yo era judío y quería seguir siendo judío. Aunque volví a Bélgica en 1945, me interesé cada vez más por la cultura francesa, me enamoré de París y Jean-Paul Sartre se convirtió en una especie de figura paterna para mí, ya no creía en la asimilación. ¿Cómo podría haber sido de otra manera? En otro tiempo yo no había sido tan “asimilado”, sino más bien, tan plenamente austríaco como cualquier otro hombre. Y, sin embargo, mi suerte judía me había alcanzado. Había regresado de entre los muertos, pero me encontraba más desesperadamente abandonado que nunca. ¿Cómo podía imaginar que existiera la más mínima posibilidad de convertirme en francés? El problema no era la lengua, sino los recuerdos de mi infancia y juventud, que, aunque destrozados y podridos desde hace mucho tiempo, siguen existiendo en forma negativa. Aunque ya no sean válidos, siguen constituyendo mi pasado. Fueron estos recuerdos los que me hicieron imposible inventar un nuevo presente para mí. El exilio perpetuo que elegí fue la única forma de autenticidad que pude alcanzar para mí. El hecho de ser judío cerró todas las demás soluciones.

Lo que no he adquirido, sin embargo, es una forma de *judaísmo*, en el sentido de una tradición histórica y una base existencial positiva para mi vida. La única conexión entre mí y la mayoría de los judíos del mundo es un sentido de solidaridad con el Estado de Israel, un compromiso que hace tiempo que dejó de ser un deber que necesito recordarme a mí mismo. No es que quisiera vivir allí. El país es

⁷ “Me voy a casa, me voy a casa”, canción yiddish de David Meyerowitz (N. del T.)

demasiado caluroso, demasiado ruidoso, en todos los aspectos demasiado extraño. Tampoco apruebo todo lo que se hace allí. Aborrezco las tendencias teocráticas, el nacionalismo de tintes religiosos. Solo he visitado el país una vez por un corto período de tiempo y es posible que nunca regrese. Sin embargo, aunque no hablo su idioma y nunca podría adoptar su forma de vida, estoy inextricablemente conectado con la gente que habita este lugar impío y que ha sido abandonado por el resto del mundo. Para mí, Israel no es una promesa auspiciosa, ni una reivindicación territorial legitimada por la Biblia, ni una Tierra Santa. Es simplemente el lugar donde se han reunido los supervivientes, un Estado en el que todos sus habitantes todavía, y durante mucho tiempo, deben temer por su vida. Mi solidaridad con Israel es una forma de mantenerme leal a mis camaradas que perecieron.

Una y otra vez intento distanciarme, pero siempre con un éxito limitado. Soy un crítico agudo de la política israelí. Tampoco dudo en distanciarme de la buena voluntad y poner en peligro amistades al manifestar públicamente mi firme oposición al actual gobierno israelí, inspirado como está en formas irracionales de chovinismo. He declarado enérgicamente que el hombre Menájem Beguín y todo lo que representa son para mí un anatema. Sin embargo, cuando las cosas se ponen difíciles y siento que el pequeño país, que se tambalea desesperadamente, está bajo amenaza, no mi judaísmo, al que no puedo recurrir porque no existe, sino el hecho de *ser* judío se vuelve primordial. Tomo partido. *Por* Israel. A mí me importa muy poco que mis amigos de izquierdas me llamen renegado. Para ellos es fácil: aferrarse a los principios es un juego de niños. Yo he elegido la opción difícil. Mi lealtad hacia el grupo al que me he rendido no es un concepto claro y el que se amolda a él se ve obligado a arrojar por la borda todas las muletas dogmáticas. Se encuentra en terreno inestable. Ningún

Dios ni ningún Marx pueden ayudarlo. Y, por supuesto, ningún Hegel.

Solo *puedo* aferrarme a una experiencia cuya calidad es inefable. Cuando Israel, que para mí no es Tierra Santa, está amenazado, veo llamas por todas partes. Y yo grito: "¡Fuego!". Sé que mi grito se apagará sin ser escuchado. Aquellos que están poseídos por el *judaísmo* me niegan el derecho a hacerme oír, lo cual es coherente. Los demás, aquellos que nunca han experimentado personal y físicamente la amenaza, no escucharán de todos modos. No puedo condenarlos, ya que yo mismo no recuerdo a diario la masacre turca de los armenios. La gente habla de política e historia, de acontecimientos objetivos. Yo me quedo obsesionado, hasta el final, con esta experiencia. Si fuera judío, podría historizar ágilmente la experiencia subjetiva en términos objetivos y lograr un cierre. Este camino está cerrado para mí. Las cuatro paredes se están cerrando, la habitación se está haciendo más pequeña. Mi forma (involuntaria) de *ser* judío sin *judaísmo* (que, dado mi origen y mi entorno, solo pude adquirir al precio de convertir mi vida en una mentira) me lleva a la melancolía que padezco todos los días. Aunque los expertos presumiblemente la clasificarían como "neurótica", a mí me parece que es el único estado de ánimo al que tengo derecho.

Hablado al viento

Reflexiones sobre Alemania desde 1945*

Dicen que la ira nos mantiene jóvenes, pero si va acompañada de un sentimiento de impotencia absoluta, nos lleva a un duelo que no es una “elaboración del duelo” en el sentido psicoanalítico, sino una resignación. Y la resignación envejece, sin duda. Hablar es un desperdicio de palabras. La voz se vuelve quebradiza, debe apagarse y morir incluso antes de que el hablante se vaya. Sin embargo, la ira impotente está ahí. Sus causas, y también los efectos que aún son posibles a pesar de todo, serán mi tema en este escrito. Por eso, empezaré pidiendo permiso para hablar en primera persona, pues hay un grado de implicación personal que convierte todo intento de desapego en una falsificación no solo psicológica, sino también moral y política. ¿Cómo eran las cosas entonces y cómo son ahora?

En 1945, “resucitado de entre los muertos” (para tomar prestada una frase del Credo católico), con la cabeza todavía pesada por los golpes y mis propias cavilaciones inútiles, imaginé que el mundo nos pertenecía a nosotros, a los vencidos convertidos en vencedores, a los utópicos cuyos sueños más extravagantes parecían de pronto superados por la realidad, a los visionarios de un futuro que ahora era el presente y que hoy nos parece incluso el pa-

* „In den Wind gesprochen“, Eggebrecht, A. (Hrsg.). *Die zornigen alten Männer. Gedanken über Deutschland seit 1945*. Rowohlt Verlag, 1979, pp. 258-279 (N. del T.)

sado más lejano. El mal radical, así lo creíamos, estaba destruido. Solo había que empezar a limpiar la suciedad que había dejado atrás y el mundo sería como lo habíamos deseado: libre, justo y fraterno. ¡Qué ingenuas, qué infantiles debieron parecerles nuestras ideas a nuestros contemporáneos, especialmente a los jóvenes! ¡Qué ingenuos éramos, en realidad! Exactamente tan ingenuos como cualquier otro que crea que la esperanza puede alguna vez realizarse completamente.

En cuanto a mí, después de mi liberación en 1945, tras dos años de prisión en un campo de concentración, era completamente incapaz, y probablemente tampoco quería en absoluto, reconocer, percibir las relaciones de poder reales: quién estaba ahora contra quién y quién estaría mañana. Mientras que ya se formaban frentes completamente nuevos y muchos creían, de acuerdo con una declaración atribuida a Winston Churchill (con razón o sin ella, no lo sé), que en Hitler se había “matado al cerdo equivocado”, todavía vivíamos en la mentalidad de la Resistencia. Quien había luchado contra Hitler era nuestro amigo; quien había estado del lado del monstruo era nuestro enemigo. Así de simple nos parecía todo. Americanos, ingleses, franceses, rusos, liberales, católicos y protestantes militantes, socialistas, comunistas: todos eran igualmente bienvenidos como nuestros camaradas. Para nosotros, los Estados Unidos seguían siendo Roosevelt y su New Deal y la Unión Soviética era la tierra del gran sacrificio, por lo tanto santa e irreprochable. Si alguien nos hablaba de los combates encarnizados que se habían librado, todavía durante la guerra, entre el ala derecha y la izquierda de los movimientos de resistencia, nos tapábamos los oídos. Ante nuestros ojos se libraba en Francia la “última batalla” entre De Gaulle y los comunistas, en la que ambos salían perdiendo. Pero no queríamos verla. Solo había nazismo y antinazismo (aún nadie en la iz-

quiera ocultaba astutamente el concepto de nazismo detrás del de "fascismo", ni en la derecha detrás del de "totalitarismo"). Vivíamos en la ilusión de un "Frente Popular" que abarcaba a todas las fuerzas democráticas, desde un Babbitt¹ burgués pero honesto hasta un Iván Ivánovich que asistía con celo a los cursos de ideología del Partido Comunista.

Espero que no fuéramos estúpidos, pero nos informaron de forma lamentable y, además, me dolía el cráneo. Además, no estábamos libres de una euforia victoriosa que sin duda hoy resulta cómica. Quizá no habíamos hecho nada más que distribuir volantes tan tontamente concebidos como ineficaces, pero eso, así lo creíamos, nos daba derecho a marchar en fila con los defensores de Stalingrado y los soldados británicos y norteamericanos que habían desembarcado en Normandía. Hoy *podemos* reírnos de semejantes tonterías, pero prohíbo incluso la más mínima sonrisa burlona a quienes no estuvieron con nosotros en el abismo, ya fuera porque eran demasiado jóvenes o porque eran demasiado cautelosos.

En este punto, me permito hacer una digresión. Lo que tengo que contar aquí se basa en el hecho de que yo, junto con otros como yo, no viví los días de la liberación en una Alemania devastada por la guerra, sino en Europa occidental, donde la lucha contra el nazismo siempre fue *nacional* al mismo tiempo. Además, todos teníamos un techo sobre nuestras cabezas, por más miserable que fuera a veces nuestra vivienda, y teníamos algo para comer, y, como es bien sabido, la comida no solo está por encima de

¹ George F. Babbitt es el personaje principal de la novela de Sinclair Lewis *Babbitt* publicada en 1922. Este personaje es un agente inmobiliario siempre preocupado por su reputación que quiere ignorar el alto costo que paga por permanecer a la altura de una sociedad del rendimiento que lo instala en el conformismo de la clase media (*N. del T.*)

la moral, sino también de cualquier política. Esto significa, por supuesto, que cuando evoco el recuerdo de 1945 me distingo radicalmente de la mayoría de los colaboradores de este volumen. Ellos solo vieron Alemania, y eso era comprensible y legítimo. Yo no la vi. No tenía la menor idea de las dificultades, de la reconstrucción que sentó las bases de la actual República Federal de Alemania. Tal vez por esta misma razón soy capaz de comprender en cierta medida el hecho de que los alemanes occidentales de la "Bi-zona" y más tarde de la naciente República Federal estaban menos preocupados por la libertad, la igualdad y la fraternidad que por una casa, un poco de tocino para la cena y un cigarrillo, y que de una situación "histórica objetiva" surgió una mentalidad para la cual el concepto de economía se volvió central.

De vez en cuando, en el avión o en el Trans Europ Express, veo a los hijos y nietos de quienes en aquellos días estaban limpiando los escombros. Hablan del negocio en el que quieren "entrar", hurgan en sus maletines, son corpulentos y están bien arreglados, mientras que los que son como nosotros estamos delgados y desaliñados. Los encuentro intensamente repugnantes. Pero, por el amor de Dios, no los estoy juzgando. Su maestro fue la miseria de mejillas hundidas; les enseñó a agarrar y a sonreír ampliamente a los ideólogos sobrenaturales. Conducen grandes autos, viven el día a día y dejan la eternidad a Dios (en quien ciertamente creen, sin esforzarse espiritualmente en el proceso). Son nuevos ricos y nada los asusta más que la pobreza, de la que sus padres tal vez les hablaron. ¿Tienen una mentalidad "reparadora"? Tal vez. Pero lo más probable es que solo de manera periférica. Rinden homenaje a la grasa vieja pero detectan claramente que tiene un sabor un poco rancio. La nueva grasa es aromática y abre el apetito. No es de extrañar que lo prefieren. Y, además, se dicen —siempre que han leído a

Goethe— que solo conservan la herencia de sus padres para poseerla. Se creen muy progresistas. Porque el progreso es para ellos la *expansión* cuantificable, la producción que ahora sus propios hijos cuestionan a su vez, a veces con vehemencia.

Mi digresión ha llegado a su fin. Vuelvo a estar entre los míos en la época de nuestras grandes ilusiones, el período inmediatamente posterior a la guerra. Es interpretable de múltiples maneras, y las interpretaciones más fuertes desde el punto de vista argumentativo son la marxista por un lado, y la puramente política de poder por el otro. La Resistencia, así me parece, fue sostenida por el *impulso vital* de una visión *izquierdista* de la política, incluso cuando tenía tintes nacionales. No tengo en mente solo el gaullismo francés, sino también —y esto puede suscitar violentas objeciones— la resistencia conservadora alemana contra Hitler, que alcanzó su clímax el 20 de julio de 1944. Los oficiales que se alzaron para derrocar al Tercer Reich —sin duda, demasiado a medias y demasiado tarde— eran naturalmente hombres de derechas, eso está claro como el agua. No solo querían liberar a Alemania del nacionalsocialismo (¡al que habían servido con tenacidad!), sino que al mismo tiempo, o sobre todo, querían protegerla contra el bolchevismo. En el sentido político global, su éxito no habría producido ciertamente resultados deseables. Si se aplican las categorías habituales —que, cuando las reflexiono, me parecen cada vez más necesarias de revisar— no solo eran conservadores sino ultrarreaccionarios. Hoy, más de tres décadas después y con pleno conocimiento de la situación concreta, sin hacerme ilusiones, sigo creyendo que sus motivos más profundos, que ciertamente no habrían querido declarar y de los que apenas eran conscientes, encajan en la visión del mundo de la izquierda; pero solo a condición de que estemos dispuestos a revisar el concepto y que por el tér-

mino "izquierda" no entendamos ya una actitud frente al problema de la hegemonía económica, sino esencialmente un humanismo radical.

Otra cosa es que la lucha de clases, que debe entenderse en un sentido estrictamente marxista, todavía se desarrollaba en esa época, y si los valientes del 20 de julio hubieran triunfado, la habrían librado *contra* la izquierda. Aquí hay contradicciones más profundas y aterradoras de las que el análisis marxista es capaz de captar, ya que se libran en las profundidades del alma humana y, ¡hola!, todavía no hay nada que pueda llamarse psicología marxista. Pero la resistencia alemana de los hombres del 20 de julio, a los que reconozco motivos humanistas y, por tanto, desde mi punto de vista, en último término izquierdistas (que ya llevan en sí el germen de una revisión de todo el concepto de izquierda), fue solo un fenómeno periférico. En el centro había una Resistencia que era izquierdista en el sentido más preciso y estricto, es decir, inspirada de forma decisiva y de una manera inolvidablemente altruista por los comunistas. Todos nosotros, "el pueblo de la noche", de quien De Gaulle había hablado una vez en un magnífico discurso, pensábamos que era con ellos con quienes ahora haríamos barrido limpio de los opresores. Imaginamos que las viejas estructuras de poder se derrumbarían por sí solas; no sería necesario darle un empujoncito a lo que ya se estaba derrumbando de todos modos.

No fue hasta 1948 cuando la Guerra Fría nos despertó de nuestros extravagantes sueños de liberación. Si hoy miramos atrás con rabia y tristeza, nos damos cuenta de que en aquella época la política tradicional de poder y la política de clase se superponían hasta el punto de la congruencia, para luego separarse y volver a unirse, y por eso son válidas las dos interpretaciones de las que hablé

antes, la marxista y la *Realpolitik*. Dos superpotencias, las únicas que sobrevivieron como tales, la Unión Soviética y los Estados Unidos, se enfrentaron. A su sombra, las clases se acobardaron, listas no para la "batalla final", sino ciertamente para una guerra de guerrillas prolongada. En el campo de la izquierda, eso estaba destinado a producir graves errores, a los que yo, al igual que muchos de mis amigos, sucumbí. En febrero de 1948, Checoslovaquia, que ya en el período de entreguerras había demostrado ser una república modestamente liberal y socialista, se convirtió en la democracia popular que ya llevaba las semillas de los catastróficos acontecimientos de agosto de 1968. La derecha aulló. Nosotros, los izquierdistas, nos quedamos callados. La Unión Soviética y sus partidos comunistas vasallos en el Este y el Oeste se nos presentaban como los garantes del futuro. Después de que se desvaneciera la primera euforia de liberación, Estados Unidos era para nosotros simplemente el protector de la restauración. En realidad, apoyaba a regímenes reaccionarios en todas partes. Quería rearmar a Alemania. Pronto llegó al punto en que los criminales de guerra nazis eran tratados con guantes de seda; los que habían sobrevivido eran en realidad los verdaderos vencedores de la Guerra Fría. "El Káiser se fue, los generales se quedaron", había escrito una vez Plivier². Hitler estaba muerto, sus seguidores estaban vivos y emprendieron una breve marcha a través de las instituciones alemanas, donde se instalaron de inmediato. Y si no alcanzaban exactamente la alta dignidad de un cargo como el de ese impresentable Globke, enriquecieron el naciente "milagro económico" alemán con la misma eficiencia con la que antaño habían ayudado al *Führer* a llevar a cabo sus planes de asesinato.

² Plivier, T. (1932). *Der Kaiser ging, die Generale blieben Ein deutscher Roman*. Malik-Verlag (N. del T.)

Nosotros, los resucitados, mirábamos al mundo con una estúpida incredulidad. Muchos de nosotros estábamos amenazados por nuevas persecuciones (¡aunque no fueran en absoluto comparables a las anteriores!). Ser víctima del régimen nazi se convirtió en una vergüenza en una época en la que McCarthy marcaba la pauta en los Estados Unidos y se acuñó allí el término “antifascismo prematuro”. John Foster Dulles era el secretario de Estado de todos los países europeos. Los comunistas habían sido expulsados de los gobiernos de los Estados de Europa occidental. El movimiento de resistencia se convirtió en folclore. Así se aprendió a odiar. Recuerdo con demasiada claridad y vergüenza los días en que despreciaba todo lo americano como la peste y, por otro lado, aceptaba incluso los procesos contra Slánský y Rajk³, escéptico, por supuesto, pero sin protestar decididamente. Tal vez fueran realmente traidores, pensé, y añadí aún más lastimeramente: no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos.

Krávchenko fue uno de los primeros en contar cómo estaban las cosas en ese país del que nuestros amigos comunistas proclamaban en canciones que “no hay otro país en la tierra / donde los corazones humanos latan tan libremente”. Informaba y nosotros lo considerábamos un mentiroso a sueldo. Arthur Koestler analizaba y nosotros nos decíamos que era un mercenario del capitalismo monopolista. Ignazio Silone apareció en escena y habló de sus decepciones; nosotros lo considerábamos un gruñón.

³ El Juicio Slánský, también conocido como Juicios de Praga o Proceso de Praga, fue un juicio farsa antisemita que tuvo lugar del 20 al 27 de noviembre de 1952 contra catorce miembros del Partido Comunista de Checoslovaquia (KSČ), incluidos muchos funcionarios de alto rango, entre ellos László Rajk. Se anunciaron varios cargos, incluido el de alta traición, contra el grupo por presunta conspiración contra la República Socialista Checoslovaca. El secretario general de la KSČ Rudolf Slánský era el presunto líder de los conspiradores (*N. del T.*)

Y cuando digo “nosotros”, no me refiero a los comunistas del partido, en cuyas filas nunca marché, sino a los izquierdistas en general y a los “intelectuales” izquierdistas (no siempre inteligentes), entre los que me contaba orgullosamente. En verdad, estábamos ciegos del ojo izquierdo. Pero eso lo comprendí mucho más tarde y no del todo hasta que Checoslovaquia fue violada por segunda vez.

Sin embargo, podemos alegar circunstancias atenuantes. La restauración de las antiguas formas de poder en Europa occidental y, especialmente, en la República Federal de Alemania, donde los nazis se beneficiaban de ellas, tuvo que desanimarnos, tuvo que hacernos perder el sentido de la proporción. La política global de los Estados Unidos —la política de poder “normal”, que Kissinger profesó en teoría solo mucho más tarde y sin grandes alardes— estaba teniendo resultados calamitosos en los países de la esfera de influencia norteamericana. Comprendíamos muy mal que el desastre también se cernía sobre los pueblos del otro lado. Estábamos tan lejos que no vimos más que las tristes figuras de la Cuarta República en Francia, que viajaban a Washington para recibir sus órdenes; no vimos más que a Adenauer y Erhard, solo a un señor Zehrer que se paseaba alegremente por el escenario, solo a los generales nazis que inspeccionaban a las tropas norteamericanas, solo la Europa de los *Trusts* que había sido preconcebida por Jean Monnet, solo las manifestaciones de un anticomunismo rabioso e irreflexivo. Lo que no supimos ver no fue solo las condiciones de las democracias populares, que considerábamos, en el mejor de los casos, como las “enfermedades infantiles” del socialismo en ascenso, sino también el simple hecho de que los pueblos de Europa occidental, y especialmente los alemanes, estaban contentos con el desarrollo para el que el Plan Marshall había allanado el camino. Creo que este

fue nuestro error más importante, y solo para este error no puedo encontrar excusas que me exculpen.

A pesar de todas las evidencias, nos convencimos de que la nación estaba descontenta con la tendencia restauradora, que no solo integraba y en parte rehabilitaba a los viejos nazis y reaccionarios de todo tipo, sino que estaba a punto de crear una prosperidad concreta y consumible. Después de todo, teníamos a mano la palabra mágica: “alienación”. La gente comía hasta saciarse, había reconstruido sus casas, vivía decentemente y se vestía bien. Pero eso no importaba. Estaban alienados, evidentemente tanto que no se daban cuenta de lo infelices que eran al sentirse felices; felices o, al menos, medio contentos. Los condenados de la tierra se mudaban a agradables casas unifamiliares y compraban autos compactos. Nosotros nos encogíamos de hombros con desdén. Por otro lado, nos entusiasmábamos con los festivales de la juventud en los países del Bloque del Este, con las fotos de China, donde —si había que creer a las caras bonitas y sonrientes— la cosecha era una pura alegría, y con los informes sobre el último aumento de la producción en la Unión Soviética.

¿Fuimos estúpidos? ¡De ninguna manera! Al fin y al cabo, habíamos leído a Adorno, Sartre y Bloch, habíamos diseccionado los conceptos con la máxima precisión, habíamos “desmitificado” la sociedad capitalista, habíamos penetrado con discernimiento en los mecanismos de manipulación, hablábamos de la “compulsión al consumo” y al mismo tiempo participábamos, más o menos alegremente, según nuestra habilidad o nuestra fuerza de codo, en el juego social del consumo. Actuábamos como si no dependiera simplemente de nosotros no comprar autos sino montar en bicicleta, no seguir la moda sino vestirnos como los trabajadores agrícolas chinos. En realidad, algu-

nos de nosotros lo hacíamos, pero no era más que un gesto barato: al fin y al cabo, cada uno de nosotros tenía al menos una chaqueta en su armario.

Lo que nos había afectado no era la estupidez, sino más bien una arrogancia intelectual totalmente imperdonable y una ceguera aún más imperdonable ante los anhelos, esperanzas y temores de nuestros semejantes. Si bien la palabra “concreto” era una palabra clave en nuestro vocabulario, nos volvimos más abstractos cada día que pasaba. Junto a nosotros, sin la influencia de nuestros debates y excesos ensayísticos, la historia seguía su curso y, con ella, naturalmente, no solo el conflicto político-poder de las superpotencias sino también la lucha de clases. Esta última, sin embargo, la libraban los empresarios y los sindicatos, lenta y tenazmente, sin culminaciones dramáticas ni impulsos revolucionarios por un lado, ni opresión por el otro. Por lo tanto, proyectamos nuestra utopía revolucionaria no realizada, que no era compartida en absoluto por la gente que nos rodeaba, sobre el Tercer Mundo. Recuerdo haber leído el prefacio de Sartre al libro de Fanón *Los condenados de la Tierra* con sincera aprobación. Decía que si un colonizado mataba a un colonizador, morirían dos, el “opresor y el oprimido”⁴. Yo le creía implícitamente al *maestro*. El hombre nuevo, socialista, surgiría de la violencia revolucionaria, de la sangre y de la muerte. Décadas después, yo estaba en Roma cuando encontraron el cadáver de Aldo Moro en un auto aparcado. Fui testigo de cómo un pueblo entero condenó el asesinato con el más profundo luto e indignación. Mientras tanto, yo había aprendido algunas cosas más. Por ejemplo, el hecho innegable de que después de las revoluciones nacionales y supuestamente socialistas —o

⁴ Sartre, J-P. (1983). Prefacio. Fanon, F. *Los condenados de la Tierra*. Fondo de Cultura Económica, p. 20 (N. del T.)

por qué no decir simplemente: nacionalsocialistas— en los países en desarrollo, el hombre nuevo y la nueva sociedad fraternal no habían nacido en absoluto. Surgieron dictaduras, surgieron movimientos fanáticos teocráticos, los pueblos liberados sufrieron una miseria indescriptible, mucho peor que la opresión colonial (y aquí estoy pensando en Camboya, pero también en Uganda).

Afortunadamente, la izquierda estaba allí para protestar cuando se trataba de luchar contra dictaduras declaradas de derecha: Chile, Argentina, por supuesto, Irán y tantas otras. Permanecía en silencio cuando informes exhaustivos y fiables hablaban no solo de los horrores en Camboya, sino también del régimen opresor en Vietnam, por el que habían gritado hasta que les dolía la garganta. ¿No eran aquellos los buenos tiempos en que todavía se podía gritar rítmicamente ¡“hohoho-chi-minh!”? El tío Ho ha muerto. Del país que pretendía continuar su legado, la gente huye sin cesar en juncos sobrecargados, sabiendo que sus posibilidades de supervivencia son escasas y que no encontrarán refugio. La izquierda guarda silencio. (Probablemente, esa también sea una de esas famosas “enfermedades infantiles del socialismo”). Está al alcance de la mano cuando se maltrata a los presos sospechosos de terrorismo, y felicito expresamente a la izquierda por su disposición a protestar; y me uno a su protesta contra el comportamiento de los guardianes del orden público que se toman demasiado en serio. Lo hago hoy como lo hice ayer y también antes, cuando siempre estaba dispuesto a hacer mío el lema: “Allí donde haya más fuertes, siempre hay que ponerse del lado de los más débiles”. Pero ya no tolero la visión tuerta de las cosas, precisamente porque mi propio ojo izquierdo se abrió muy tarde. Creo que es necesario decirlo. Y tampoco debemos sucumbir al miedo de recibir la aprobación del sector equivocado. Nuestra ira y nuestro dolor se dirigen contra

el reaccionarismo, eso está claro. Pero ya no podemos pasar por alto a quienes dan argumentos a los fascistas y nazis oscuros para que los utilicen a su antojo. Ya es hora de que elaboremos un nuevo concepto de izquierda, y en el momento oportuno tengo la intención de contribuir con mi pequeña parte a ese esfuerzo.

En realidad, me preocupa la izquierda y su existencia futura. Ahora, como siempre, mi aversión se dirige a la derecha, que se ha beneficiado descaradamente de nuestra preocupación por las abstracciones y nuestra unilateralidad. ¿O acaso alguien cree que un “caso Filbinger” habría sido tan posible si el *pueblo*, al que descuidamos, hubiera estado de nuestro lado?⁵ Me refiero al pueblo real, y no a algún espantajo conceptual. ¿Alguien cree que los nazis en Alemania y los colaboracionistas en Francia, Bélgica y Holanda podrían haber recuperado una posición fuerte si nosotros, por nuestra parte, no nos hubiéramos visto comprometidos, por un lado, por un “socialismo” al que, comprensiblemente, pero bastante imprudentemente, nos mantuvimos leales, y, por otro lado, por nuestra teorización sobremundana? El enemigo triunfó en todos los frentes, pero no solo porque practicó sus intrigas al abrigo de los Estados Unidos, no solo porque los socialdemócratas blandos estaban dispuestos a cooperar con la CIA, ni tampoco solo porque el capitalismo monopolista internacional se había reunido inmediatamente después de la guerra y había tomado la ofensiva con un poder concentrado. Si nos encontramos donde estamos hoy, frente a dificultades, aunque todavía no directamente amenazados, debemos atribuirnos gran parte de la cul-

⁵ Hans Filbinger, gobernador del Estado de Baden-Württemberg, en el suroeste de Alemania, se vio obligado a dimitir en 1978 cuando se reveló que, como juez de la marina durante el Tercer Reich, había condenado celosamente a muerte a al menos cuatro militares alemanes (N. del T.)

pa. No nos faltó “rigor teórico”, pero ciertamente nos faltó esa lucidez que no se degrada si se la llama sentido común (una cualidad que se critica muy injusta y arrogantemente como “banal”).

Es esta modesta pero de ningún modo inútil herramienta mental la que voy a emplear para anotar los siguientes pensamientos sobre la situación intelectual y política de la República Federal, que es lo que más interesa a nuestros lectores, naturalmente. Por supuesto, me doy cuenta de que, como vivo en el extranjero y visito Alemania solo brevemente de vez en cuando, soy un extraño, sin duda menos informado de los detalles que cualquier lector de periódicos alemanes. Pero no creo que esta situación peculiar me descalifique para juzgar las condiciones alemanas. Al contrario, esta misma distancia me permite verlas desde la perspectiva adecuada. De lo contrario, sin duda no me habría decidido a escribir este artículo.

Los alemanes, y sobre todo mis amigos de izquierda, no ven el bosque por los árboles, por así decirlo. Con la ayuda de la prensa internacional, que leo fielmente, reconozco desde lejos no solo el bosque, sino también los contornos de las colinas y las montañas. Así, puedo preguntarme qué ha sucedido en Alemania desde que terminó la guerra y qué está sucediendo allí hoy, confiando en encontrar algunas respuestas fiables. Ya he aludido a algunas cosas más arriba. Al principio, los alemanes no se preocupaban por ideologías, ideales o utopías, sino más bien por la mera supervivencia de un día para otro. Dicho esto, debo detenerme y hablar de un lugar común del que yo mismo fui víctima. Según este lugar común, el país sufrió el hecho de que la revolución de la clase media nunca se llevó a cabo hasta su fin, de que dos veces, en 1918 y 1945, Alemania no alcanzó la democracia por sí

sola, sino que se le impuso. La noción de la revolución de la clase media fracasada puede ser correcta, pero no lo es. También en este caso, sin embargo, los historiadores profesionales lanzan sus juicios de peso sobre la balanza y nos dicen que un cierto elemento de la revuelta del Tercer Estado (por ejemplo, la tolerancia religiosa) fue traído consigo por el conquistador emperador Napoleón y que solo por esta razón las libertades de la clase media y la opresión nacional concurrente se convirtieron en una contradicción histórica insoluble para los alemanes.

En 1918 la situación era diferente. *Wenn wir 1918...* era el título de un libro que se leyó mucho durante el período de entreguerras⁶. Sí, si en 1918 hubiéramos tenido solo... Pero en ese momento, también, la situación era tal que la revolución habría significado algo parecido a “dominio extranjero”. ¡Basta con pensar en la profunda amargura de Thomas Mann justo después de que terminó la guerra! Los revolucionarios de clase media miraban hacia Occidente, que dictaba la tan conocida “paz de deshonra”; los revolucionarios proletarios emergentes miraban hacia la Unión Soviética, sobre la que incluso personas como Rosa Luxemburg estaban preocupadas. Pronto me asaltó la idea de una revolución alemana, que habría dado al país un rostro nuevo y mejor. Alemania no había sufrido daños. El ejército estaba “invicto en el campo de batalla” (se oía eso con bastante frecuencia y se bromeaba al respecto, sin preguntarse si esa afirmación no contenía un ápice de verdad). Las fábricas funcionaban bien. Se podrían haber constituido consejos de obreros y soldados que se hicieran cargo de la administración y de la economía. Nada de eso era inviable. Lo que impedía su viabilidad no era la lógica histórica, sino la facticidad. Los cuadros, impreg-

⁶ Müller, W. (1930). *Wenn wir 1918 . Eine realpolitische Utopie*. Mailk-Verlag (N. del T.)

nados por la leyenda de la puñalada por la espalda, no eran simplemente antirrevolucionarios, sino claramente antirrepublicanos. Las potencias dominantes en la economía y la industria estaban en plena posesión de sus privilegios y no pensaban renunciar a ellos, sobre todo porque estaban seguras de la aprobación de los vencedores en ese sentido. Sin embargo, la cuestión de “si en 1918 hubiéramos tenido solo...” era legítima.

Pero en 1945 la situación era totalmente distinta. Todo el país estaba ocupado y presentaba la impresión indeleble de un paisaje trágico de ruinas. Es cierto que los aliados occidentales no eran vistos como liberadores políticos, pues el pueblo había aceptado con relativa indiferencia la falta de libertades, manejada con bastante habilidad por los nazis. Pero los vencedores ayudaban a los hambrientos. Y el miedo a los rusos no era solo una reliquia de la propaganda de Goebbels, sino también, en gran medida, el fruto de una terrible lección objetiva. Unos años después del colapso del Reich, cuando la RDA emergió de la “Zona”, muchos ciudadanos de espíritu liberal que estaban felices de librarse de los nazis podían, en relación con Alemania del Este, repetir las palabras de Kästner: “No se puede construir un país con esta gente”. En 1945, la revolución alemana simplemente no estaba en la agenda, no solo porque las potencias ocupantes la hubieran sofocado de todos modos, sino también porque el *pueblo*, en su abrumadora mayoría, no quería saber nada de ella. Hoy en día, después de mucho tiempo, se olvida que Berlín era algo más que la “vitrina de los amos capitalistas”; era el ejemplo más claro de una realidad que las masas conocían mejor que los intelectuales de izquierdas que estaban dispersos por el país y que hasta hoy no tenían hogar. Durante el bloqueo, se llevaban alimentos al sector occidental de la ciudad; en el sector oriental, se

obligaba a la gente a asistir a cursos de formación marxista.

Pero ¿justifican estos hechos inalterables los poderes del conservadurismo y exponen a las mujeres y los hombres de izquierda, algunos de los cuales habían salido de los campos de concentración de Hitler, como soñadores infantiles? Naturalmente que no. Estoy seguro de que la falta de una izquierda auténtica fue la responsable de la calamidad alemana: los desorganizados de la izquierda fueron incapaces de alinearse entre sí y ya en ese momento reemplazar al Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) por un nuevo partido socialista. Pero este partido tendría que haber sido absolutamente un partido sin *ilusiones*. No habría prosperado mejor en el clima intelectual de la Escuela de Frankfurt que en el del realismo en el que prosperó en cambio el SPD. Dios sabe que el SPD todavía se enorgullece de no tener *ideología* y se las arregla día tras día y de elección en elección y, como los viejos socialdemócratas de Weimar, tiene un miedo mortal de que sus enemigos lo hagan pasar por un “grupo sin raíces”. ¿Habría sido posible? Nada es menos gratificante que la retrospectiva histórica con “sí” y “pero”. Inevitablemente, sin embargo, uno comienza a especular y a hacerse preguntas que en principio no pueden responderse. En la línea de lo que he sugerido antes, se puede decir que habría sido imposible crear un auténtico partido socialista. Por un lado, los aliados occidentales lo habrían cortado de raíz y, por otro, el pueblo de Alemania Occidental —que solo buscaba sobrevivir, mutilado por el trauma ruso y todavía bajo el hechizo de la propaganda de Goebbels— no habría querido saber nada que recordara siquiera remotamente al marxismo (que era malvado de cabo a rabo). Sin embargo, se podía imaginar otra evolución —no probable, pero tampoco imposible—: suponemos que la “Bi-zona” y, más tarde, la República Federal

hubieran intentado llevar a cabo la revolución de la clase media que nunca se llevó a cabo —sin terror, guillotinas y carros de cadáveres—, sino con un único impulso revolucionario incruento que hubiera superado la estructura gobernante tradicional. Gracias a su no violencia, las potencias ocupantes difícilmente habrían podido impedirlo. De hecho, se incluyó una medida de ese tipo como una posibilidad en las plataformas del partido, incluso en la de la CDU⁷. Las “reivindicaciones de derecho natural” para una nueva distribución del gran pan del futuro habrían movilizado al pueblo, no a un pueblo mítico, sino a un pueblo muy concreto. Al mismo tiempo, *la patria, la nación*, se habrían constituido en Alemania Occidental según el modelo francés. De las ruinas habría surgido un socialismo que no se parecería en nada a todos los modelos socialistas decepcionantes que conocemos.

Pero esto es un juego intelectual. Fue una restauración que se hizo realidad. Creó un país en el que se podía, y se puede, vivir y que al principio fue atacado como “fascistoide” solo por aquellos que eran sus hijos más mimados y privilegiados: por la joven generación de estudiantes, que estaba menos “alienada” de lo que estaba dispuesta a admitir. En la medida en que eran honestos consigo mismos, estos jóvenes experimentaron la “compulsión de gastar y comprar” de la que hablaban una y otra vez con la misma felicidad con la que un masoquista siente los golpes de su amo autoelegido. Esta generación estaba liderada por un grupo de profesores universitarios distinguidos, refinados y estéticamente sensibles que vivían, viajaban y pensaban en el lujo. La revolución, o su mito, se convirtió en un bien de consumo en sí misma. Pero los

⁷ La *Christlich Demokratische Union Deutschlands* (Unión Demócrata Cristiana de Alemania) es un partido político alemán. Se define a sí mismo como un partido de centro, demócrata cristiano, liberal y conservador (*N. del T.*)

pocos que se avergonzaban de este miserable estado de cosas se dedicaron a lo que creían que era la verdadera "acción". Al principio, solo hubo incendios en los grandes almacenes. Pronto empezó a correr la sangre. Cuando los alemanes se ponen serios, las cosas se vuelven horribles por todas partes.

Los que se frotaron las manos fueron los poderes dominantes, y en Alemania se trataba de los paleonazis, que, por supuesto, ya se preparaban para alimentar a los neonazis. Nada les habría venido mejor que los revolucionarios del consumo, que jugaban sus juegos a la sombra de la Restauración, por un lado, y los revolucionarios del terror, que habían huido directamente de su idealismo aturdido hacia el reino de lo patológico, por el otro. Con gran habilidad, no solo organizaron la ira popular al mejor estilo de Goebbels, sino que también intimidaron tanto al SPD que el nombre del admirable Willy Brandt está ahora ligado de manera realmente trágica a una de las acciones más estúpidas y también más ineficaces del gobierno, una acción que, además, dañó la reputación de la República Federal en el extranjero en una medida que no pueden imaginar los políticos alemanes, que, embriagados por una nueva sensación de poder, tienden a toda clase de excesos. Me refiero, por supuesto, al *decreto de los radicales*, del que se ha hablado hasta la saciedad⁸. Mis lectores saben mejor que yo, que soy un extraño en lo que respecta a Alemania (y quiero seguir siéndolo), que esta decisión no va dirigida contra ciertos abogados respetados.

⁸ El 28 de enero de 1972 el entonces canciller de la República Federal Alemana, el socialdemócrata Willy Brandt, y los presidentes de los diferentes Estados federales firmaron la "resolución sobre el empleo de extremistas en los servicios públicos", que estableció que "solo podrá acceder al funcionariado quien ofrezca garantías de que en todo momento actuará a favor del orden fundamental, liberal y democrático establecido en la Constitución". A ello se le llamó el "decreto de los radicales" (N. del T.)

dos, funcionarios o viejos empresarios con manchas marrones o rojas en sus manos codiciosas, ni contra jóvenes que encuentran más favorecedoras las camisas marrones o negras que un traje de vaquero, ni contra políticos que están convencidos de que el honor del señor Rudel como soldado alemán no solo no puede ser impugnado sino que debe ser presentado como un modelo a los reclutas de las *Bundeswehr*⁹. No, la decisión dirige todo su rigor constitucional contra un joven maestro que distribuyó panfletos maoístas hace diez años, contra un abogado que de paso firmó una vez un manifiesto subversivo, también contra un escritor que se atrevió a especular sobre la violencia¹⁰.

Todo esto despierta una ira renovadora. Bueno, bueno, están prolongando el proceso de Majdanek, esperando en silencio que los pocos testigos supervivientes mueran o se vuelvan tan escleróticos que cualquier miserable canalla pueda ridiculizar fácilmente su testimonio; pero en los expedientes de profesores titulares de secundaria que durante años no han tenido otros intereses que su trabajo y su familia, buscan marcas negras (que quisieran convertir en insignias amarillas). Pero la ira se convierte en pena resignada cuando uno se pregunta dónde estaba la vieja y experimentada izquierda durante el curso de los acontecimientos que nos llevaron a donde lamentablemente

⁹ Hans-Ulrich Rudel fue un célebre piloto de combate alemán. Fue poseedor hasta su muerte de la más alta condecoración alemana de su época: la Cruz de hierro con hojas de roble en oro, espadas y diamantes del Tercer Reich. En la posguerra, fue un destacado activista neonazi en América Latina y Alemania Occidental (*N. del T.*)

¹⁰ Es posible que se trate de una alusión autobiográfica. En 1975, la fiscalía de Colonia inició una investigación a raíz de una declaración –sensible y malinterpretada– que Améry había hecho durante una mesa redonda televisada en relación con la huelga de hambre del grupo terrorista Baader-Meinhof, que se encontraba en prisión. El asunto fue archivado rápidamente (*N. del T.*)

estamos ahora, cuando estamos más indefensos que nunca. ¿Estábamos —y me incluyo personalmente— “en alerta”? ¿O estábamos luchando como viejos Don Quijotes contra molinos de viento, al mismo tiempo que los batallones enemigos se agrupaban metódicamente y de acuerdo con la tradición santificada? Si miro hacia atrás, me parece que todos fracasamos lamentablemente, y no solo en Alemania. No pocos de nosotros no teníamos otra preocupación que la obsesiva necesidad de *no perder el contacto con los jóvenes*. Pero la juventud no es más sagrada que la vejez venerable. Por su experiencia y sus conocimientos (que nunca son fruto del mérito personal, sino simplemente acumulados con el tiempo), la generación mayor, sin ninguna pretensión de sabiduría, tiene la obligación social de enseñar.

En vano me planteo la difícil cuestión de si hemos llevado a cabo la labor pedagógica que se nos había encomendado. Todos estábamos en un estado de confusión, atrapados entre resentimientos, un falso sentimiento de triunfo y esperanzas desenfrenadas. Nos faltaba optimismo. Exigíamos a los jóvenes desprotegidos e ignorantes que estuvieran de acuerdo con todo lo que decíamos. Al mismo tiempo, estábamos ansiosos por estar de acuerdo con todo lo que decían y no teníamos en cuenta el hecho de que todavía no eran capaces de expresarse. Algunos de los exiliados del Tercer Reich regresaron de América. Allí habían vivido en guetos de emigrados e intelectuales. No conocían en absoluto ese vasto país, pero lo presentaban como si fuera la patria tanto de los Babbitt como de los sanguinarios señores del complejo militar-industrial. La Alemania Occidental restauradora, que en poco tiempo se convirtió en una copia en miniatura de los Estados Unidos y en una especie de granja modelo transatlántica, fue vista a través de los lentes de los cansados de los Estados Unidos, que acababan de experimentar el

macartismo. Como eran ajenos a ese país gigante, no podían prever que los estadounidenses se librarían no solo del desastroso senador, sino, mucho más tarde, del considerablemente más peligroso Nixon, ni cómo estaban empezando a resolver enérgicamente el problema racial. La falsa imagen de América produjo en nuestras mentes una imagen distorsionada de la República Federal. Así, nos convencimos a nosotros mismos y a aquellos a quienes se suponía que debíamos enseñar que, junto con todos sus socios de la OTAN, la República Federal era un infierno, “tan inhabitable como la luna”. Encerrados en nuestro mundo conceptual abstracto neomarxista, vimos manifestaciones fascistoides porque había bancos y complejos industriales; y en vista de tal horror nos olvidamos del fascismo ordinario, del nazismo, para ser más exactos (¡porque la ecuación fascismo = nazismo es falsa!). Y de una manera verdaderamente imperdonable, descuidamos al menos parcialmente la ilustración de la juventud sobre él. En lugar de analizar la realidad histórica, erigimos castillos de naipes conceptuales. Con muy pocas excepciones, como Victor Klemperer, quien reflexionó sobre la “LTI”, el lenguaje aún no confrontado del nazismo, no hablamos de la vida cotidiana bajo los nazis¹¹. En cambio, gritamos estridentemente “¡Peligro! ¡Fascismo!”. Cuando un ministro de economía mal educado llamó a los intelectuales de izquierdas “*pinschers*”, los jóvenes gritaron con nosotros. No es culpa suya que hayan perdido de vista todas las proporciones. En lugar de desarrollar con calma nuestras estrategias pedagógicas y políticas, estábamos disparando a los mosquitos con cañones. Las masas observaban nuestra batalla de palabras con total indiferencia. Tenían lo que necesitaban, y algo de sobra. Un camarada de campo de concentración bávaro, comunista, cu-

¹¹ El revelador estudio de Victor Klemperer sobre la lengua del nazismo se publicó por primera vez en 1947 con el título *LTI (Lingua Tertii Imperii). Notizbuch eines Philologen (N. del T.)*

yos superiores lo habían instado a escribir artículos sobre la miseria de los trabajadores en la República Federal, me dijo con resignación a principios de los años sesenta: “Escribo y escribo. Pero la gente dice: ¿Qué diablos quieren esos estúpidos bastardos, los idiotas?” Hoy sé que los “estúpidos bastardos” no eran solo los funcionarios del Partido Comunista, sino también nosotros. Alguien que acababa de mudarse a su nueva casa unifamiliar no estaba alienado, sino que regresaba a casa desde el territorio extraño de los escombros. En Francia, alguien que despertaba de la monotonía de la decadencia de la vida rural y veía surgir en torno a Grenoble los complejos industriales que creaban trabajo (y, además, vacaciones de cuatro semanas y apartamentos adecuados para seres humanos), no se sentía “manipulado” por una máquina anónima. Veía que se abrían nuevos horizontes. Por eso, en mayo de 1968, era inevitable que los aproximadamente nueve millones de trabajadores en huelga entraran muy rápidamente en negociaciones salariales serias con el gobierno Pompidou y desestimaran con impaciencia las cascadas de palabras en la Sorbona y en el Teatro del Odéon con un gesto de la mano. Nosotros, la generación anterior, éramos unos profesores miserables. Nuestra ira debe dirigirse no solo contra el enemigo de la clase obrera, que era, es y seguirá siendo eso, y en esta medida todos podemos ser marxistas con seguridad, sino sobre todo contra nosotros mismos.

La verdad es que hemos fracasado. Por eso hoy estamos indefensos ante amenazas como el decreto de los radicales, que cito solo como ejemplo. Lo que importa ahora es hacer *tabula rasa*, no solo entre los “oprimidos”, como dice la *International*, sino también en nuestro triste círculo. Debemos redefinir el concepto de izquierda para nosotros mismos y luego actuar pragmáticamente de acuerdo con él, y el pragmatismo, por supuesto, no ex-

cluye la gran utopía, sino que la llena de contenido real. Solo en estas condiciones estaremos fortificados, no para "la batalla final", que todavía es un asunto incierto, sino simplemente para la cantidad de escaramuzas más o menos encarnizadas que nos esperan y que debemos librar hasta el final, sin algarabía, sin obsesiones persecutorias y sin alucinaciones apocalípticas. Porque Hitler no está *ante portas*, no importa qué tipo de tonterías sobre Alemania esté difundiendo la prensa francesa, que sigo muy de cerca. La historia no se repite, e incluso el "fascismo" (que, por cierto, no es ni de lejos el nazismo) no supone una amenaza inmediata, ni siquiera si, *por desgracia*, ese archibávaro, cuyo nombre no tengo que mencionar, se convirtiera en canciller alemán.

Si veo bien las cosas, lo que amenaza a los alemanes no es una tiranía como la de Argentina, ni hablar de Chile o Nicaragua. Quienes tienen esas ideas y emprenden, en consecuencia, actos de contraviolencia, solo están haciendo el juego a los elementos verdaderamente peligrosos. Me refiero al buen y viejo autoritarismo alemán, que en tiempos del káiser Guillermo se las arreglaba sin torturas ni signos de brutalidad física, de modo que el Thomas Mann de *Consideraciones de un apolítico* se sentía capaz de profesarle lealtad. Poco a poco, paso a paso, intentarán limitar las libertades civiles. No podremos luchar contra eso con conceptos que no dicen nada al pueblo, ni tampoco con consignas agoreras como el "gran rechazo". Lo que nos corresponde es, en primer lugar, el coraje de las propias convicciones, que echo de menos tanto hoy como en los años en que, hablando con franqueza, no se arriesgaba una carrera lucrativa, por ejemplo, sino más bien el cuello. En aquellos tiempos, las SA nos pegaban; hoy en día, algún estúpido entrometido está husmeando en nuestro expediente. No debemos aceptar ese fisgoneo. Al contrario, debemos combatirlo con todos los medios que la de-

mocracia “formal” pone a nuestra disposición. Al hacerlo, no debemos eludir ningún riesgo, pero tampoco tenemos que imaginarnos de inmediato que cada uno de nosotros es su propio Ossietzky. Nuestra incansable vigilancia, nuestra disposición a luchar no debe hacernos gritar “fuego” cuando todavía no hay llamas. La conducta dura, vigilante y lúcida que dicta el sentido común no tiene nada de heroica. Tendremos que prescindir del heroísmo y de los planes de salvación personal. Esto puede ser lamentable para algunos de nosotros, a quienes tal vez tratarán de excluir de los medios de comunicación, pero no tiene nada de trágico. Entonces los viejos izquierdistas, que fuimos testigos, recuperaremos la credibilidad que perdimos y tendremos de nuevo la oportunidad de triunfar que, en momentos sombríos, creíamos ya perdida.

Creo que lo que tenemos por delante no es un gran drama cuyo punto culminante histórico sea una última y sangrienta batalla. Debemos resignarnos a librar batallas limitadas, que consistan sobre todo en un paciente trabajo de ilustración. Serán verosímiles para el pueblo, para él, y no para los agudos gritos de advertencia que emitimos algunos de nosotros, y seguramente no para las impías y patéticas especulaciones conceptuales que nadie escucha y que siempre podemos cultivar como una especie de pasatiempo político cuando lo anhelemos. Afortunadamente, el Hitler que conocimos, *nosotros y solo nosotros*, y no los jóvenes asistentes a los seminarios de historia contemporánea, simplemente no está presente. Los viejos nazis están muriendo con nosotros. ¡Qué bien! Sus nietos, que están descubriendo el antiencanto de los uniformes y los emblemas, no me parecen peligrosos; *todavía* no, aunque no comparta en absoluto la opinión de Martin Walser de que no son más que una estúpida pandilla de carnavales. Nuestros sueños de 1945 están muriendo con nosotros. ¡Qué triste! Pero esa es la voluntad de la realidad

histórica, para la que no son más que basura. Pero no hay que quejarse. No hay batallones pardos que despejen violentamente las calles para poder pasar a pisotearlas. Hay nuevos amos con nuevas reivindicaciones. En su abrumadora mayoría, sin duda se parecen más a Monsieur Giscard que a Röhm. Debemos oponerles argumentos diferentes, es más, con una visión del mundo completamente nueva que la que opusimos a nuestros adversarios de los años 1930 a 1933. Pero ¿quiénes somos “nosotros”? Somos solo los que nos retiramos, los que con la ayuda de las estadísticas podemos calcular más o menos cuánto tiempo seguirán resonando nuestras voces. Lo que importa son los que vendrán después de nosotros. No podemos transmitirles nuestras experiencias. Pero gracias a ellas mismas y siempre que las hayamos asimilado racionalmente, podemos darles algunos consejos. Podemos hacerlo si refrenamos nuestra ira (¡lo que no significa que la sofoquemos!). Puede que esto ocurra y lo hará, pero esto debería ocurrir solo dentro de los límites de nuestra experiencia personal y nuestros recuerdos. En el momento en que nos dirigimos públicamente a las generaciones más jóvenes, nuestra ira debe transformarse ya en razón radical. Si no es capaz de soportar este proceso, se desvanecerá como el humo y no quedará nada más que un olor rancio de días pasados.

La época de la rehabilitación

El Tercer Reich y la objetividad histórica*

A veces bastan las bagatelas para que de repente “se nos caigan las escamas de los propios ojos”, como dice el dicho: simples bagatelas, pequeñas cosas sencillas que, sin embargo, precisamente por su sencillez, iluminan como bengalas el paisaje de una época.

Así, en un prestigioso semanario suizo, un periódico liberal-conservador bienintencionado que no duda en concederme de vez en cuando un espacio para modestos comentarios, aunque se me considere de izquierdas, leí hace poco una crítica de la película francesa *Le vieux fusil*. La película, ciertamente no una obra maestra de su categoría, pero aun así un *thriller* político lleno de suspenso, tenía como tema la historia de un cirujano apolítico que, durante la ocupación de Francia por los nazis, también trata a hombres heridos del Maquis y los alberga en su hospital. Como resultado, las SS, junto con colaboradores franceses, hacen que la joven esposa del médico y su pequeña hija mueran quemadas de manera espantosa, en una operación como la de Oradour. El hombre profundamente herido se siente de repente arrancado de su sistema de valores de clase media y sumergido en una jungla de resistencia, agresión, honor herido y sed de ven-

* „Die Zeit der Rehabilitation: Das Dritte Reich und die geschichtliche Objektivität“, Biak, K. & Klett, M. (Hrsg.). *Österreichische Autoren bei Klett-Cotta*. ÖBV-Klett-Cotta Verlagsgesellschaft m.b.H., 1981, pp. 21-35 (N. del T.)

ganza. En él se revelan secretos que jamás hubiera imaginado en circunstancias normales. En un trágico frenesí de venganza, mata metódicamente a uno tras otro a los asesinos de las SS con un viejo rifle de caza.

En definitiva, la película no es una obra maestra, pero, más allá del gran espectáculo del actor principal, Philippe Noiret, transmite fielmente una parte de la realidad de Francia en 1944. Desde el punto de vista cinematográfico, el crítico podría haber objetado con razón este o aquel aspecto de la película, pero decidió no hacerlo. En lugar de ello, dio rienda suelta a su irritación y afirmó que la película era “propaganda política”. Los hechos históricos no le preocupaban demasiado. Obviamente, le parecía escandaloso que se presentara a los SS como lo que eran: ojos azules, curtidos en la batalla, viles, despiadados y, además, estúpidos. Le pareció estereotipado, anticuado y desgastado, y no se tomó la molestia de investigar si las unidades de la Calavera del Tercer Reich no se habían comportado, de hecho, exactamente como afirma el cliché, en cuyo caso, por supuesto, ya no sería un cliché, sino una afirmación objetiva, tan banal y verdadera como la afirmación “La nieve es blanca”. Leí esto y de repente comprendí lo que ya se venía gestando desde hacía unos años, pero ante lo cual había cerrado los ojos: que había llegado el *momento de la rehabilitación*. Parece que por fin se quería abordar el Tercer Reich, que se convirtió en un mito porque desde el principio se pretendió que se convirtiera en un mito, con “objetividad histórica”. El preludeo fue probablemente el *best-seller* sobre Hitler de Joachim Fest, una biografía ingeniosamente elaborada al estilo de Emil Ludwig o Stefan Zweig, en la que se nos presentaba a un Hitler “desde el punto de vista humano”¹. Dicho esto, debo señalar inmediatamente que el

¹ Fest, J. (2012). *Hitler. Una biografía*. Booket (N. del T.)

fenómeno de la rehabilitación no es una tendencia específicamente alemana, sino más bien internacional; si se quiere, es un “cambio de tenor”. En un momento analizaremos hasta qué punto el movimiento del péndulo se está produciendo en el extranjero.

En primer lugar, sin embargo, es necesario tratar la cuestión de si la “objetividad histórica” debería o podría existir, y particularmente en este caso. Es cierto que la indignación moral no puede mantenerse firme frente a los efectos silenciosamente erosivos y transformadores del tiempo. Es inútil, aunque no totalmente injustificado, exigir que el nacionalsocialismo sea sentido como un ultraje con la misma intensidad emocional que en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Sin duda, existe algo así como una entropía histórica: el “gradiente de calor” histórico desaparece; el resultado es un equilibrio sin orden.

Pero al considerar los procesos históricos no debemos fomentar esta entropía; por el contrario, debemos resistirnos a ella con todas nuestras fuerzas, aunque solo sea porque una distribución uniforme de las moléculas históricas ya no nos permitiría discernir una imagen coherente de la historia. Pero más decisiva para las preocupaciones humanas es la exigencia de que el estudio de la historia contenga un componente de *juicio moral*, como lo tienen los propios acontecimientos históricos. La realidad solo es razonable en la medida en que es moral. Y como preocupación de la humanidad, la historicidad se vuelve *antinatural* en cuanto pretende ser neutral respecto de los valores. Visto así, el mito del Tercer Reich como mito del mal radical es más fiel a los hechos que una pretendida objetividad que no se opone al mal y que, ya por su sola indiferencia, se convierte en defensora de ese mismo mal.

En lo que se refiere a nuestro problema, los alemanes, como ya hemos dicho, son menos dignos de reproche que sus antiguos enemigos en el seno de la alianza occidental. Los alemanes están a punto de establecerse políticamente como la potencia mundial que económicamente ya han sido durante mucho tiempo. No tienen ninguna necesidad de iniciar procedimientos de reparación en beneficio de los nazis. Pueden limitarse generosamente a hacer una celebración de su Speer y, por lo demás, decir que los demás no eran mucho mejores, y ahora lo reconocen ellos mismos. Desde el "Archipiélago Gulag", parece cada vez más probable, dicen, que Hitler no fuera el cerdo que había que sacrificar, y ¿qué decir de las atrocidades de Vietnam, Watergate y Lockheed? Basta con echar un vistazo a todo eso y ver qué es lo que la gente quiere de nosotros, los alemanes. ¿Y por qué tanto alboroto innecesario sobre el Tercer Reich?

No cabe duda de que Francia es su mejor aliado. En este país, la Resistencia ya era un fastidio para el presidente Pompidou: "*La résistance m'agace*", decía el hombre. Sin duda, el siniestro Pétain tendrá pronto su tumba de honor en Verdún. Allí, por razones de "objetividad histórica" y porque los veteranos, como es sabido, son infamemente ridículos, se esfuerzan constantemente por asegurar al poderoso vecino del Este que no son rencorosos, sino que están decididos a levantar tanta polvareda delante de su propia puerta que ya no se puedan discernir los hechos del pasado. Con ello, esta nación (que no se cansa de celebrar a Ernst Jünger, mientras ignora soberanamente a Heinrich Mann) pierde todo criterio político, moral y estético. A pesar de las protestas belgas, en Francia el colaborador y escritor Félicien Marceau, condenado a prisión *por contumacia* en Bruselas, es elegido miembro de la Academia Francesa. Gracias a la novela *El ogro*, solemnemente tediosa, ahogándose en el pantano de Masuria de su

propio lirismo absolutamente falso, el germanista Michel Tournier se convirtió en el intérprete casi oficial del alma alemana en Francia. ¡Él, y no Robert Minder o Pierre Ber-taux! Casi al mismo tiempo, comenzó la limpieza en casa. Se redescubrió y se restableció a Ferdinand Céline, con su paranoica mezcolanza verbal, un autor que ciertamente roza el genio, pero que constantemente cruza sus fronteras hacia el reino de la locura. Por razones de tacto, ya no se habla de su libro *Bagatelles pour un massacre*, que literalmente insta a un pogromo general. El poeta de Sangre y Tierra Jean Giono, un equívoco “pacifista” y acérrimo defensor del Acuerdo de Múnich, fue y es mimado tan cordialmente que con toda seriedad una “Sociedad de Amigos de Giono” está haciendo esfuerzos para que su casa en Provenza sea clasificada como monumento histórico.

En el cine sucedieron las peores cosas. El punto de inflexión se produjo en el afán de objetividad de los productores del documental para televisión *Le chagrin et la pitié*, que no reveló nada más que el hecho, en verdad nada original, de que los héroes se están cansando, los viejos débiles de espíritu, y que no todos los franceses participaron en la aventura épica de la Resistencia. Dio a los franceses la buena conciencia de la objetividad y a los alemanes la seguridad de que, cuando se trataba de todo o nada, los demás no eran mucho mejores que ellos. Una señal para partir hacia nuevas costas. No tardó mucho en que el talentoso Louis Malle nos presentara su *Lacombe, Lucien* (una buena película, sin duda mejor que *Le vieux fusil*), que, por cierto, no era otra cosa que una inteligente defensa de la colaboración y la tortura nazis. Lucien Lacombe era un pobre diablo; de esta manera, se deslizó hacia la criminalidad fascista, de la que se podía concluir con absoluta certeza que, vistos a la luz del día, todos los asesinos nazis, incluido Himmler, eran unos pobres dia-

blos. *Tout comprendre, c'est tout pardonner*. Así que perdonaron (como el querido Señor, cuyo oficio es perdonar), y de esta manera también abrieron una puerta trasera lo suficientemente amplia como para dejar entrar de nuevo a la bestialidad.

Aún más descarada, gracias a su ingeniosa inyección comercial de la tendencia sadomasoquista en el movimiento de rehabilitación, fue la película *Portero de noche*, de la directora italiana Liliana Cavani, en la que se alcanza el colmo de la estupidez narrativa y de la censura moral. La aventura masoquista de una ex deportada, que encuentra en la figura de un portero de noche a uno de sus antiguos torturadores y descubre que el truco de las cadenas, los látigos y la sangre no carece de cierto encanto, fue vendida a un público que oscilaba entre la insensibilidad y el esnobismo. Para colmo, la autora de la escandalosa película tuvo incluso el descaro de apoyar sus ideas citando a Freud y Nietzsche en una entrevista concedida a un semanario francés. Toda la indignación justificada de quienes en su día se vieron afectados directamente por la adversidad no sirvió de nada. El *chic* Sade-Bataille de los pseudointelectuales celebró triunfos repulsivos. Juntos, el juego y la tontería se apropiaron de las enormidades y prosperaron. Cansado de todo esto, uno quisiera retirarse y decirse a sí mismo que esa gente es estúpida y está llena hasta los huesos de cháchara indigesta. Lo mejor es dar la espalda a la pared y olvidarse.

Pero esto no es admisible. Todavía no. El tiempo no ha terminado todavía su labor de borrar las diferencias, es decir, el "gradiente térmico" social provocado por los crímenes nazis no ha sido compensado todavía por la entropía histórica. La protesta es absolutamente necesaria para no falsificar un cuadro histórico, un cuadro en cuyos rasgos reconocemos el mal radical que no puede compa-

rarse con ningún acontecimiento anterior y, estoy convencido, no será igualado en atrocidad por nada que pueda venir. No importó mucho que la inteligente Susan Sontag protestara contra la idolatría internacional de moda de Leni Riefenstahl y su *kitsch* inflado (que armonizaba tan bien con los pilones de yeso del señor Speer y al que se arrodilla la ultravanguardista *Cahiers du Cinéma*). Desde los Estados Unidos he recibido la noticia de que la película de propaganda anticheca *Die goldene Stadt* (es decir, Praga), de Veit Harlan, se está proyectando allí con gran éxito en los cines destinados especialmente a programas en lengua alemana. ¿Y cuándo, señores, volverá a ser apreciada *Jud Süß*? La película no es realmente tan irrelevante en un momento en que un nuevo antisemitismo se aventura bajo la apariencia de antisionismo “izquierdista”. Los contendientes, que se embelesan con las acciones de los déspotas del África del Norte y del África negra, están cerrando el círculo en dirección a los filisteos habituales de las mesas de cerveza, con quienes se confunden a sí mismos como adversarios, cuando en realidad son su complemento.

La perversa cópula de la derecha y la izquierda que se nos revela en la ola de rehabilitación es más profunda y extraña de lo que sospechan los derechistas e izquierdistas. El claro reconocimiento de Susan Sontag de que el alboroto en torno a Leni Riefenstahl se debe, al menos en parte, a la agitación de la “izquierda” feminista da con *una* verdad, pero no con toda la verdad. Esta última es tan complicada que en el espacio del que dispongo debo contentarme con indicaciones. Por lo tanto, solo esto: detrás de la estética fascista, absolutamente falsa, que encuentra la “belleza” no solo en una película sobre un mitin del partido del Reich, sino, si es necesario, en escenas de tortura política, se esconde el irracionalismo de siempre bajo un disfraz muy moderno. Asume las formas más variadas

y, no lo niego, a veces las más atractivas. Puede aparecer como Spengler transformado en Michel Foucault. Como culto a Wilhelm Reich, puede desdeñar la “sublimación” civilizada de Freud y profesar un exceso sexual en cuyo final lógicamente predecible no hay “placer sexual”, sino violencia y asesinato. Puede revestirse estructuralmente de un renacimiento rousseauiano y abandonar así el humanismo. (Sugiero como terapia el libro de Lévy-Bruhl, *La mentalidad primitiva*). El irracionalismo, que es uno de los caldos de cultivo para la propagación desenfrenada de la hierba de la rehabilitación, aparece en un lugar en la forma del *Anti Edipo* de Deleuze y Guattari, que están trabajando en una antropología anarquista; aparece en otro lugar revestido de la túnica de sacerdote católico comunista de un Roger Garaudy, que se postra ante las comunidades sociales primitivas y al mismo tiempo llama a la puerta de la jerarquía católica, todo el tiempo insistiendo en su marxismo; y en otro lugar aparece en la promoción intrusiva de juegos grupales folclóricos regionales que solo necesitan ser llamados “búsqueda de identidad”, en lugar de costumbre y uso, para hacerlos respetables.

Está claro que todo esto no nos cayó encima como un rayo caído del cielo. La *razón* se deterioró hasta convertirse en una *ratio* capitalista-tecnocrática y se comprometió tanto a sí misma a través de las prácticas a las que servía que todo esfuerzo mental retrocede ante ella como un caballo encabritado por el miedo. Ninguna “teoría crítica” ayudó. Ya no había salvación en el neomarxismo. Por el contrario, ahora la “dialéctica de la Ilustración” se convirtió en un peligro evidente. La objetividad histórica, se decretó, exige que la semilla del fascismo se vea ya en la Ilustración, que se considere a esta última como “habiendo fracasado” (¡no como “habiendo sido dominada”!) y que se analice a la primera con una “objetividad” que está

más allá de toda ética como estado de conciencia del *Weltgeist*.

Al final, el cuerno mágico del filisteo alemán derramó los mismos dones que aquella intelectualidad de alta sociedad de París y Nueva York cuyo único vínculo con la inteligencia es puramente etimológico. El disparate de que después de Auschwitz ya no era posible escribir un poema se convirtió rápidamente en la garantía de que la tontería no solo era posible sino indispensable: en las habituales reuniones de cerveza y en los seminarios. La historicidad se convirtió en indiferencia histórica y, por lo tanto, renunció a sí misma. No es casualidad que Lévi-Strauss sea un wagneriano rabioso, como el Thomas Mann de *Consideraciones de un apolítico...* No, peor aún: como esos teutómanos que torpemente tropiezan siguiendo las huellas de H. S. Chamberlain. En el proceso de rehabilitación, el círculo se cierra vejatoriamente no solo de derecha a izquierda, sino también de *superávit* a imbécil. El intelecto y la cultura son huérfanos. Y que nadie se sorprenda si un nacionalismo alemán que nunca se sintió tan bien como en los días en que hizo temblar los huesos raquíuticos de la civilización, levanta audazmente su abominable cabeza. No tiene nada que temer desde que la izquierda intelectual abandonó sus armas y se deleita en un rousseaunianismo y un nietzscheanismo mal entendidos, que combinó, en un engañoso juego de manos, con un Marx cuyo impulso ético-profético se niega rigurosamente en nombre de la santidad del "texto" de Althusser, y el humanismo pesimista de la sublimación de Freud fue silenciado en favor del "discurso estructurado" neutral en cuanto a valores de Lacan. Lo que Julien Benda llamó en su día "la traición de los clérigos" se está cumpliendo en la rehabilitación general de la barbarie, que uno apenas se atreve a designar como tal, tan grande es el temor de que uno pueda ser descartado como "vete-

rano” por una derecha que ya no se siente moralmente agobiada y una izquierda que se lanza fervientemente a toda moda del momento.

Por supuesto, los veteranos son cómicos cuando celebran sus lamentables ceremonias, que se vuelven cada vez más miserables. Son muy serios cuando, como la generación anterior, llena de historia vivida y de historicidad asimilada, alzan sus voces de advertencia, conscientes de que sus acciones son inútiles. Solo mucho después de que se hayan ido, resultará que, como los inoportunos de su tiempo, estaban más en sintonía con los tiempos que los otros, que se lanzan ciegamente hacia un futuro que ellos mismos bloquean sin saberlo. En cuanto a mí, no me hago la menor ilusión. La rehabilitación, una vez comenzada, contra la moral y la historia, seguirá su curso. En Inglaterra descubrirán que Oswald Mosley no era tan tonto después de todo. En Francia, donde ya en la hora actual los peores asesinos, amnistiados, disfrutaban de una vejez pacífica, la opinión oficial extraviada pesará a Pétain y a Laval en un equilibrio pseudohistórico producido con la ayuda de pesos falsos. ¿Y Alemania? Bueno, eso está claro: como ya se han hecho todas las clasificaciones preliminares, ya no querrán negarle a Hitler su lugar en el Feldherrenhalle. Solo en el caso de los inválidos habrá algunas dificultades: no se puede localizar el cuerpo del delito. La objetividad histórica, así dicen, siempre opera más allá del bien y del mal, y archivan indistintamente a Hitler. El mal desaparece, con lo que el bien también desaparece de la agenda. La dialéctica contribuyó generosamente a una empresa que se presenta con pretensiones de superioridad moral como una “desmitificación”, cuando en realidad solo está fomentando una mistificación nueva y más peligrosa. La moral burguesa fue rechazada con razón como ideología, pero en el proceso, la moral pura y simple —que también se vistió de burguesía— se fue a la

ruina junto con ella. Nadie parece capaz de reconocer que en ciertas constelaciones históricas la indignación subjetiva concuerda exactamente con la realidad humana.

Como decía Ernst Bloch, no es necesario tener una idea precisa de lo humano para reconocer sin lugar a duda que Nerón era un monstruo². En nuestro contexto, esta afirmación puede reformularse para decir que el mito del mal encarnado por el Tercer Reich tiene un carácter más objetivo que la desmitificación dialéctica. Las maldiciones bíblicas de Thomas Mann (“¿Qué derecho tienes todavía a estar vivo?”) tienen mayor valor, no solo moral sino también político, que las construcciones históricas de una intelectualidad autoalienada que, en nombre de una objetividad falsamente concebida, se reducen a una rehabilitación.

Pero, tal como están las cosas, hay pocas posibilidades de que esto se comprenda. Los viejos Camisas Pardas tienen todas las posibilidades imaginables de darles a los pocos simplones que quedan, con sus discursos de arrepentimiento, un golpe más en la cabeza. Y los Nuevos Rojos no podrán protestar, porque lo que es salsa para Gadafi también debe ser salsa para el *Führer*. Solo que más.

² Bloch, E. (2019). *Herencia de este época*. Editorial Tecnos, p. 295 (N. del T.)

Medellín, 2024

ennegativo **ediciones**

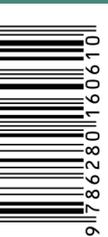


POLITÉCNICO COLOMBIANO
Jaime Isaza Cadavid



Quien lea sobre el gueto y luego lea algo pseudointeligente o incluso genuinamente inteligente sobre nuestra moderna “civilización de masas”, debe soltar una risa amarga. Masas, “hombre masa”: no es el telespectador en su casa unifamiliar, incluso si está expuesto a la presión de los medios de comunicación de masas. El habitante del gueto se había convertido físicamente en uno con la masa, al mismo tiempo que luchaba sin sentido y desesperadamente contra las otras células de esta masa de carne. El gueto era un tumor maligno de la humanidad. Cada uno de los que estaban hacinados en él lo entendía como tal y se sentía como la célula enferma de un organismo, lo que, objetivamente, realmente era. Por lo tanto, podía amarse a sí mismo tan poco como a la persona de al lado.

Jean Améry.



ennegativo **ediciones**